



Colab. Periodísticas publicadas

CERTIFICADO

Cuentas pda
28-8-69

Exibir
a José María
en Zuzuloua
roy.

Sr. Daniel Moyano
Corrientes 675
LA RIOJA



EDITORIAL SUDAMERICANA S. A.

HUMBERTO 1º. 545

Buenos Aires

Sr. Daniel Moyano
Ronda de Segovia, 2
MADRID - 5 / ESPAÑA

SPAIN

PAR
AVION

Antonio Di Benedetto
The MacDowell Colony
Peterborough N.H. 03458
U.S.A.

VIA AIR MAIL

Sr. Daniel Moyano
Corrientes 675
La Rioja



1422

J. J. H. Trueman 677. 3 C. B. Piney

VIA AEREA

Express
Contestada
24-X-69



Señor Daniel Moyano

Corrientes 675

LA RIOJA



R. J. Bianco

Cerrito 1222

B Aires

- Al Cono de Zamora - N.º 7. 13

Posibles derivaciones de la Guerra de las Malvinas

Por DANIEL MOYANO

El 24 de mayo pasado me encontraba accidentalmente en Buenos Aires cuando los medios de comunicación informaron escuetamente que se había producido un «alerta roja» en la frontera sur con el vecino país de Chile, zona en conflicto conocida como el canal del Beagle donde ambos países reclaman la posesión de tres pequeñas islas, Picton, Nueva y Lennox, cerca de Cabo de Hornos, en los mares más australes del mundo. La expresión «alerta roja», bajo su apariencia burocrática, ocultaba lo que no se dijo entonces: que el país estuvo, durante varias horas, al borde del comienzo de una guerra, la más absurda que pudiera concebirse en el cono sur.

La fecha era significativa: vísperas del aniversario de la independencia argentina, circunstancia que el ejército, muy propenso a la espectacularidad y a los actos heroicos (o suicidas, como la guerra de las Malvinas), habría querido aprovechar para cambiar la ya definitivamente deteriorada imagen que tiene ante su pueblo tras siete años de dictadura, fracaso, crueldad, corrupción y genocidio.

Lo mismo podría decirse de las fuerzas armadas chilenas. Para ambas dictaduras, capaces de provocar una guerra a espaldas de sus respectivos pueblos, un hecho espectacular e inédito aseguraría un poco más de supervivencia a sus ya agónicos procesos. La guerra de las Malvinas no fue más que eso, con un coste terrible: más de mil muertos y dos mil mutilados, chicos de 18 años que estaban haciendo la «mili» y que nada podían, sin equipo ni experiencia, ante la eficacia de los ingleses y la profesionalidad sanguiñaria de los temibles gurcas.

Los dirigentes políticos argentinos preocupados por esta situación opinan que una de las consecuencias imprevisibles de la guerra de las Malvinas es el estrechamiento de lazos entre Inglaterra y Chile. Ambos países tienen razones comunes para «protegerse» de Argentina. A Inglaterra le interesa estimular a Chile contra su vecino, ante el posible apoyo logístico que el país transalpino pudiera brindar al Reino Unido en un eventual conflicto bélico futuro por la posesión de las Malvinas.

La Patagonia es un inmenso

territorio casi despoblado, sobre todo de argentinos. Según las memorias del comandante Prado, que actuó en la llamada «conquista del desierto» (que fue un genocidio), los indígenas de la región se consideraban chilenos, y llamaban «españoles» a los soldados argentinos que les arrebataron las tierras, como si se tratara de una segunda conquista colonial.

Al producirse en 1922 la terrible matanza de peones rurales en la zona, en huelga contra los terratenientes ingleses,

la mayoría de los 2.000 obreros fusilados eran chilenos, de acuerdo con la documentación recogida por el historiador Osvaldo Bayer en su obra «La Patagonia rebelde», actualmente prohibida en Argentina. Otro analista de la realidad de ese país, Raúl Scalabrini Ortiz, afirma que durante el gobierno de Sarmiento, elegido presidente en 1868, la posesión natural de esas tierras por los pobladores nativos fue sustituida por el título de propiedad de las mismas, graciosamente concedidas a extranjeros, en

su mayoría ingleses, que se repartieron 2.417.274 hectáreas. Y esta situación, dice el citado Bayer, «fue luego ratificada o por lo menos tolerada por los gobiernos radicales, peronistas y por todas las dictaduras militares».

Actualmente, una gran parte de la menguada población patagónica es chilena o de origen chileno. Vista la situación desde tales circunstancias, un acuerdo entre Inglaterra y Chile parecería congruente, lo cual agravaría la situación y rompería la tradición pacifista

de ambos países del cono sur en la discusión de sus problemas limítrofes. En Argentina circula una versión según la cual ingleses y chilenos estarían preparándose en Sudáfrica para enfrentar al enemigo común ante cualquier intento de reivindicación de los islotes del Beagle o de las Malvinas.

Si persisten las dictaduras de ambos países cordilleranos, la situación es de temer. Si, como todo el mundo espera, la democracia llega por fin al cono sur, y con ella la voluntad popular, entonces se reabrirá la esperanza, ya que ambos pueblos, por historia y afinidad, son tradicionalmente hermanos y tratarán sus controversias históricas civilizadamente.

DERIVACIONES POSIBLES DE LA GUERRA DE LAS MALVINAS

El 24 de Mayo pasado me encontraba accidentalmente en Buenos Aires cuando los medios de comunicación informaron escuetamente que se había producido una «alerta roja» en la frontera sur con el vecino país de Chile, zona en conflicto conocida como el canal del Beagle donde ambos países reclaman la posesión de tres pequeñas islas, Picton, Nueva y Lennox, cerca de Cabo de Hornos, en los mares más australes del mundo. La expresión «alerta roja» bajo su apariencia burocrática, ocultaba lo que no se dijo entonces: que el país estuvo, durante varias horas, al borde del comienzo de una guerra, la más absurda que pudiera concebirse en el cono sur. Una guerra significativa: vísperas del aniversario de la independencia argentina, circunstancia que el ejército, muy propenso a la espectacularidad y a los actos heroicos (o suicidas, como la guerra de las Malvinas), habría querido aprovechar para cambiar la ya definitivamente deteriorada imagen que tiene ante su pueblo tras siete años de dictadura, fracaso, crueldad, corrupción y genocidio.

Lo mismo podría decirse de las fuerzas armadas chilenas. Para ambas dictaduras, capaces de provocar una guerra a espaldas de sus respectivos pueblos, un hecho espectacular e inédito aseguraría un poco más de supervivencia a sus ya agónicos procesos. La guerra de las Malvinas no fue más que eso, con un coste terrible: más de mil muertos y dos mil mutilados, chicos de 18 años que estaban

haciendo la «mili» y que nada podía, sin equipo ni experiencia, ante la eficacia de los ingleses y la profesionalidad sanguinaria de los temibles gurkas.

Los dirigentes políticos argentinos preocupados por esta situación opinan que una de las consecuencias imprevisibles de la guerra de las Malvinas es el estrechamiento de lazos entre Inglaterra y Chile. Ambos países tienen razones comunes para «protegerse» de Argentina. A Inglaterra le interesa estimular a Chile contra su vecino, ante el posible apoyo logístico que el país trasalpino pudiera brindar al Reino Unido en un eventual conflicto bélico futuro por la posesión de las Malvinas.

La Patagonia es un inmenso territorio casi despoblado, sobre todo de argentinos. Según las memorias del comandante Prado, que actuó en la llamada «Conquista del Desierto» (que fue un genocidio), los indígenas de la región se consideraban chilenos, y llamaban «españoles» a los soldados argentinos que les arrebataron las tierras, como si se tratara de una segunda conquista colonial.

Al producirse en 1922 la terrible matanza de peones rurales en la zona, en huelga contras los terratenientes ingleses, la mayoría de los 2.000 obreros fusilados eran chilenos, de acuerdo con la documentación recogida por el historiador Osvaldo Bayer en su obra «La Patagonia rebelde» actualmente prohibida en Argentina. Otro analista de la realidad de ese país, Raúl Scalabrini Ortíz,

afirma que durante el gobierno de Sarmiento, elegido presidente en 1868, la posesión natural de esas tierras por los pobladores nativos fue sustituida por el título de propiedad de las mismas, graciosamente concedidas a extranjeros, en su mayoría ingleses, que se repartieron 2.417.274 hectáreas. Y esta situación, dice el citado Bayer, «fue luego ratificada o por lo menos tolerada por los gobiernos radicales, peronistas, y por todas las dictaduras militares».

Actualmente, una gran parte de la menguada población patagónica es chilena. Vista la situación desde tales circunstancias, un acuerdo entre Inglaterra y Chile parecería congruente, pero agravaría la situación y rompería la tradición pacifista de ambos países del cono sur en la discusión de sus problemas limítrofes. En Argentina circula una versión según la cual ingleses y chilenos estarían preparándose en Sudáfrica para enfrentar al enemigo común ante cualquier intento de reivindicación de los islotes del Beagle o de las Malvinas.

Si persisten las dictaduras de ambos países cordilleranos, la situación es de temer. Si, como todo el mundo espera, la democracia llega por fin al cono sur, y con ella la voluntad popular, entonces se reabrirá la esperanza, ya que ambos pueblos, por historia y afinidad, son tradicionalmente hermanos y tratarán sus controversias históricas civilizadamente.

Por Daniel Moyano
(Escritor)

El Telepono de Melilla
15-7-83

Jain

Sábado 16 de
Julio de 1983

Sábado, 16 de
Julio de 1983

POSIBLES DERIVACIONES DE LA GUERRA DE LAS MALVINAS

• Por Daniel MOYANO
(ESCRITOR)

El 24 de mayo pasado me encontraba accidentalmente en Buenos Aires cuando los medios de comunicación informaron escuetamente que se había producido un «alerta rojo» en la frontera Sur con el vecino país de Chile, zona en conflicto conocida como el Canal del Beagle, donde ambos países reclamaban la posesión de tres pequeñas islas, Picton, Nueva y Lennox, cerca de Cabo de Hornos, en los mares más australes del mundo. La expresión «alerta rojo», bajo su apariencia burocrática, ocultaba lo que no se dijo entonces: que el país estuvo, durante varias horas, al borde del comienzo de una guerra, la más absurda que pudiera concebirse en el Cono Sur.

La fecha era significativa: vías peras del aniversario de la independencia argentina, circunscripción que el Ejército, muy propenso a la espectacularidad y a los actos heroicos (o suicidas, como la guerra de las Malvinas), habría querido aprovechar para cambiar la ya definitivamente deteriorada imagen que tiene ante su pueblo tras siete años de dictadura, fracaso, crueldad, corrupción y genocidio.

Lo mismo podría decirse de las Fuerzas Armadas chilenas. Para ambas dictaduras, capaces de provocar una guerra a espaldas de sus respectivos pueblos, un hecho espectacular e inédito aseguraría un poco más de supervivencia a sus ya agónicos procesos. La guerra de las Malvinas no fue más que eso, con un coste terrible: más de mil muertos y dos mil mutilados, chicos de 18 años que estaban haciendo la «mili» y que nada podían, sin equipo ni experiencia, ante la eficacia de los ingleses y la profesiona-

lidad sanguinaria de los terribles gurras.

Los dirigentes políticos argentinos preocupados por esta situación opinan que una de las consecuencias imprevisibles de la guerra de las Malvinas es el estrechamiento de lazos entre Inglaterra y Chile. Ambos países tienen razones comunes para «protegerse» de Argentina. A Inglaterra le interesa estimular a Chile contra su vecino, ante el posible apoyo logístico que el país trasalpino pudiera brindar al Reino Unido en un eventual conflicto bélico futuro por la posesión de las Malvinas.

La Patagonia es un inmenso territorio casi despoblado, sobre todo de argentinos. Según las memorias del comandante Prado, que actuó en la llamada «conquista del desierto» (que fue un «genocidio»), los indígenas de la región se consideraban chilenos, y llamaban «españoles» a los soldados argentinos que les arrebataron las tierras, como si se tratara de una segunda conquista colonial.

Al producirse en 1922 la terrible matanza de peones rurales en la zona, en huelga contra los terratenientes ingleses, la mayoría de los 2.000 obreros fusilados eran chilenos, de acuerdo con la documentación recogida por el historiador Osvaldo Bayer en su obra «La Patagonia rebelde», actualmente prohibida en Argentina. Otro analista de la realidad de ese país, Raul Scalabrini Ortiz, afirma que durante el Gobierno de Sarmiento, elegido presidente en 1868, la posesión natural de esas tierras por los pobladores nativos fue sustituida por el título de propiedad de las mismas, graciosamente concedida a extranjeros, en su mayor parte ingleses, que se repartieron 2.417.274 hectáreas. Y esta

tuación, dice el citado Bayer, «fue luego ratificada o por lo menos tolerada por los Gobiernos radicales, peronistas, y por todas las dictaduras militares».

Actualmente, una gran parte de la menguada población patagónica es chilena o de origen chileno. Vista la situación desde tales circunstancias, un acuerdo entre Inglaterra y Chile parecería congruente, lo cual agravaría la situación y rompería la tradición pacifista de ambos países del Cono Sur en la discusión de sus problemas limítrofes. En Argentina circula una versión según la cual ingleses y chilenos estarían preparándose en Sudáfrica para enfrentar al enemigo común ante cualquier intento de reivindicación de los islotes del Beagle o de las Malvinas.

Si persisten las dictaduras de ambos países cordilleranos, la situación es de temer. Si, como todo el mundo espera, la democracia llega por fin al Cono Sur, y con ella la voluntad popular, entonces se reabrirá la esperanza, ya que ambos pueblos, por historia y afinidad, son tradicionalmente hermanos y tratarán sus controversias históricas civilizadamente.

POSIBLES DERIVACIONES DE LA GUERRA DE LAS MALVINAS

• Por Daniel MOYANO
(ESCRITOR)

El 24 de mayo pasado me encontraba accidentalmente en Buenos Aires cuando los medios de comunicación informaron escuetamente que se había producido un «alerta rojo» en la frontera Sur con el vecino país de Chile, zona en conflicto conocida como el Canal del Beagle, donde ambos países reclamaban la posesión de tres pequeñas islas, Picton, Nueva y Lennox, cerca de Cabo de Hornos, en los mares más australes del mundo. La expresión «alerta rojo», bajo su apariencia burocrática, ocultaba lo que no se dijo entonces: que el país estuvo, durante varias horas, al borde del comienzo de una guerra, la más absurda que pudiera concebirse en el Cono Sur.

La fecha era significativa: vísperas del aniversario de la independencia argentina, circunstancia que el Ejército, muy propenso a la espectacularidad y a los actos heroicos (o suicidas, como la guerra de las Malvinas), habría querido aprovechar para cambiar la ya definitivamente deteriorada imagen que tiene ante su pueblo tras siete años de dictadura, fracaso, crueldad, corrupción y genocidio.

Lo mismo podría decirse de las Fuerzas Armadas chilenas. Para ambas dictaduras, capaces de provocar una guerra a espaldas de sus respectivos pueblos, un hecho espectacular e inédito aseguraría un poco más de supervivencia a sus ya agónicos procesos. La guerra de las Malvinas no fue más que eso, con un coste terrible: más de mil muertos y dos mil mutilados, chicos de 18 años que estaban haciendo la «mili» y que nada podían, sin equipo ni experiencia, ante la eficacia de los ingleses y la profesiona-

lidad sanguinaria de los temibles gurkas.

Los dirigentes políticos argentinos preocupados por esta situación opinan que una de las consecuencias imprevisibles de la guerra de las Malvinas es el estrechamiento de lazos entre Inglaterra y Chile. Ambos países tienen razones comunes para «protegerse» de Argentina. A Inglaterra le interesa estimular a Chile contra su vecino, ante el posible apoyo logístico que el país trasalpino pudiera brindar al Reino Unido en un eventual conflicto bélico futuro por la posesión de las Malvinas.

La Patagonia es un inmenso territorio casi despoblado, sobre todo de argentinos. Según las memorias del comandante Prado, que actuó en la llamada «conquista del desierto» (que fue un «genocidio»), los indígenas de la región se consideraban chilenos, y llamaban «españoles» a los soldados argentinos que les arrebataron las tierras, como si se tratara de una segunda conquista colonial.

Al producirse en 1922 la terrible matanza de peones rurales en la zona, en huelga contra los terratenientes ingleses, la mayoría de los 2.000 obreros fusilados eran chilenos, de acuerdo con la documentación recogida por el historiador Osvaldo Bayer en su obra «La Patagonia rebelde», actualmente prohibida en Argentina. Otro analista de la realidad de ese país, Raul Scalabrini Ortiz, afirma que durante el Gobierno de Sarmiento, elegido presidente en 1868, la posesión natural de esas tierras por los pobladores nativos fue sustituida por el título de propiedad de las mismas, graciosamente concedidas a extranjeros, en su mayoría ingleses, que se repartieron 2.417.274 hectáreas. Y esta si-

tuación, dice el citado Bayer, «fue luego ratificada o por lo menos tolerada por los Gobiernos radicales, peronistas, y por todas las dictaduras militares».

Actualmente, una gran parte de la menguada población patagónica es chilena o de origen chileno. Vista la situación desde tales circunstancias, un acuerdo entre Inglaterra y Chile parecería congruente, lo cual agravaría la situación y rompería la tradición pacifista de ambos países del Cono Sur en la discusión de sus problemas limítrofes. En Argentina circula una versión según la cual ingleses y chilenos estarían preparándose en Sudáfrica para enfrentar al enemigo común ante cualquier intento de reivindicación de los islotes del Beagle o de las Malvinas.

Si persisten las dictaduras de ambos países cordilleranos, la situación es de temer. Si, como todo el mundo espera, la democracia llega por fin al Cono Sur, y con ella la voluntad popular, entonces se reabrirá la esperanza, ya que ambos pueblos, por historia y afinidad, son tradicionalmente hermanos y tratarán sus controversias históricas civilizadamente.

DERIVACIONES POSIBLES DE LA GUERRA DE LAS MALVINAS

El 24 de Mayo pasado me encontraba accidentalmente en Buenos Aires cuando los medios de comunicación informaron escuetamente que se había producido una «alerta roja» en la frontera sur con el vecino país de Chile, zona en conflicto conocida como el canal del Beagle donde ambos países reclaman la posesión de tres pequeñas islas, Picton, Nueva y Lennox, cerca de Cabo de Hornos, en los mares más australes del mundo. La expresión «alerta roja» bajo su apariencia burocrática, ocultaba lo que no se dijo entonces: que el país estuvo, durante varias horas, al borde del comienzo de una guerra, la más absurda que pudiera concebirse en el cono sur. Una guerra significativa: vísperas del aniversario de la independencia argentina, circunstancia que el ejército, muy propenso a la espectacularidad y a los actos heroicos (o suicidas, como la guerra de las Malvinas), habría querido aprovechar para cambiar la ya definitivamente deteriorada imagen que tiene ante su pueblo tras siete años de dictadura, fracaso, crueldad, corrupción y genocidio.

Lo mismo podría decirse de las fuerzas armadas chilenas. Para ambas dictaduras, capaces de provocar una guerra a espaldas de sus respectivos pueblos, un hecho espectacular e inédito aseguraría un poco más de supervivencia a sus ya agónicos procesos. La guerra de las Malvinas no fue más que eso, con un coste terrible: más de mil muertos y dos mil mutilados, chicos de 18 años que estaban

haciendo la «mili» y que nada podía, sin equipo ni experiencia, ante la eficacia de los ingleses y la profesionalidad sanguinaria de los temibles gurkas.

Los dirigentes políticos argentinos preocupados por esta situación opinan que una de las consecuencias imprevisibles de la guerra de las Malvinas es el estrechamiento de lazos entre Inglaterra y Chile. Ambos países tienen razones comunes para «protegerse» de Argentina. A Inglaterra le interesa estimular a Chile contra su vecino, ante el posible apoyo logístico que el país trasalpino pudiera brindar al Reino Unido en un eventual conflicto bélico futuro por la posesión de las Malvinas.

La Patagonia es un inmenso territorio casi despoblado, sobre todo de argentinos. Según las memorias del comandante Prado, que actuó en la llamada «Conquista del Desierto» (que fue un genocidio), los indígenas de la región se consideraban chilenos, y llamaban «españoles» a los soldados argentinos que les arrebataron las tierras, como si se tratara de una segunda conquista colonial.

Al producirse en 1922 la terrible matanza de peones rurales en la zona, en huelga contra los terratenientes ingleses, la mayoría de los 2.000 obreros fusilados eran chilenos, de acuerdo con la documentación recogida por el historiador Osvaldo Bayer en su obra «La Patagonia rebelde» actualmente prohibida en Argentina. Otro analista de la realidad de ese país, Raúl Scalabrini Ortíz,

afirma que durante el gobierno de Sarmiento, elegido presidente en 1868, la posesión natural de esas tierras por los pobladores nativos fue sustituida por el título de propiedad de las mismas, graciosamente concedidas a extranjeros, en su mayoría ingleses, que se repartieron 2.417.274 hectáreas. Y esta situación, dice el citado Bayer, «fue luego ratificada o por lo menos tolerada por los gobiernos radicales, peronistas, y por todas las dictaduras militares».

Actualmente, una gran parte de la menguada población patagónica es chilena. Vista la situación desde tales circunstancias, un acuerdo entre Inglaterra y Chile parecería congruente, pero agravaría la situación y rompería la tradición pacifista de ambos países del cono sur en la discusión de sus problemas limítrofes. En Argentina circula una versión según la cual ingleses y chilenos estarían preparándose en Sudáfrica para enfrentar al enemigo común ante cualquier intento de reivindicación de los islotes del Beagle o de las Malvinas.

Si persisten las dictaduras de ambos países cordilleranos, la situación es de temer. Si, como todo el mundo espera, la democracia llega por fin al cono sur, y con ella la voluntad popular, entonces se reabrirá la esperanza, ya que ambos pueblos, por historia y afinidad, son tradicionalmente hermanos y tratarán sus controversias históricas civilizadamente.

Por Daniel Moyano
(Escritor)

- El Telefunno de Malilla.

15-7-83

Baleares
Mallorca: 16-7-83

Secuelas de la guerra de las Malvinas

(*) Daniel Moyano

El 24 de mayo pasado me encontraba accidentalmente en Buenos Aires cuando los medios de comunicación informaron escuetamente que se había producido un «alerta rojo» en la frontera sur con el vecino país de Chile, zona en conflicto conocida como el canal del Beagle donde ambos países reclaman la posesión de tres pequeñas islas, Pictón, Nueva y Lennox, cerca de cabo de Hornos, en los mares más australes del mundo. La expresión «alerta rojo», bajo su apariencia burocrática, ocultaba lo que no se dijo entonces: que el país estuvo, durante varias horas, al borde del comienzo de una guerra, la más absurda que pudiera concebirse en el cono sur.

La fecha era significativa: vísperas del aniversario de la independencia argentina, circunstancia que el Ejército, muy propenso a la espectacularidad y a los actos heroicos (o suicidas, como la guerra de las Malvinas), habría querido aprovechar para cambiar la ya definitivamente deteriorada imagen que tiene ante su pueblo tras siete años de dictadura, fracaso, crueldad, corrupción y genocidio.

Lo mismo podría decirse de las Fuerzas Armadas chilenas. Para ambas dictaduras, capaces de provocar una guerra a espaldas de sus respectivos pueblos, un hecho espectacular e inédito aseguraría un poco más de supervivencia a sus ya agónicos procesos. La guerra de las Malvinas no fue más que eso, con un coste terrible: más de mil muertos y dos mil mutilados, chicos de 18 años que estaban haciendo la «mili» y que nada podían, sin equipo ni experiencia, ante la eficacia de los ingleses y la profesionalidad sanguinaria de los temibles gurcas.

Los dirigentes políticos argentinos preocupados por esta situación opinan que una de las consecuencias imprevisibles de la guerra de las Malvinas es el estrechamiento de lazos entre Inglaterra y Chile. Ambos países tienen razones comunes para «protegerse» de Argentina. A Inglaterra le interesa estimular a Chile contra su vecino, ante el posible apoyo logístico que el país trasalpino pudiera brindar al Reino Unido en un eventual conflicto bélico futuro por la posesión de las Malvinas.

La Patagonia es un inmenso territorio casi despoblado, sobre todo de argentinos. Según las memorias del comandante Prado, que actuó en la llamada «conquista del desierto» (que fue un genocidio), los indígenas de la región se consideraban chilenos, y llamaban «españoles» a los soldados argentinos que les arrebataron las tierras, como si se tratara de una segunda conquista colonial.

Al producirse en 1922 la terrible matanza de peones rurales en la zona, en huelga contra los terratenientes ingleses, la mayoría de los 2.000 obreros fusilados eran chilenos, de acuerdo con la documentación recogida por el historiador Osvaldo Bayer en su obra «La Patagonia rebelde», actualmente prohibida en Argentina. Otro analista de la realidad de ese país, Raúl Scalabrini Ortiz, afirma que durante el gobierno de Sarmiento, elegido presidente en 1868, la posesión natural de esas tierras por los pobladores nativos fue sustituida por el título de propiedad de las mismas, graciosamente concedidas a extranjeros, en su mayoría ingleses, que se repartieron 2.417.274 hectáreas. Y esta situación, dice el citado Bayer, «fue luego ratificada o por lo menos tolerada por los gobiernos radicales, peronistas, y por todas las dictaduras militares».

Actualmente, una gran parte de la menguada población patagónica es chilena, o de origen chileno. Vista la situación desde tales circunstancias, un acuerdo entre Inglaterra y Chile parecería congruente, lo cual agravaría la situación y rompería la tradición pacifista de ambos países del cono sur en la discusión de sus problemas limítrofes. En Argentina circula una versión según la cuál ingleses y chilenos estarían preparándose en Sudáfrica para enfrentar al enemigo común ante cualquier intento de reivindicación de los islotes del Beagle o de las Malvinas.

Si persisten las dictaduras de ambos países cordilleranos, la situación es de temer. Si, como todo el mundo espera, la democracia llega por fin al cono sur, y con ella la voluntad popular, entonces se reabrirá la esperanza, ya que ambos pueblos, por historia y afinidad, son tradicionalmente hermanos y tratarán sus controversias históricas civilizadamente.

(*) escritor

El mundo como ratonera

Daniel Moyano

EN los últimos días, la prensa ha informado sobre el maltrato a los trabajadores españoles por parte de la Policía alemana. También daban cuenta los periódicos de la detención, en Barcelona, de 141 extranjeros, entre los que se encontraban músicos y vendedores ambulantes, agricultores y hasta amas de casa, junto a carteristas, prostitutas y maleantes. Todos en el mismo saco. A la vez, la Policía denunciaba la ineficacia de la actual Ley de Extranjería.

A esta gente suele denominársela población flotante. Hace unos meses, las cifras decían que los «flotantes» eran unos 12 millones en todo el mundo. O sea, más que los habitantes naturales de muchos países. Aunque sin tierras que habitar, conforman un país flotante, en un mundo que empieza a ser una ratonera. Hombres, mujeres y niños a la deriva, por las razones que fueren. Muchos de ellos son sudamericanos, aunque se haya dicho que uno de los males de los países de América Latina es la despoblación.

ESTAS personas son indeseables adonde vayan. La delincuencia, en muchos casos, no es más que una reacción desesperada ante el rechazo por parte de la sociedad adonde les ha llevado el azar o la necesidad. Son hijos de las dictaduras o de la tecnología, y en todo caso de esa palabra nuestra de cada día: crisis.

En los grandes países industrializados, la tecnología desplaza cada día al hombre y lo sustituye por un robot. Y los sustituidos pasan a ser flotantes. Por eso no es de extrañarse

de que entre los detenidos en Barcelona haya también, junto a los sudamericanos o africanos tercermundistas, ciudadanos de Suecia y de la República Federal Alemana. A nuestra tan mentada sociedad occidental y cristiana o bien le falta eficiencia para redistribuir a los desplazados por las máquinas, o bien le falta ese elemento fundamental para ser cristiana: la caridad.

¿QUE daño puede hacer a un país un músico ambulante? Cuánto encanto perdería el Centro Pompidou, de París, si los músicos ambulantes de sus alrededores desapareciesen. En el metro de esa ciudad, cuya prodigiosa acumulación cultural incluye en buena medida creadores no franceses, he visto muchas veces inscripciones que decían: «Les étrangers dehors» («Extranjeros afuera»). Suiza, país que tiene fama de discriminación y xenofobia, dice rápidamente sí al dinero depositado por cualquier extranjero, sin averiguar su nacionalidad, y arroja por la puerta de servicio al españolito que curra, cuando ha dejado de ser útil o no entra en sus cálculos egoístas.

Aquí, en España, ser trabajador clandestino es motivo de expulsión. Pero los trabajadores clandestinos existen porque hay empresas que obtienen pingües beneficios pagandoles salarios por debajo del hambre y eludiendo las leyes de protección social. En Suiza hay discriminación salarial, aun cuando el extranjero que trabaja lo haga en forma legal. En USA, los trabajadores hispanos sufren discriminación educa-

tiva (amén de otras), se cierran colegios de habla castellana y, generalmente, no tienen las mismas oportunidades que los nativos, pese al «liberty for all» («libertad para todos») acuñado en sus monedas.

¿DOCE millones? Posiblemente muchos más. Porque hay flotantes nativos dentro del propio país. En el metro de Madrid, los músicos ambulantes, cuando los hay, son tolerados, se les puede hacer la vista gorda. Pero no son legales estrictamente. Se trata, normalmente, de ingresados del Conservatorio, o de estudiantes avanzados, que no teniendo las orquestas suficientes donde asimilarse como profesionales, se instalan en los túneles del metro, a tocar por «la voluntad». Y de paso alegran la rutina cotidiana con sus violonchelos, flautas o guitarras.

El escritor checo Franz Kafka, que prefiguró en sus pesadillas de comienzos de siglo la pesadilla actual, habla en un texto de las hojas de afeitar usadas. Se acumulan en los cajones del escritorio, y él no se anima a arrojarlas al cubo de la basura. Todo lo demás, cambiarlas de sitio. Y cada vez hay más hojitas, los cajones son insuficientes, aparecen en cualquier momento en los lugares más inverosímiles de la casa. Decididamente, dice Kafka, no hay lugar para ellas en el mundo.

Daniel Moyano es escritor.

En los últimos días la prensa ha informado sobre el mal trato a los trabajadores españoles por parte de la policía alemana. También daban cuenta los periódicos de la detención en Barcelona de 141 extranjeros, entre los que se encontraban músicos y vendedores ambulantes, agricultores y hasta amas de casa, junto a carteristas, prostitutas y maleantes. Todos en el mismo saco. A la vez, la policía denunciaba la ineficacia de la actual ley de extranjería.

A esta gente suele denominársela población flotante. Hace unos meses, las cifras decían que los «flotantes» eran unos 12 millones en todo el mundo. O sea más que los habitantes naturales de muchos países. Aunque sin tierras que habitar, conforman un país flotante, en un mundo que empieza a ser una ratonera. Hombres, mujeres y niños a la deriva, por las razones que fueren. Muchos de ellos son suramericanos, aunque se haya dicho que uno de los males de los países de América Latina es la despoblación.

Estas personas son indeseables adonde vayan. La delincuencia en muchos casos no es más que una reacción desesperada ante el rechazo por parte de la sociedad adonde les ha llevado el azar o la necesidad. Son hijos de las dictaduras o de la tec-

EL MUNDO COMO RATONERA

Por Daniel Moyano *

nología, y en todo caso de esa palabra nuestra de cada día: crisis.

En los grandes países industrializados, la tecnología desplaza cada día al hombre y lo sustituye por un robot. Y los sustituidos pasan a ser flotantes. Por eso no es de extrañarse de que entre los detenidos en Barcelona haya también, junto a los suramericanos o africanos tercermundistas, ciudadanos de Suecia y de la República Federal Alemana. A nuestra tan mentada sociedad occidental y cristiana o bien le falta eficiencia para redistribuir a los desplazados por las máquinas, o bien le falta ese elemento fundamental para ser cristiana: la caridad.

¿Qué daño puede hacer a un país un músico ambulante? Cuanto encanto perdería el centro Pompidou de París si los músicos ambulantes de sus alrededores desapareciesen. En el metro de esa ciudad, cuya prodigiosa acumulación cultural incluye en buena medida creadores no franceses, he visto muchas veces inscrip-

ciones que decían les étrangères dehors (extranjeros afuera). Suiza, país que tiene fama de discriminación y xenofobia, dice rápidamente sí al dinero depositado por cualquier extranjero, sin averiguar su nacionalidad, y arroja por la puerta de servicio al españolito que curra, cuando ha dejado de ser útil o no entra en sus cálculos egoístas.

Aquí en España, ser trabajador clandestino es motivo de expulsión. Pero los trabajadores clandestinos existen porque hay empresas que obtienen pingües beneficios pagándoles salarios por debajo del hambre y eludiendo las leyes de protección social. En Suiza hay discriminación salarial, aun cuando el extranjero que trabaja lo haga en forma legal. En USA, los trabajadores hispanos sufren discriminación educativa (amén de otras), se cierran colegios de habla castellana y generalmente no tienen las mismas oportunidades que los nativos, pese al liberty for all (libertad para todos) acuñado en sus monedas.

¿Doce millones? posiblemente muchos más. Porque hay flotantes nativos dentro del propio país. En el «metro» de Madrid, los músicos ambulantes, cuando los hay, son tolerados, se les puede hacer la vista gorda. Pero no son legales estrictamente. Se trata normalmente de egresados del conservatorio, o de estudiantes avanzados, que no teniendo las orquestas suficientes donde asimilarse como profesionales se instalan en los túneles del «metro», a tocar por «la voluntad». Y de paso alegran la rutina cotidiana con sus violonchelos, flautas o guitarras.

El escritor checo Franz Kafka, que prefirió en sus pesadillas de comienzos de siglo la pesadilla actual, habla en un texto de las hojas de afeitar usadas. Se acumulan en los cajones del escritorio, y él no se anima a arrojarlas al cubo de la basura. Todo lo más, cambiarlas de sitio. Y cada vez hay más hojitas, los cajones son insuficientes, aparecen en cualquier momento en los lugares más inverosímiles de la casa. Decididamente, dice Kafka, no hay lugar para ellas en el mundo.

La Nueva España

Edita: MEDIOS DE COMUNICACION SOCIAL DEL ESTADO

Director: JOSE MANUEL VAQUERO

Redacción, Administración y Talleres: Calvo Sotelo, 7. OVIEDO

Teléfono centralita: 23 05 50 (5 Líneas)

Teléfono publicidad y esquelas: 23 19 85

Apartado de Correos: 233

Gijón: Marqués de San Esteban, 7. Teléfono 34 68 63

Depósito legal 0-2-1958

Control de difusión OJD

El mundo como ratonera

Daniel MOYANO, escritor

En los últimos días la prensa ha informado sobre el mal trato a los trabajadores españoles por parte de la Policía alemana. También daban cuenta los periódicos de la detención en Barcelona de 141 extranjeros, entre los que se encontraban músicos y vendedores ambulantes, agricultores y hasta amas de casa, junto a carteristas, prostitutas y maleantes. Todos en el mismo saco. A la vez, la Policía denunciaba la ineficacia de la actual ley de extranjería.

A esta gente suele denominársela población flotante. Hace unos meses, las cifras decían que los «flotantes» eran unos doce millones en todo el mundo. O sea más que los habitantes naturales de muchos países. Aunque sin tierras que habitar, conforman un país flotante, en un mundo que empieza a ser una ratonera. Hombres, mujeres y niños a la deriva, por las razones que fueran. Muchos de ellos son sudamericanos, aunque se haya dicho que uno de los males de los países de América latina es la despoblación.

Estas personas son indeseables adonde vayan. La delincuencia en muchos casos no es más que una reacción desesperada ante el rechazo por parte de la sociedad adonde les ha llevado el azar o la necesidad. Son hijos de las dictaduras o de la tecnología, y en todo caso de esa palabra nuestra de cada día: crisis.

En los grandes países industrializados, la tecnología desplaza cada día al hombre y lo sustituye por un robot. Y los sustituidos pasan a ser flotantes. Por eso no es de extrañarse de que entre los detenidos en Barcelona haya también, junto a los sudamericanos o africanos tercermundistas, ciudadanos de Suecia y de la República federal alemana. A nuestra tan mentada sociedad occidental y cristiana o bien le falta eficiencia para redistribuir a los desplazados por las máquinas, o bien le falta ese elemento fundamental para ser cristiana: la caridad.

¿Qué daño puede hacer a un país un músico ambulante? Cuánto encanto perdería el centro Pompidou de París si los músicos ambulantes de sus alrededores desapareciesen. En el Metro de esa ciudad, cuya prodigiosa acumulación cultural incluye en buena medida creadores no franceses, he visto muchas veces inscripciones que decían «les étrangers dehors» (extranjeros afuera). Suiza, país que tiene fama de discriminación y xenofobia, dice rápidamente sí al dinero depositado por cualquier extranjero, sin averiguar su nacionalidad, y arroja por la puerta de servicio al españolito que curra, cuando ha dejado de

ser útil o no entra en sus cálculos los egoístas.

Aquí en España, ser trabajador clandestino es motivo de expulsión. Pero los trabajadores clandestinos existen porque hay empresas que obtienen pingües beneficios pagándoles salarios por debajo del hambre y eludiendo las leyes de protección social. En Suiza hay discriminación salarial, aun cuando el extranjero que trabaja lo haga en forma legal. En USA los trabajadores hispanos sufren discriminación educativa, amén de otras, se cierran colegios de habla castellana y generalmente no tienen las mismas oportunidades que los nativos, pese al «liberty for all» (libertad para todos) acuñado en sus monedas.

¿Doce millones? Posiblemente mucho más. Porque hay flotantes nativos dentro del país. En el Metro de Madrid, los músicos ambulantes, cuando los hay, son tolerados, se les puede hacer la vista gorda. Pero no son legales estrictamente. Se trata normalmente de regresados del Conservatorio, o de estudiantes avanzados, que no teniendo las orquestas suficientes donde asimilarse como profesionales se instalan en los túneles del Metro, a tocar por «la voluntad». Y de paso alegran la rutina cotidiana con sus violoncellos, flautas o guitarras.

El escritor checo, Franz Kafka, que prefiguró en sus pesadillas de comienzos de siglo la pesadilla actual, habla en un texto de las hojas de afeitado usadas. Se acumulan en los cajones del escritorio, y él no se enima a arrojarlas al cubo de la basura. Todo lo más, cambianlas de sitio. Y cada vez hay más hojitas, los cajones son insuficientes, aparecen en cualquier momento en los lugares más inverosímiles de la casa. Decididamente, dice Kafka, no ha lugar para ellas en el mundo

En los últimos días, la prensa ha informado sobre el mal trato a los trabajadores españoles por parte de la Policía alemana. También daban cuenta los periódicos de la detención en Barcelona de 141 extranjeros, entre los que se encontraban músicos y vendedores ambulantes, agricultores y hasta amas de casa, junto a carteristas, prostitutas y maleantes. Todos en el mismo saco. A la vez, la Policía denunciaba la ineficacia de la actual ley de extranjería.

A esta gente suele denominársela población flotante. Hace unos meses, las cifras decían que los «flotantes» eran unos 12 millones en todo el mundo. O sea más que los habitantes naturales de muchos países. Aunque sin tierras que habitar, conforman un país flotante, en un mundo que empieza a ser una ratonera. Hombres, mujeres y niños a la deriva, por las razones que fueren. Muchos de ellos son suramericanos, aunque se haya dicho que uno de los males de los países de América Latina es la despoblación.

Estas personas son indeseables a donde vayan. La delincuencia en muchos casos no es más que una reacción desesperada ante el rechazo por parte de la sociedad a donde les ha llevado el azar o la necesidad. Son hijos de las dictaduras o de la tecnología, y en todo caso de esa

palabra nuestra de cada día: crisis.

En los grandes países industrializados, la tecnología desplaza cada día al hombre y lo sustituye por un robot. Y los sustituidos pasan a ser flotantes. Por eso no es de extrañarse de que entre los detenidos en Barcelona haya también, junto a los suramericanos o africanos tercermundistas, ciudadanos de Suecia y de la República Federal Alemana. A nuestra tan mentada sociedad occidental y cristiana o bien le falta eficiencia para re-

El mundo como ratonera

distribuir a los desplazados por las máquinas, o bien le falta ese elemento fundamental para ser cristiana: la caridad.

¿Qué daño puede hacer a un país un músico ambulante? Cuanto encanto perdería el centro Pompidou de París si los músicos ambulantes de sus alrededores desapareciesen. En el Metro de esa ciudad, cuya prodigiosa acumulación cultural incluye en buena medida creadores no franceses, he visto muchas veces inscripciones que decían «les étrangers de-

hors» (extranjeros fuera). Suiza, país que tiene fama de discriminación y xenofobia, dice rápidamente sí al dinero depositado por cualquier extranjero, sin averiguar su nacionalidad, y arroja por la puerta de servicio al españolito que cura, cuando ha dejado de ser útil o no entra en sus cálculos egoístas.

Aquí en España, ser trabajador clandestino es motivo de expulsión. Pero los trabajadores clandestinos existen porque hay empresas que obtienen pingües be-

¿Doce millones? Posiblemente mucho más. Porque hay flotantes nativos dentro del propio país. En el Metro de Madrid, los músicos ambulantes, cuando los hay, son tolerados, se les puede hacer la vista gorda. Pero no son legales estrictamente. Se trata normalmente de egresados del Conservatorio, o de estudiantes avanzados, que no teniendo las orquestas suficientes donde asimilarse como profesionales se instalan en los túneles del Metro, a tocar por «la voluntad». Y de paso alegran la rutina cotidiana con sus violonchelos, flautas o guitarras.

El escritor checo Franz Kafka, que figuró en sus pesadillas de comienzos de siglo la pesadilla actual, habla en un texto de las hojas de afeitar usadas. Se acumulan en los cajones del escritorio, y él no se anima a arrojarlas al cubo de la basura. Todo lo más, cambiarlas de sitio. Y cada vez hay más hojitas, los cajones son insuficientes, aparecen en cualquier momento en los lugares más inverosímiles de la casa. Decididamente, dice Kafka, no hay lugar para ellas en el mundo.

Daniel MOYANO
Escritor

Cordoba 5-8-83

EL MUNDO COMO RATONERA

Por Daniel MOYANO
(ESCRITOR)

En los últimos días la prensa ha informado sobre el mal trato a los trabajadores españoles por parte de la policía alemana. También daban cuenta los periódicos de la detención en Barcelona de 141 extranjeros, entre los que se encontraban músicos y vendedores ambulantes, agricultores y hasta amas de casa, junto a carteristas, prostitutas y maleantes. Todos en el mismo saco. A la vez, la policía denunciaba la ineficacia de la actual ley de extranjería.

A esta gente suele denominársela población flotante. Hace unos meses, las cifras decían que los «flotantes» eran unos 12 millones en todo el mundo. O sea más que los habitantes naturales de muchos países. Aunque sin tierras que habitar, conforman un país flotante, en un mundo que empieza a ser una ratonera. Hombres, mujeres y niños a la deriva, por las razones que fueren. Muchos de ellos son suramericanos, aunque se haya dicho que uno de los males de los países de América Latina es la despoblación.

Estas personas son indeseables a donde vayan. La delincuencia en muchos casos no es más que una reacción desesperada ante el rechazo por parte de la sociedad adonde les ha llevado el azar o la necesidad. Son hijos de las dictaduras o de la tecnología, y en todo caso de esa palabra nuestra de cada día: crisis.

En los grandes países industrializados, la tecnología desplaza cada día al hombre y lo sustituye por un robot. Y los sustituidos pasan a ser flotantes. Por eso no es de extrañarse de que entre los detenidos en Barcelona haya también, junto a los suramericanos o africanos tercermundistas, ciudadanos de Suecia y de la República Federal Alemana. A nuestra tan mentada sociedad occidental y cristiana o bien le falta eficiencia para redistribuir a los desplazados por las máquinas, o bien le falta ese elemento fundamental para ser cristiana: la caridad.

¿Qué daño puede hacer a un país un músico ambulante? Cuánto encanto perdería el Centro Pompidou de París si los músicos ambulantes de sus alrededores desapareciesen. En el metro de

esa ciudad, cuya prodigiosa acumulación cultural incluye en buena medida creadores no franceses, he visto muchas veces inscripciones que decían les étrangers dehors (extranjeros afuera). Suiza, país que tiene fama de discriminación y xenofobia, dice rápidamente sí al dinero depositado por cualquier extranjero, sin averiguar su nacionalidad, y arroja por la puerta de servicio al españolito que curra, cuando ha dejado de ser útil o no entra en sus cálculos egoístas.

Aquí en España, ser trabajador clandestino es motivo de expulsión. Pero los trabajadores clandestinos existen porque hay empresas que obtienen pingües beneficios pagándoles salarios por debajo del hambre y eludiendo las leyes de protección social. En Suiza hay discriminación salarial, aún cuando el extranjero que trabaja lo haga en forma legal. En USA, los trabajadores hispanos sufren discriminación educativa (amén de otras), se cierran colegios de habla castellana y generalmente no tienen las mismas oportunidades que los nativos, pese al liberty for all (libertad para todos) acuñado en sus monedas.

En el metro de Madrid, los músicos ambulantes, cuando los hay, son tolerados, se les puede hacer la vista gorda. Pero no son legales estrictamente. Se trata normalmente de agregados del conservatorio, o de estudiantes avanzados, que no teniendo las orquestas suficientes donde asimilarse como profesionales se instalan en los túneles del metro a tocar por «la voluntad». Y de paso alegran la rutina cotidiana con sus violonchelos, flautas o guitarras.

El escritor checo Franz Kafka, que prefiguró en sus pesadillas de comienzos de siglo la pesadilla actual, habla en un texto de las hojas de afeitar usadas. Se acumulan en los cajones del escritorio, y él no se anima a arrojarlas al cubo de la basura. Todo lo más, cambiarlas de sitio. Y cada vez hay más hojitas, los cajones son insuficientes, aparecen en cualquier momento en los lugares más inverosímiles de la casa. Decididamente, dice Kafka, no hay lugar para ellas en el mundo.

Los golpes de Argentina, esperpento y tragedia

Daniel Moyano

HASTA los trágicos sucesos de 1976, los golpes militares en Argentina fueron generalmente incruentos. Muchas estridencias de tanques en la calle y de publicidad radial a través de solemnes comunicados, pero, afortunadamente, casi sin víctimas. Los presidentes depuestos eran trasladados, por ejemplo, a una isla, como en el caso de Arturo Frondizi, a una prisión más bien simbólica y por poco tiempo; o quedaban en libertad, como Arturo Illia. Podía morir algún cadete o miembro de la guardia presidencial, acaso algún ciudadano despedido que pasaba por ahí y se volvía sospechoso a la celosa mirada de los que asaltaban la casa de Gobierno. Y después del golpe no pasaba nada, el único objetivo era la toma del poder.

Parodiando a Valle Inclán, aquéllo era más esperpento que tragedia. Cuando cayó Frondizi, a comienzos de la década del 60, los golpistas esperaron que se produjese el cambio de guardia en la presidencia para liberar a los guardianes de la obligación jurada de dar la vida por el mandatario. Más tarde, cuando derrocaron a Illia, los golpistas ni siquiera desfundaron sus pistolas al llegar al despacho del presidente, y la cosa acabó con unas trompadas. Pese a lo burdo y poco «heróico» de estas acciones, el aparato bélico desplegado era impresionante.

COMO corresponsal del diario «Clarín», de Buenos Aires, en la ciudad capital de la provincia de La Rioja, me tocó presenciar dos o tres de estos golpes, casi idénticos entre sí y similares a los que simultáneamente se producían en otras provincias y en la capital de la República. El primer indicio de golpe fue la súbita interrupción de los programas habituales en las emisoras de radio, para pasar música marcial. Enseguida recibí la llamada del periódico. En la capital estaban destituyendo a Frondizi, que se negaba a renunciar según las exigencias castrenses, y yo debía informar de cómo se producía el concomitante derrocamiento del gobernador provincial, movimiento de tropas, reacciones populares, etc. No más de

folio y medio, ya que veinte provincias enviarían ese día a Buenos Aires más o menos la misma información.

A las 10 de la noche, no se advertía ningún movimiento extraño en el cuartel. El jefe militar me dijo por teléfono que la unidad respondía a sus mandos naturales: o sea, lo de siempre. Herberto Herrera, vicegobernador a cargo del Ejecutivo, vecino y amigo, estaba en su despacho con algunos ministros, a la espera de la llegada de los militares. Hablaban de la cosecha de nueces, que ese año no parecía buena. Acaban de recibir una llamada telefónica del jefe del regimiento anunciando que se disponían a derrocarlo y tomar el poder. La casa de Gobierno estaba casi vacía. En las tres puertas de acceso, guardias somnolientos. La única ventana iluminada del edificio era la del despacho del gobernador. La población, en calma indiferente. O dormida.

A las dos de la madrugada, un vigia que tenía apostado cerca del cuartel me comunicó que había empezado el movimiento de tropas. Unos diez camiones y carros de asalto, llenos de soldados. Iban hacia la gasolinera del Automóvil Club. Una cantidad de soldados suficiente para apoderarse de veinte Gobiernos, por lo menos. En menos de cinco minutos atravesé la ciudad desierta en mi cauteloso 4 L y me acerqué hasta donde pude. Llenaban a tope los depósitos de gasolina de los camiones, como si fuesen a emprender una larga travesía. Sin embargo, la casa del Gobierno, objetivo de las tropas, distaba a unos 400 metros de la gasolinera. La banda militar de música ocupaba enteramente uno de los vehículos; los instrumentos de bronce brillaban como para una fiesta. En los demás camiones, las puntas de los fusiles apuntaban al cielo.

En la gobernación, la guardia habitual había sido sustituida por pacíficos bomberos desarmados, que sin juramento de fidelidad a las autoridades legítimas dejarían pasar libremente a las tropas alzadas evitando inútiles derramamientos

de sangre. En el despacho del gobernador, el «vice» estaba prácticamente solo, con su secretario privado. Seguirían hablando de la cosecha de nueces, tan mala ese año por las terribles plagas de la agricultura. Le comenté el despliegue de tropas que había visto. «Espero que no demoren, tengo mucho sueño», me dijo. Manso, tranquilo, adormilado, de vez en cuando echaba una ojeada al borrador de acta donde decía que entregaban el poder legítimo ante la imposición de las armas.

LAS tropas llegaron al amanecer, entre el silencio apenas interrumpido por los relojes despertadores que llamaban a los empleados públicos a cumplir una nueva jornada. El vicegobernador y su acompañante firmaron el acta de entrega y se retiraron a descansar. Las nuevas autoridades, poco después de las 7, hicieron formar militarmente a los empleados públicos en el amplio patio del edificio para oír a la banda militar ejecutar el himno nacional, que tuvieron que cantar más o menos patrióticamente.

La mayoría de los riojanos, dormidos durante la toma de la Gobernación, se enteraron atónitos, al despertar, del cambio de autoridades, y el día transcurrió como cualquier otro. Por la tarde, el jefe militar a cargo del Gobierno recibió a los periodistas en su nuevo despacho. Vestía de paisano, hablaba manso y pausadamente, prometió ocuparse de las plagas de la agricultura. No parecía un militar. Era como si se hubiese disfrazado para tomar el poder y ahora todo siguiese en la misma rutina, como siempre.

FUE uno de los últimos golpes incruentos. En el año 76 la técnica del golpe cambió, y el genocidio que le siguió convirtió en tragedia lo que hasta entonces había sido simplemente esperpento.

Daniel Moyano es escritor.

GOLPES DE ESTADO ARGENTINOS: ESPERPENTO Y TRAGEDIA

Hasta los trágicos sucesos de 1976, los golpes militares en Argentina fueron generalmente incruentos. Muchas estridencias de tanques en la calle y de publicidad radial a través de solemnes comunicados, pero, *afortunadamente, casi sin víctimas. Los presidentes depuestos eran trasladados por ejemplo a una isla, como en el caso de Arturo Frondizi, a una prisión más bien simbólica y por poco tiempo; o quedaban en libertad, como Arturo Illia. Podía morir algún cadete o miembro de la guardia presidencial, acaso algún ciudadano despistado que pasaba por ahí y se volvía sospechoso a la celosa mirada de los que asaltaban la casa de gobierno. Y después del golpe no pasaba nada, el único objetivo era la toma del poder.*

Parodiando a Valle Inclán, aquello era más esperpento que tragedia. Cuando cayó Frondizi, a comienzos de la década del 60, los golpistas esperaron que se produjese el cambio de guardia en la presidencia para liberar a los guardianes de la obligación jurada de dar la vida por el mandatario. Más tarde, cuando derrocaron a Illia, los golpistas ni siquiera desfundaron sus pistolas al llegar al despacho del presidente, y la cosa acabó con unas trompadas. Pese a lo burdo y poco «heróico» de estas acciones, el aparato bélico desplegado era impresionante.

Como corresponsal del diario «Clarín» de Buenos Aires en la provincia de la Rioja, me tocó presenciar dos o tres golpes de estado, casi idénticos entre sí y similares a los que simultáneamente se producían en otras provincias y en la capital de la república. El primer indicio de golpe fue la súbita interrupción de los programas habituales en las emisoras de radio, para pasar música marcial. Enseguida recibí la llamada del periódico. En la capital estaban destituyendo a Frondizi, que se negaba a renunciar según las exigencias castrenses y yo debía informar de cómo se producía el concomitante derrocamiento del gobernador provincial, movimiento de tropas, reacciones populares, etc. No más de folio y medio, ya que veinte provincias enviarían ese día a Buenos Aires más o menos la misma información.

A las 10 de la noche, no se advertía ningún movimiento extraño en el cuartel. El jefe militar me dijo por teléfono que la unidad respondía a sus mandos naturales: o sea, los de siempre. Herberto Herrera, vicegobernador a cargo del ejecutivo, vecino y amigo, estaba en su despacho con algunos ministros, a la espera de la llegada de los militares. Hablaban de la cosecha de nueces, que ese año no parecía buena. Acababan de recibir una llamada telefónica del jefe del regimiento anunciando que se disponían a derrocarlo y tomar el poder. La casa del gobierno estaba casi vacía. En las 3 puertas de acceso, guardias soñolientos. La única ventana iluminada del edificio era la del despacho del gobernador. La población, en calma indiferente, o dormida.

A las dos de la madrugada, un vigía que tenía apostado cerca del

cuartel me comunicó que había empezado el movimiento de tropas. Unos diez camiones y carros de asalto, llenos de soldados. Iban hacia la gasolinera del automóvil club. Una cantidad de soldados suficiente para apoderarse de veinte gobiernos por lo menos. En menos de 5 minutos atravesé la ciudad desierta en mi cauteloso «4-L» y me acerqué hasta donde pude. Llenaban a tope los depósitos de gasolina de los camiones, como si fuesen a emprender una larga travesía. Sin embargo la casa del gobierno, objetivo de las tropas, distaba unos 400 metros de la gasolinera. La banda militar de música ocupaba enteramente uno de los vehículos; los instrumentos de bronce brillaban como para una fiesta. En los demás camiones, las puntas de los fusiles apuntaban al cielo.

En la gobernación, la guardia había sido sustituida por pacíficos bomberos desarmados, que sin juramento de fidelidad a las autoridades legítimas dejarían pasar libremente a las tropas alzadas evitando inútiles derramamientos de sangre. En el despacho del gobernador, el «vice» estaba prácticamente sólo, con su secretario privado. Seguían hablando de la cosecha de nueces, tan mala ese año por las terribles plagas de la agricultura. Le comenté el despliegue de tropas que había visto. «Espero que no demoren, tengo mucho sueño», me dijo. Mañoso, tranquilo, adormilado, de vez en cuando decía que entregaban el poder legítimo ante la imposición de las armas.

Las tropas llegaron al amanecer, entre el silencio apenas interrumpido por los relojes despertadores que llamaban a los empleados públicos a cumplir una nueva jornada. El vicegobernador y su acompañante firmaron el acta de entrega y se retiraron a descansar. Las nuevas autoridades, poco después de las 7, hicieron formar militarmente a los empleados públicos en el amplio patio del edificio para oír a la banda militar ejecutar el himno nacional, que tuvieron que cantar más o menos patrióticamente.

La mayoría de los riojanos, dormidos durante la toma de la gobernación, se enteraron atónitos, al despertar, del cambio de autoridades, y el día transcurrió como cualquier otro. Por la tarde, el jefe militar a cargo del gobierno recibió a los periodistas en su nuevo despacho. Vestía de paisano, hablaba mansa y pausadamente, prometió ocuparse de las plagas de la agricultura. No parecía un militar. Era como si se hubiese disfrazado para tomar el poder y ahora todo siguiese en la misma rutina, como siempre.

Fue uno de los últimos golpes incruentos. En el año 76 la técnica del golpe cambió, y el genocidio que le siguió convirtió en tragedia lo que hasta entonces había sido simplemente esperpento.

Por Daniel Moyano.
(Escritor)

= El Telefónico de Melillo -
30.8.83

Año tras año, a la hora de hacer el recuento de muertes por accidentes automovilísticos, ocurridos al salir o regresar de vacaciones, se dice que la causa principal es el exceso de velocidad, y con eso todo queda explicado. Estas muertes de agosto, invariables y puntuales, no valen como experiencia disuasiva, y al año siguiente reincidiremos: algo que parece más fuerte que el temor, el riesgo y la macabra estadística nos impulsará, como todos los años, a viajar con el acelerador a fonó. Porque en realidad quien aprieta el acelerador no somos nosotros sino la angustia, la de la huida y la del regreso, convirtiendo en una forma de alineación lo que ya va dejando de ser tiempo de descenso para convertirse en una concesión compulsiva de un ordenamiento social que sólo ve, de la multifacética personalidad del hombre, su capacidad de producir y consumir, no la de vivir plenamente.

Michel Maffesoli, profesor de ciencias humanas en la Sorbona, decía hace poco en un matutino madrileño, refiriéndose a lo que él llama «prácticas dionisiacas modernas», que «las fiestas populares, comunidades sexuales, perversiones secretas o exhibidas, reuniones festivas, bohe-

Morir en vacaciones

Por Daniel Moyano

mias, pueden interpretarse como aspectos de un deseo de vivir que los valores racionalistas que hemos forjado no llegan a expresar, y que «el cuerpo, que hasta ahora ha sido una herramienta de producción, tiende a ingresar en un orden amoroso». Esta «herramienta», al liberarse una vez por año durante treinta días, lo hace con once meses de angustia acumulada, y con esta angustia huye, lo más rápido que puede, hacia el dorado tiempo del descanso, del placer, del ocio. Huye de lo que le impide ser cotidianamente lo que su propia naturaleza le incita a ser, y regresa compulsivamente para no alterar con su ausencia en el engranaje rutinario, esa especie de orden sagrado que le permite liberarse al menos durante treinta días.

El ocio, en épocas menos alienadas que la nuestra, formaba parte de la vida diaria. El «tiempo interno» o psicológico era más largo. Existían la siestas reparadora (física y psíquicamente) las tertulias familiares o en el bar con mesas para sentarse a con-

versar (la diferencia de la «barra» actual, concebida para una copa al paso), las largas tardes y las largas noches de la era pre-televisiva. Hoy trabajamos horas extras para poder pagar el coche que nos permitirá huir rápidamente hacia el tiempo del ocio, regulado pero ocio al fin, más parecido a un vicio consumista que al descanso verdadero. La libertad, el placer, el deseo profundo de vivir que el hombre goza en treinta días generalmente no elegidos por él, debería sentirse día a día, durante todo el año, mediante la creación de un verdadero «tiempo libre» que contemplara su condición de un 'ser hecho no sólo para la producción de bienes sino también para el placer.

La sociedad industrial mecanizada es ajena, por principios de productividad y rendimiento, al instinto fundamental que tiende a la ausencia de dolor y búsqueda de placer, necesariamente opuesto al tedio de la rutina cotidiana en una forma de producción que ha dejado de ser creadora,

aquí o en los países del Este, para convertirse en un factor de alienación. En ese sentido, las vacaciones se convierten en un permiso precario, en una libertad condicional regimentada, y el trabajo, que debería ser una forma más de la alegría creadora, en un instrumento de opresión. Las formas de hedonismo o prácticas dionisiacas modernas citadas por Maffesoli, así parecen demostrarlo. Porque el hombre, felizmente, pese a todo quiere seguir viviendo en plenitud, aunque sea treinta días al año, aunque debamos ceder cada vez más libertad para poder pagar las vacaciones.

Y es este impulso primario e inherente a la naturaleza humana, la búsqueda del placer que alimenta nuestro deseo y nuestro derecho de vivir, lo que nos lleva a apretar a fondo el acelerador cuando llega el temible y deseado mes de agosto. Para huir rápidamente, cuando salimos, de lo que nos hace sufrir, y luego para regresar a tiempo, de acuerdo con lo pactado, ya que aquello que nos aliena día a día es también lo que nos concede, precariamente y empaquetado en un lapso de treinta días, un espacio para sentirnos libres en un «orden amoroso».

Año tras año, a la hora de hacer el recuento de muertes por accidentes automovilísticos, ocurridos al salir o regresar de vacaciones, se dice que la causa principal es el exceso de velocidad, y con eso todo queda explicado. Estas muertes de agosto, invariables y puntuales, no valen como experiencia disuasiva, y al año siguiente reincidiremos: algo que parece más fuerte que el temor, el riesgo y la macabra estadística nos impulsará, como todos los años, a viajar con el acelerador a fondo. Porque en realidad quien aprieta el acelerador no somos nosotros sino la angustia, la de la huida y la del regreso, convirtiéndose en una forma de alienación lo que ya va dejando de ser tiempo de descanso para convertirse en una concesión compulsiva de un ordenamiento social que sólo ve, de la multifacética personalidad del hombre, su capacidad de producir y consumir, no la de vivir plenamente.

Michel Maffesoli, profesor de Ciencias Humanas en la Sorbona, decía hace poco en un matutino madrileño, refiriéndose a lo que él llamó «Prácticas dionisiacas modernas», que «las fiestas populares, comunidades sexuales, perversiones secretas o exhibidas, reuniones festivas, bohémias, pueden interpretarse como aspectos de un deseo de vivir que los valores racionalistas que hemos forjado no llegan a

MORIR DE VACACIONES

Por DANIEL MOYANO

expresar», y que «el cuerpo, que hasta ahora ha sido una herramienta de producción, tiende a ingresar en un orden amoroso». Esta «herramienta», al liberarse una vez por año durante treinta días, lo hace con once meses de angustia acumulada, y con esta angustia huye, lo más rápido que puede, hacia el dorado tiempo del descanso, del placer, del ocio. Huye de lo que le impide ser cotidianamente lo que su propia naturaleza le incita a ser, y regresa compulsivamente para no alterar con su ausencia en el engranaje rutinario, esa especie de orden sagrado que le permite liberarse al menos durante treinta días.

El ocio, en épocas menos alienadas que la nuestra, formaba parte de la vida diaria. El «tiempo interno» o psicológico era más largo. Existían la siesta reparadora (física y psíquicamente), las tertulias familiares o en el bar con mesas para sen-

tarse a conversar (a diferencia de la «barra» actual, concebida para una copa al paso), las largas tardes y las largas noches de la era pre-televisiva. Hoy trabajamos horas extras para poder pagar el coche que nos permitirá huir rápidamente hacia el tiempo del ocio, regulado pero ocio al fin, más parecido a un vicio consumista que al descanso verdadero. La libertad, el placer, el deseo profundo de vivir que el hombre goza en treinta días generalmente no elegidos por él, debería sentirse día a día, durante todo el año, mediante la creación de un verdadero «tiempo libre» que contemplara su condición de un ser hecho no sólo para la producción de bienes sino también para el placer.

La sociedad industrial mecanizada es ajena, por principios de productividad y rendimiento, al instinto fundamental que tiende a la ausencia de dolor y búsqueda

de placer, necesariamente opuesto al tedio de la rutina cotidiana en una forma de producción que ha dejado de ser creadora, aquí o en los países del este, para convertirse en un factor de alienación. En ese sentido, las vacaciones se convierten en un permiso precario, en una libertad condicional regimentada, y el trabajo, que debería ser una forma más de la alegría creadora, en un instrumento de opresión. Las formas de hedonismo o prácticas dionisiacas modernas citadas por Maffesoli así parecen demostrarlo. Porque el hombre, felizmente, pese a todo quiere seguir viviendo en plenitud, aunque sea treinta días al año, aunque debamos ceder cada vez más libertad para poder pagar las vacaciones.

Y es este impulso primario e inherente a la naturaleza humana, la búsqueda del placer que alimente nuestro deseo y nuestro derecho de vivir, lo que nos lleva a apretar a fondo el acelerador cuando llega el temible y deseado mes de agosto. Para huir rápidamente, cuando salimos, de lo que nos hace sufrir, y luego para regresar a tiempo, de acuerdo con lo pactado, ya que aquello que nos aliena día a día es también lo que nos concede, precariamente y empaquetado en un lapso de treinta días, un espacio para sentirnos libres en un «orden amoroso».

Morir en vacaciones

Daniel Moyano

AÑO tras año, a la hora de hacer el recuento de muertes por accidentes automovilísticos, ocurridos al salir o regresar de vacaciones, se dice que la causa principal es el exceso de velocidad, y con eso todo queda explicado. Estas muertes de agosto, invariables y puntuales, no valen como experiencia disuasiva, y al año siguiente reincidiremos: algo que parece más fuerte que el temor, el riesgo y la macabra estadística nos impulsará, como todos los años, a viajar con el acelerador a fondo. Porque en realidad quien aprieta el acelerador no somos nosotros, sino la angustia, la de la huida y la del regreso, convirtiendo en una forma de alienación lo que ya va dejando de ser tiempo de descanso para convertirse en una concesión compulsiva de un ordenamiento social que sólo ve, de la multifacética personalidad del hombre, su capacidad de producir y consumir, no la de vivir plenamente.

Michel Maffesoli, profesor de Ciencias Humanas en La Sorbona, decía hace poco en un matutino madrileño, refiriéndose a lo que él llama «prácticas dionisiacas modernas», que «las fiestas populares, comunidades sexuales, perversiones secretas o exhibidas, reuniones festivas, bohemias, pueden interpretarse como aspectos de un deseo de vivir que los valores racionalistas que hemos forjado no llegan a expresar», y que «el cuerpo, que hasta ahora ha sido una herramienta de producción, tiende a ingresar en un orden amoroso». Esta «herramienta», al liberarse una vez por año durante

treinta días, lo hace con once meses de angustia acumulada, y con esta angustia huye, lo más rápido que puede, hacia el dorado tiempo del descanso, del placer, del ocio. Huye de lo que le impide ser cotidianamente lo que su propia naturaleza le incita a ser, y regresa compulsivamente para no alterar con su ausencia en el engranaje rutinario, esa especie de orden sagrado que le permite liberarse al menos durante treinta días.

EL ocio, en épocas menos alienadas que la nuestra, formaba parte de la vida diaria. El «tiempo interno» o psicológico era más largo. Existían la siesta reparadora (física y psicológicamente), las tertulias familiares o en el bar con mesas para sentarse a conversar (a diferencia de la «barra» actual, concebida para una copa al paso), las largas tardes y las largas noches de la era pre-televisiva. Hoy trabajamos horas extras para poder pagar el coche que nos permitirá huir rápidamente hacia el tiempo del ocio, regulado pero ocio al fin, más parecido a un vicio consumista que al descanso verdadero. La libertad, el placer, el deseo profundo de vivir que el hombre goza en treinta días generalmente no elegidos por él, debería sentirse día a día, durante todo el año, mediante la creación de un verdadero «tiempo libre» que contemplará su condición de un ser hecho no sólo para la producción de bienes, sino también para el placer.

La sociedad industrial mecanizada es ajena, por princi-

pios de productividad y rendimiento, al instituto fundamental que tiende a la ausencia de dolor y búsqueda de placer, necesariamente opuesto al tedio de la rutina cotidiana en una forma de producción que ha dejado de ser creadora, aquí o en los países del Este, para convertirse en un factor de alienación. En ese sentido, las vacaciones se convierten en un permiso precario, en una libertad condicional regimentada, y el trabajo, que debería ser una forma más de la alegría creadora, en un instrumento de opresión. Las formas de hedonismo o prácticas dionisiacas modernas citadas por Maffesoli así parecen demostrarlo. Porque el hombre, felizmente, pese a todo quiere seguir viviendo en plenitud, aunque sea treinta días al año, aunque debamos ceder cada vez más libertad para poder pagar las vacaciones.

Yes este impulso primario e inherente a la naturaleza humana, la búsqueda del placer que alimente nuestro deseo y nuestro derecho de vivir, lo que nos lleva a apretar a fondo el acelerador cuando llega el temible y deseado mes de agosto. Para huir rápidamente, cuando salimos, de lo que nos hace sufrir, y luego para regresar a tiempo, de acuerdo con lo pactado, ya que aquello que nos aliena día a día es también lo que nos concede, precariamente y empaquetado en un lapso de treinta días, un espacio para sentirnos libres en un «orden amoroso».

Daniel Moyano, escritor

Morir en vacaciones

Daniel Moyano

AÑO tras año, a la hora de hacer el recuento de muertes por accidentes automovilísticos, ocurridos al salir o regresar de vacaciones, se dice que la causa principal es el exceso de velocidad, y con eso todo queda explicado. Estas muertes de agosto, invariables y puntuales, no valen como experiencia disuasiva, y al año siguiente reincidiremos: algo que parece más fuerte que el temor, el riesgo y la macabra estadística nos impulsará, como todos los años, a viajar con el acelerador a fondo. Porque en realidad quien aprieta el acelerador no somos nosotros, sino la angustia, la de la huida y la del regreso, convirtiendo en una forma de alienación lo que ya va dejando de ser tiempo de descanso para convertirse en una concesión compulsiva de un ordenamiento social que sólo ve, de la multifacética personalidad del hombre, su capacidad de producir y consumir, no la de vivir plenamente.

Michel Maffesoli, profesor de Ciencias Humanas en La Sorbona, decla hace poco en un matutino madrileño, refiriéndose a lo que él llama «prácticas dionisiacas modernas», que «las fiestas populares, comunidades sexuales, perversiones secretas o exhibidas, reuniones festivas, bohemias, pueden interpretarse como aspectos de un deseo de vivir que los valores racionalistas que hemos forjado no llegan a expresar», y que «el cuerpo, que hasta ahora ha sido una herramienta de producción, tiende a ingresar en un orden amoroso». Esta «herramienta», al liberarse una vez por año durante

treinta días, lo hace con once meses de angustia acumulada, y con esta angustia huye, lo más rápido que puede, hacia el dorado tiempo del descanso, del placer, del ocio. Huye de lo que le impide ser cotidianamente lo que su propia naturaleza le incita a ser, y regresa compulsivamente para no alterar con su ausencia en el engranaje rutinario, esa especie de orden sagrado que le permite liberarse al menos durante treinta días.

EL ocio, en épocas menos alienadas que la nuestra, formaba parte de la vida diaria. El «tiempo interno» o psicológico era más largo. Existían la siesta reparadora (física y psíquicamente), las tertulias familiares o en el bar con mesas para sentarse a conversar (a diferencia de la «barra» actual, concebida para una copa al paso), las largas tardes y las largas noches de la era pre-televisiva. Hoy trabajamos horas extras para poder pagar el coche que nos permitirá huir rápidamente hacia el tiempo del ocio, regulado pero ocio al fin, más parecido a un vicio consumista que al descanso verdadero. La libertad, el placer, el deseo profundo de vivir que el hombre goza en treinta días generalmente no elegidos por él, debería sentirse día a día, durante todo el año, mediante la creación de un verdadero «tiempo libre» que contemplará su condición de un ser hecho no sólo para la producción de bienes, sino también para el placer.

La sociedad industrial mecanizada es ajena, por princi-

pios de productividad y rendimiento, al instituto fundamental que tiende a la ausencia de dolor y búsqueda de placer, necesariamente opuesto al tedio de la rutina cotidiana en una forma de producción que ha dejado de ser creadora, aquí o en los países del Este, para convertirse en un factor de alienación. En ese sentido, las vacaciones se convierten en un permiso precario, en una libertad condicional regimentada, y el trabajo, que debería ser una forma más de la alegría creadora, en un instrumento de opresión. Las formas de hedonismo o prácticas dionisiacas modernas citadas por Maffesoli así parecen demostrarlo. Porque el hombre, felizmente, pese a todo quiere seguir viviendo en plenitud, aunque sea treinta días al año, aunque debamos ceder cada vez más libertad para poder pagar las vacaciones.

Yes este impulso primario e inherente a la naturaleza humana, la búsqueda del placer que alimente nuestro deseo y nuestro derecho de vivir, lo que nos lleva a apretar a fondo el acelerador cuando llega el temible y deseado mes de agosto. Para huir rápidamente, cuando salimos, de lo que nos hace sufrir, y luego para regresar a tiempo, de acuerdo con lo pactado, ya que aquello que nos aliena día a día es también lo que nos concede, precariamente y empaquetado en un lapso de treinta días, un espacio para sentirnos libres en un «orden amoroso».

Daniel Moyano, escritor

Año tras año, a la hora de hacer el recuento de muertes por accidentes automovilísticos, ocurridos al salir o regresar de las vacaciones de verano, se cita como principal causa el exceso de velocidad, y con eso todo queda explicado. Estas muertes de agosto, invariables y puntuales, no valen como experiencia disuasiva, y al año siguiente reincidiremos: algo parece más fuerte que el temor, el riesgo y la macabra estadística nos impulsará, como todos los años, a viajar con el acelerador a fondo. Porque en realidad quien aprieta el acelerador no somos nosotros sino la angustia, la de la huida y la del regreso, convirtiéndose en una forma de alienación lo que ya va dejando de ser tiempo de descanso para convertirse en una concesión compulsiva de un ordenamiento social que sólo ve, de la multifacética personalidad del hombre, su capacidad de producir y consumir, no la de vivir plenamente.

Michel Maffesoli, profesor de Ciencias Humanas en la Sorbona, decía hace poco en un matutino madrileño, refiriéndose a lo que él llama «prácticas dionisiacas modernas», que «las fiestas populares, comunidades sexuales, perversiones secretas o exhibidas, reuniones festivas, bohemias, pueden interpretarse como aspectos de un deseo de vivir que los valores racionalistas que hemos

forjado no llegan a expresar», y que «el cuerpo, que hasta ahora ha sido una herramienta de producción, tiende a ingresar en un orden amoroso». Esta «herramienta», al liberarse una vez al año durante 30 días, lo hace con once meses de angustia acumulada, y con esta angustia huye, lo más rápido que puede, hacia el dorado tiempo del descanso, del placer, del ocio. Huye de lo que le impide ser cotidianamente lo

cebida para una copa al paso), las largas tardes y las largas noches de la era pretelevisiva. Hoy trabajamos horas extras para poder pagar el coche que nos permitirá huir rápidamente hacia el tiempo del ocio, regulado pero el ocio al fin, más parecido a un vicio consumista que al descanso verdadero. La libertad, el placer, el deseo profundo de vivir que el hombre goza en treinta días generalmente no elegidos por él,

los países del Este, para convertirse en un factor de alienación. Es ese sentido, las vacaciones se convierten en un permiso precario, en una libertad condicional regimentada, y el trabajo, que debería ser una forma más de alegría creadora, en un instrumento de opresión. Las formas de hedonismo o prácticas dionisiacas modernas citadas por Maffesoli así parecen demostrarlo. Porque el hombre, felizmente, pese a todo quiere seguir viviendo en plenitud, aunque sea treinta días al año, aunque debamos ceder cada vez más libertad para poder pagar las vacaciones.

Y es este impulso primario e inherente a la naturaleza humana, la búsqueda del placer que alimenta nuestro deseo y nuestro derecho de vivir, lo que nos lleva a apretar a fondo el acelerador cuando llega el temible y deseado mes de agosto. Para huir rápidamente, cuando salimos, de lo que nos hace sufrir, y luego para regresar a tiempo, de acuerdo con lo pactado, ya que aquello que nos aliena día a día es también lo que nos concede, precariamente y empaquetado en un lapso de treinta días, un espacio para sentirnos libres en un «orden amoroso».

Daniel MOYANO

MORIR EN VACACIONES

que su propia naturaleza le incita a ser, y regresa compulsivamente para no alterar con su ausencia en el engranaje rutinario, esa especie de orden sagrado que le permite liberarse al menos durante treinta días.

El ocio, en épocas menos alineadas que la nuestra, formaba parte de la vida diaria. El «tiempo interno» o psicológico era más largo. Existían la siesta reparadora (física y psíquicamente), las tertulias familiares o en el bar con mesas para sentarse a conversar (a diferencia de la «barra» actual, con-

debería sentirse día a día, durante todo el año, mediante la creación de un verdadero «tiempo libre» que contemplara su condición de un ser hecho no solo para la producción de bienes sino también para el placer.

La sociedad industrial mecanizada es ajena, por principios de productividad y rendimiento, al instituto fundamental que tiene a la ausencia de dolor y búsqueda de placer, necesariamente opuesto al tedio de la rutina cotidiana en una forma de producción que ha dejado de ser creadora, aquí o en

Córdoba 13-9-83

MORIR EN VACACIONES

Año tras año, a la hora de hacer el recuento de muertos por accidentes automovilísticos, ocurridos al salir o regresar de vacaciones, se dice que la causa principal es el exceso de velocidad, y con eso todo queda explicado. Estas muertes de agosto, invariables y puntuales, no valen como experiencia disuasiva, y al año siguiente reincidiremos: algo que parece más fuerte que el temor, el riesgo y la macabra estadística nos impulsará, como todos los años, a viajar con el acelerador a fondo. Porque en realidad quien aprieta el acelerador no somos nosotros sino la angustia, la de la huida y la del regreso, convirtiéndose en una forma de alienación lo que ya va dejando de ser tiempo de descanso para convertirse en una concesión compulsiva de un ordenamiento social que solo va, de la multifacética personalidad del hombre, su capacidad de producir y consumir, no la de vivir plenamente.

Michel Maffesoli, profesor de Ciencias Humanas en la Sorbona, decía hace poco en un matutino madrileño, refiriéndose a lo que él llama «prácticas dionisiacas modernas», que «las fiestas populares, comunidades sexuales, perversiones secretas e exhibidas, reuniones festivas, bohémias, pueden interpretarse como aspectos de un deseo de vivir que los valores racionalistas que hemos forjado no llegan a expresar», y que «el cuerpo, que hasta ahora ha sido una herramienta de producción, tiende a ingresar una vez por año durante treinta días, lo hace con once meses de angustia acumulada, y con esta angustia huye, lo más rápido que puede, hacia el dorado tiempo del descanso, del placer, del ocio. Huye de lo que le impide ser cotidianamente lo que su propia naturaleza le incita a ser, y regresa compulsivamente para no alterar con su ausencia en el engranaje rutinario, esa especie de orden sagrado que le permite liberarse al menos durante treinta días.

nadas que la nuestra, formaba parte de la vida diaria. El «tiempo interno» o psicológico era más largo. Existían la siesta reparadora (física y psíquicamente), las tertulias familiares o en el bar con mesas para sentarse a conversar (a diferencia de la «barra» actual, concebida para una copa al paso), las largas tardes y las largas noches de la era pre-televisiva. Hoy trabajamos horas extras para poder pagar el coche que nos permitirá huir rápidamente hacia el tiempo del ocio, regulado pero ocio al fin, más parecido a un vicio consumista que al descanso verdadero. La libertad, el placer, el deseo profundo de vivir que el hombre goza en treinta días generalmente no elegidos por él, debería sentirse día a día, durante todo el año, mediante la creación de un verdadero «tiempo libre» que contemplara su condición de un ser hecho no sólo para la producción de bienes sino también para el placer.

La sociedad industrial mecanizada es ajena, por principios de productividad y rendimiento, al instinto fundamental que tiende a la ausencia de dolor y búsqueda de placer. Necesariamente opuesto al tedio de la rutina cotidiana en una forma de producción que ha dejado de ser crea-

dora, aquí o en los países del Este, para convertirse en un factor de alienación. En ese sentido, las vacaciones se convierten en un permiso precario, en una libertad condicional regimentada, y el trabajo, que debería ser una forma más de alegría creadora, en un instrumento de opresión. Las formas de hedonismo o prácticas dionisiacas modernas citadas por Maffesoli así parecen demostrario. Porque el hombre, felizmente, pese a todo quiere seguir viviendo en plenitud, aunque sea treinta días al año. Aunque debamos ceder cada vez más libertad para poder pagar las vacaciones.

Y es este impulso primario e inherente a la naturaleza humana, la búsqueda del placer que alimenta nuestro deseo y nuestro derecho de vivir, lo que nos lleva a apretar a fondo el acelerador cuando llega el temible y deseado mes de agosto. Para huir rápidamente, cuando salimos, de la que nos hace sufrir, y luego para regresar a tiempo, de acuerdo con lo pactado, ya que aquello que nos aliena día a día es también lo que nos concede, precariamente y empaquetado en un lapso de treinta días, un espacio para sentirnos libres en «orden amoroso».

Daniel MOYANO

Morir en vacaciones

Daniel Moyano

Año tras año, a la hora de hacer el recuento de muertes por accidentes automovilísticos, ocurridos al salir o regresar de vacaciones, se dice que la causa principal es el exceso de velocidad, y con eso todo queda explicado. Estas muertes de agosto, invariables y puntuales, no valen como experiencia disuasiva, y al año siguiente reincidiremos: algo que parece más fuerte que el temor, el riengo y la macabra estadística nos impulsará, como todos los años, a viajar con el acelerador a fondo. Porque en realidad quien aprieta el acelerador no somos nosotros sino la angustia, la de la huida y la del regreso, convirtiendo en una forma de alienación lo que ya va dejando de ser tiempo de descanso para convertirse en una concesión compulsiva de un ordenamiento social que solo ve, de la multifacética personalidad del

hombre, su capacidad y consumir, no la de vivir plenamente.

Michel Maffesoli, profesor de Ciencias Humanas en La Sorbona, decía hace poco en un matutino madrileño, refiriéndose a lo que él llama «prácticas dionisiacas modernas», que «las fiestas populares, comunidades sexuales, perversiones secretas o exhibidas, reuniones festivas, bohemias, pueden interpretarse como aspecto de un deseo de vivir que los valores racionalistas que hemos forjado no llegan a expresar», que «el cuerpo, que hasta ahora ha sido una herramienta de producción, tiende a ingresar en un orden amoroso». Esta «herramienta», al liberarse una vez por año

durante treinta días, lo hace con once meses de angustia acumulada, y con esta angustia huye, lo más rápido que puede, hacia el dorado tiempo del descanso, del placer, del ocio. Huye de lo que le impide ser contidamente lo que su propia naturaleza le incita a ser, y regresa compulsivamente para no alterar con su ausencia en el engranaje rutinario, esa especie de orden sagrado que le permite liberarse al menos durante treinta días. El ocio, en épocas menos alienadas que la nuestra, formaba parte de la vida diaria. El «tiempo interno» o psicológico era más largo. Existían la siesta reparadora (física y psicológicamente), las tertulias familiares o en el bar con mesas para sentarse a

conversar (a diferencia de la «barra» actual, concebida para una copa al paso), las largas tardes y las largas noches de la era pretelevisiva. Hoy trabajamos horas extras para poder pagar el coche que nos permitirá huir rápidamente hacia el tiempo del ocio, regulado pero ocio al fin, más parecido a un vicio consumista que al descanso verdadero. La libertad, el placer, el deseo profundo de vivir que el hombre goza en treinta días generalmente no elegidos por él, debería sentirse día a día, durante todo el año, mediante la creación de un verdadero «tiempo libre» que contemplara su condición de un ser hecho no sólo para la producción de bienes sino también para el placer. La sociedad

industrial mecanizada es ajena, por principios de productividad y rendimiento, al instinto fundamental que tiende a la ausencia de dolor y búsqueda de placer, necesariamente opuesto al tedio de la rutina cotidiana en una forma de producción que ha dejado de ser creadora, aquí o en los países del Este, para convertirse en un factor de alienación. En ese sentido, las vacaciones se convierten en un permiso precario, en una libertad condicional regimentada, y el trabajo, que debería ser una forma más de la alegría creadora, en un instrumento de opresión.

Las formas de hedonismo o prácticas dionisiacas modernas citadas por Maffesoli así parecen demos-

trarlo. Porque el hombre, felizmente, pese a todo quiere seguir viviendo en plenitud, aunque sea treinta días al año, aunque debamos ceder cada vez más libertad para poder pagar las vacaciones.

Y es este impulso primario e inherente a la naturaleza humana, la búsqueda del placer que alimienta nuestro deseo y nuestro derecho de vivir, lo que nos lleva a apretar a fondo el acelerador cuando llega el temible y deseado mes de agosto. Para huir rápidamente, cuando salimos, de lo que nos hace subrir, y luego para regresar a tiempo, de acuerdo con lo pactado, ya que aquello que nos aliena día a día es también lo que nos concede, precariamente y empaquetado en un lapso de treinta días, un espacio para sentirnos libres en un «orden amoroso».

Morir en vacaciones

Por DANIEL MOYANO

Año tras año, a la hora de hacer el recuento de muertes por accidentes automovilísticos, ocurridos al salir o regresar de vacaciones, se dice que la causa principal es el exceso de velocidad, y con eso todo queda explicado. Estas muertes de agosto, invariables y puntuales, no valen como experiencia disuasiva, y al año siguiente reincidiremos: algo que parece más fuerte que el temor, el riesgo y la macabra estadística nos impulsará, como todos los años, a viajar con el acelerador a fondo. Porque en la realidad quien aprieta el acelerador no somos nosotros sino la angustia, la de la huida y la del regreso, convirtiendo en una forma de alienación lo que ya va dejando de ser tiempo de descanso para convertirse en una concesión compulsiva de un ordenamiento social que sólo ve, de la multifacética personalidad del hombre, su capacidad de producir y consumir, no la de vivir plenamente.

Michel Maffesoli, profesor de Ciencias Humanas en La Sorbona, decía hace poco en un matutino madrileño, refiriéndose a lo que él llama «prácticas dionisí-

cas modernas», que «las fiestas populares, comunidades sexuales, perversiones secretas o exhibidas, reuniones festivas, bohemias, pueden interpretarse como aspectos de un deseo de vivir que los valores racionalistas que hemos forjado no llegan a expresar», y que «el cuerpo, que hasta ahora ha sido una herramienta de producción, tiende a ingresar en un orden amoroso». Esta «herramienta», al liberarse una vez por año durante treinta días, lo hace con once meses de angustia acumulada, y con esta angustia huye, lo más rápido que puede, hacia el dorado tiempo del descanso, del placer, del ocio. Huye de lo que le impide ser cotidianamente lo que su propia naturaleza le incita a ser, y regresa compulsivamente para no alterar con su ausencia en el engranaje rutinario, esa especie de orden sagrado que le permite liberarse al menos durante treinta días.

El ocio, en épocas menos alienadas que la nuestra, formaba parte de la vida diaria. El «tiempo interno» o psicológico era más largo. Existían la siesta reparadora (física y psíquicamente), las tertulias familiares o

en el bar con mesas para sentarse a conversar (a diferencia de la «barra» actual, concebida para una copa al paso), las largas tardes y las largas noches de la era pre-televisiva. Hoy trabajamos horas extras para poder pagar el coche que nos permitirá huir rápidamente hacia el tiempo del ocio, regulado pero ocio al fin, más parecido a un vicio consumista que al descanso verdadero. La libertad, el placer, el deseo profundo de vivir que el hombre goza en treinta días generalmente no elegidos por él, debería sentirse día a día, durante todo el año, mediante la creación de un verdadero «tiempo libre» que contemplara su condición de un ser hecho no sólo para la producción de bienes sino también para el placer.

La sociedad industrial mecanizada es ajena, por principios de productividad y rendimiento, al instinto fundamental que tiende a la ausencia de dolor y búsqueda de placer, necesariamente opuesto al tedio de la rutina cotidiana en una forma de producción que ha dejado de ser creadora, aquí o en los países del Este, para convertirse en un factor de alienación. En ese sen-

tido, las vacaciones se convierten en un permiso precario, en una libertad condicional regimentada, y el trabajo, que debería ser una forma más de la alegría creadora, en un instrumento de opresión. Las formas de hedonismo o prácticas dionisíacas modernas citadas por Maffesoli así parecen demostrarlo. Porque el hombre, felizmente, pese a todo quiere seguir viviendo en plenitud, aunque sea treinta días al año, aunque debamos ceder cada vez más libertad para poder pagar las vacaciones.

Y es este impulso primario e inherente a la naturaleza humana. La búsqueda del placer que alimenta nuestro deseo y nuestro derecho de vivir, lo que nos lleva a apretar a fondo el acelerador cuando llega el temible y deseado mes de agosto. Para huir rápidamente, cuando salimos, de lo que nos hace sufrir, y luego para regresar a tiempo, de acuerdo con lo pactado, y que aquello que nos aliena día a día es también lo que nos concede, precariamente y empaquetado en un lapso de treinta días, un espacio para sentirnos libres en un «orden amoroso».

INFORMACION no hace suyos necesariamente los criterios y opiniones que se expresen en aquellos trabajos que no sean elaborados por nuestra Redacción

= Información = 14. 9. 83

MORIR EN VACACIONES

DANIEL MOYANO

Año tras año, a la hora de hacer el recuento de muertes por accidentes automovilísticos, ocurridos al salir o regresar de vacaciones, se dice que la causa principal es el exceso de velocidad, y con eso todo queda explicado. Estas muertes de agosto, invariables y puntuales, no valen como experiencia disuasiva, y al año siguiente reincidiremos: algo que parece más fuerte que el temor, el riesgo y la macabra estadística nos impulsará, como todos los años, a viajar con el acelerador a fondo. Porque en realidad quien aprieta el acelerador no somos nosotros sino la angustia, la de la huida y la del regreso, convirtiendo en una forma de alineación lo que ya va dejando de ser tiempo de descanso para convertirse en una concesión compulsiva de un ordenamiento social que sólo ve, de la multifacética personalidad del hombre, su capacidad de producir y consumir, no la de vivir plenamente.

Michel Maffesoli, profesor de Ciencias Humanas en la Sorbona, decía hace poco en un matutino madrileño, refiriéndose a lo que él llama "prácticas dionisiacas modernas", que "las fiestas populares, comunidades sexuales, perversiones secretas o exhibidas, reuniones festivas, bohemias, pueden interpretarse como aspectos de un deseo de vivir que los valores racionalistas que hemos forjado no llegan a expresar", y que "el cuerpo, que hasta ahora ha sido una herramienta de producción, tiende a ingresar en un orden amoroso". Esta "herramienta", al liberarse una vez por año durante treinta días, lo hace con once meses de angustia acumulada, y con esta angustia huye, lo más rápido que puede, hacia el dorado tiempo del descanso, del placer, del ocio. Huye de lo que le impide ser confiadamente lo que su propia naturaleza le incita a ser, y regresa compulsivamente para no alterar con su ausencia en el engranaje rutinario, esa especie de orden sagrado que le permite liberarse al menos durante treinta días.

El ocio, en épocas menos alineadas que la nuestra, formaba parte de la vida diaria. El "tiempo interno" o psicológico era más largo. Existían la siesta reparadora (física y psíquicamente), las tertulias familiares

o en el bar con mesas para sentarse a conversar (a diferencia de la "barra" actual, concebida para una copa al paso), las largas tardes y las largas noches de la era pre-televisiva. Hoy trabajamos horas extras para poder pagar el coche que nos permita huir rápidamente hacia el tiempo del ocio, regulado pero ocio al fin, más parecido a un vicio consumista que al descanso verdadero. La libertad, el placer, el deseo profundo de vivir que el hombre goza en treinta días generalmente no elegidos por él, debería sentirse día a día, durante todo el año, mediante la creación de un verdadero "tiempo libre" que contemplara su condición de un ser hecho no sólo para la producción de bienes, sino también para el placer.

La sociedad industrial mecanizada es ajena, por principios de productividad y rendimiento, al instinto fundamental que tiende a la ausencia de dolor y búsqueda de placer, necesariamente opuesto al tedio de la rutina cotidiana en una forma de producción que ha dejado de ser creadora, aquí o en los países del Este, para convertirse en un factor de alineación. En ese sentido, las vacaciones se convierten en un permiso precario, en una libertad condicional regimentada, y el trabajo, que debería ser una forma más de la alegría creadora, en un instrumento de opresión. Las formas de hedonismo o prácticas dionisiacas modernas citadas por Maffesoli así parecen demostrarlo. Porque el hombre, felizmente, pese a todo quiere seguir viviendo en plenitud, aunque sea treinta días al año, aunque debamos ceder cada vez más libertad para poder pagar las vacaciones.

Y es este impulso primario e inherente a la naturaleza humana, la búsqueda del placer que alimente nuestro deseo y nuestro derecho de vivir, lo que nos lleva a apretar a fondo el acelerador cuando llega el temible y deseado mes de agosto. Para huir rápidamente, cuando salimos, de lo que nos hace sufrir, y luego regresar a tiempo, de acuerdo con lo pactado, ya que aquello que nos alinea día a día es también lo que nos concede, precariamente y empaquetado en un lapso de treinta días, un espacio para sentirnos libres en un "orden amoroso".

= Nueva España =
(Jesúsca)

15. 9. 8)

- de Hom. Quereza.
8-X-83

El libro español y la cultura nacional

Por Daniel MOYANO (escritor)

España ocupa el quinto lugar en la producción mundial de libros, junto a potencias altamente industrializadas como EE.UU., Japón o la Unión Soviética. En hábitos de lectura, en cambio, es uno de los últimos de Europa. La desproporción entre el consumo interno y la producción (alrededor de 270 millones de ejemplares en 1982) ha hecho depender la industria editorial del mercado latinoamericano, el cual, como cualquier editor español sabe, actualmente no paga, por problemas de crisis, de devaluación o de lo que fuere. La deuda, de dudoso o muy dilatado cobro, estimada en 28.000 millones de pesetas, ha puesto en peligro no sólo a este sector de la economía española sino a un valioso mecanismo de identidad cultural, como es la edición de libros.

Sin un mercado interno capaz de absorber la retracción de las exportaciones, por carestía del libro, hábitos de lectura y otros factores, la industria editorial corre el riesgo de caer en manos de lo que se ha llamado el poder cultural, esto es, la manipulación que de la cultura hacen las multinacionales convirtiéndola en un producto estrictamente comercial, sin identidad alguna, mediante la técnica del «best - seller» y otras formas de penetración y deformación.

Y ya se sabe cómo actúan estas superestructuras depredatorias, dueñas de un tremendo poder técnico y financiero. Poseedoras también de la informática y medios masivos de comunicación, crean el «gusto literario» según sus propias pautas «culturales», que son razones de mercado, compran empresas de editores independientes, crean redes internacionales de distribución, desplazan autores y editores nacionales y vuelcan en un mercado siempre ávido un magro producto que de libro, en cuanto contenido, sólo tiene la forma, y de «cultura», la ramplonería y el mal gusto. Eso sí, más barato que el libro nacional, para poder desplazarlo. Y tan poderoso es su aparato que, según afirma Roa Bastos, «puede cambiar, en función de sus intereses, el signo de una cultura». Este sistema, agrega el autor citado, «ha cambiado por completo los modos y los valores de una concepción y una tradición de la cultura del libro que se contaba entre las más importantes del mundo».

La difícil coyuntura de la industria editorial española ha merecido la atención del Gobierno, cuyos representantes culturales se reunieron con los editores en julio pasado para buscar soluciones, entre las que se propusieron «medidas para el fomento de los hábitos de lectura». Es decir, la potenciación de un mercado interno fuerte que asegure la producción al margen de las variaciones y riesgos de los mercados de ultramar. A título de sugerencia, voy a mencionar tres hechos culturales producidos en Argentina en los últimos treinta años, que favorecieron los hábitos de lectura, la creación literaria, la industria del libro y la cultura nacional.

Me refiero al Fondo Nacional de las Artes, Editorial Universitaria de Buenos Aires (EUDEBA) y el Centro Editor de América Latina (CEDAL). El primero, con delegaciones regionales en todo el país, creado en 1956, fomentó la industria del libro con créditos a los editores que publicaran obras de autores nuevos o poco conocidos, a largo plazo y con intereses más bien simbólicos, comprando a la vez parte de las ediciones para distribuir las en bibliotecas de todo el país. Lo mismo hizo con otras actividades creadoras como la pintura, la música, el teatro, la artesanía, etc. EUDEBA, por su parte, realizó una notable labor de divulgación científica poniendo al alcance del poder adquisitivo popular obras fundamentales a bajo precio, que alcanzaron una no esperada divulgación. Al cesar EUDEBA, la plantilla que la constituía funda, con suscripción popular, el CEDAL, que a lo largo de casi tres décadas ha llevado a cabo una tarea a la que mucho debe la cultura nacional, con ediciones de autores preferentemente latinoamericanos y fascículos de divulgación masiva, continúa hoy poniendo al alcance de cualquier poder adquisitivo, en quioscos y librerías, obras y temas fundamentales, así como nuevos autores, según el lema con que nació la editorial: «Más libros para más». Una de sus técnicas de creación de hábitos de lectura fue llevar los libros a la calle, con ferias en plazas y paseos de todo el país y la presencia viva de los autores editados. Al CEDAL se debe, por ejemplo, la creación de la Biblioteca Argentina Fundamental, de tanto éxito en su momento, que recientemente, diez años después, hubo de reeditarla, agregando más obras y autores.

Dos de las razones de su éxito y persistencia en el tiempo, pese a la crisis y presiones diversas, son quizás el bajo precio de los libros y la afirmación de la cultura nacional. Con lo primero, se apropia de una de las técnicas de penetración de las multinacionales y compite con ellas; con lo segundo, preserva la identidad de la cultura del país.

En España hay avidez de lectura. Lo que hay que hacer es crear las circunstancias necesarias para que esa avidez potencial se convierta en acción, con signo propio, antes de que lo hagan las multinacionales, con signo ajeno y deformante.

España ocupa el quinto lugar en la producción mundial de libros, junto a potencias altamente industrializadas como Estados Unidos, Japón o la Unión Soviética. En hábitos de lectura, en cambio, es uno de los últimos de Europa. La desproporción entre el consumo interno y la producción (alrededor de 270 millones de ejemplares en 1982) ha hecho depender la industria editorial del mercado latinoamericano, el cual, como cualquier editor español sabe, actualmente no paga, por problemas de crisis, de devaluación o de lo que fuere. La deuda, de dudoso o muy dilatado cobro, estimada en 28.000 millones de pesetas, ha puesto en peligro no solo a este sector de la economía española sino a un valioso mecanismo de identidad cultural, como es la edición de libros.

Sin un mercado interno capaz de absorber la retracción de las exportaciones, por carencia del libro, hábitos de lectura y otros factores, la industria editorial corre el riesgo de caer en manos de lo que se ha llamado el poder cultural, esto es, la manipulación que de la cultura hacen las multinacionales convirtiéndola en un producto estrictamente comercial, sin identidad alguna, mediante la técnica del «best-seller» y otras formas de penetración y deformación.

Y ya se sabe cómo actúan estas superestructuras depredatorias, dueñas de un tremendo poder técnico y financiero, poseedoras también de la información y medio masivos de comunicación, crean el «gusto il-

terario» según sus propias pautas «culturales», que son razones de mercado, compran empresas de editores independientes, crean redes internacionales de distribución, desplazan autores y editores nacionales y vuelcan en un mercado siempre ávido un magro producto que de libro, en cuanto contenido, sólo tiene la forma, y de «cultura», la ramlonería y el mal gusto. Eso sí, más barato que el libro nacional, para poder desplazarlo. Y tan poderoso es su aparato que, según afirma Roa Bastos, «puede cambiar, en fun-

Libro español y cultura nacional

ción de sus intereses, el signo de una cultura». Este sistema, agrega el autor citado, «ha cambiado por completo los modos y los valores de una concepción y una tradición de la cultura del libro que se contaba entre las más importantes del mundo».

La difícil coyuntura de la industria editorial española ha merecido la atención del Gobierno, cuyos representantes culturales se reunieron con los editores en julio pasado para buscar soluciones, entre las que se propusieron «medidas para el fomento de los hábitos de lectura. Es decir, la potenciación de un mercado interno fuerte que asegure la producción al margen de las variacio-

nes y riesgos de los mercados de ultramar. A título de sugerencia, voy a mencionar tres hechos culturales producidos en Argentina en los últimos treinta años, que favorecieron los hábitos de lectura, la creación literaria, la industria del libro y la cultura nacional.

Me refiero al Fondo Nacional de las Artes, Editorial Universitaria de Buenos Aires (Eudeba) y el Centro Editor de América Latina (Cedal). El primero, con delegaciones regionales en todo el país, creado en 1956, fomentó la industria del libro con créditos

décadas ha llevado a cabo una tarea a la que mucho debe la cultura nacional. Con ediciones de autores preferentemente latinoamericanos y fascículos de divulgación masiva, continúa hoy poniendo al alcance de cualquier poder adquisitivo, en quioscos y librerías, obras y temas fundamentales, así como nuevos autores, según el lema con que nació la editorial: «Más libros para más». Una de sus técnicas de creación de hábitos de lectura fue llevar los libros a la calle, con ferias en plazas y paseos de todo el país y la presencia viva de los autores editados. Al Cedal se debe, por ejemplo, la creación de la Biblioteca Argentina Fundamental, de tanto éxito en su momento que recientemente, diez años después, hubo de reeditarla, agregando más obras y autores.

Dos de las razones de su éxito y persistencia en el tiempo, pese a las crisis y presiones diversas, son quizás el bajo precio de los libros y la afirmación de la cultura nacional. Con lo primero, se apropia de una de las técnicas de penetración de las multinacionales y cumple con ellas; con lo segundo preserva la identidad de la cultura del país.

En España hay avidez de lectura. Lo que hay que hacer es crear las circunstancias necesarias para que esa avidez potencial se convierta en acción, con signo propio, antes de que la hagan las multinacionales, con signo ajeno y deformante.

Daniel MOYANO
(Escritor)

= 60 dólares = 9/x/83

El libro español y la cultura nacional

Daniel Moyano

España ocupa el quinto lugar en la producción mundial de libros, junto a potencias altamente industrializadas como EE.UU., Japón o la Unión Soviética. En hábitos de lectura, en cambio, es una de las últimas de Europa. La desproporción entre el consumo interno y la producción (alrededor de 270 millones de ejemplares en 1982) ha hecho depender la industria editorial del mercado latinoamericano, el cual, como cualquier editor español sabe, actualmente no paga, por problemas de crisis, de devaluación o de lo que fuere. La deuda, de dudoso o muy dilatado cobro, estimada en 28.000 millones de pesetas, ha puesto en peligro no sólo a este sector de la economía española sino a un valioso mecanismo de identidad cultural, como es la edición de libros.

Sin un mercado interno capaz de absorber la retracción de las exportaciones, por carestía del libro, hábitos de lectura y otros factores, la industria editorial corre el riesgo de caer en manos de lo que se ha llamado el poder cultural, esto es, la manipulación que de la cultura hacen las multinacionales convirtiéndola en un producto estrictamente comercial, sin identidad alguna, mediante la técnica del «best-seller» y otras formas de penetración y deformación.

Y ya se sabe cómo actúan estas superestructuras depredatorias, dueñas de un tremendo poder técnico y financiero. Poseedoras también de la informática y medios masivos de comunicación, crean el «gusto literario» según

sus propias pautas «culturales», que son razones de mercado, compran empresas de editores independientes, crean redes internacional de distribución, desplazan autores y editores nacionales y vuelcan en un mercado siempre ávido un magro producto que de libro, en cuanto contenido, sólo tiene la forma, y de «cultura», la ramplonería y el mal gusto. Eso sí, más barato que el libro nacional, para poder desplazarlo. Y tan poderoso en su aparato que, según afirma Rúa Bastos, «puede cambiar, en función de sus intereses, el signo de una cultura». Este sistema, agrega el autor citado, «ha cambiado por completo los modos y los valores de una concepción y una tradición de la cultura del libro que se contaba entre las más importantes del mundo».

La difícil coyuntura de la industria editorial española ha merecido la atención del Gobierno, cuyos representantes culturales se reunieron con los editores en julio pasado para buscar soluciones, entre las que se propusieron «medidas para el fomento de los hábitos de lectura». Es decir, la potenciación de un mercado interno fuerte que asegure la producción al margen de

las variaciones y riesgos de los mercados de ultramar. A título de sugerencia, voy a mencionar tres hechos culturales producidos en Argentina en los últimos treinta años, que favorecieron los hábitos de lectura, la creación literaria, la industria del libro y la cultura nacional.

Me refiero a Fondo Nacional de las Artes, editorial universitaria de Buenos Aires (EUDEBA) y el Centro Editor de América Latina (CEDAL). El primero, con delegaciones regionales en todo el país, creado en 1956, fomentó la industria del libro con créditos a los editores que publicaran obras de autores nuevos o poco conocidos, a largo plazo y con intereses más bien simbólicos, comprando a la vez parte de las ediciones para distribuir las en bibliotecas de todo el país. Lo mismo hizo con otras actividades creadoras como la pintura, la música, el teatro, la artesanía, etc. EUDEBA, por su parte, realizó una notable labor de divulgación científica poniendo al alcance del poder adquisitivo popular obras fundamentales a bajo precio, que alcanzaron una no esperada divulgación. Al cesar EUDEBA, la plantilla que la constituía

funda, con suscripción popular, el CEDAL, que a lo largo de casi tres décadas ha llevado a cabo una tarea a la que mucho debe la cultura nacional. Con ediciones de autores preferentemente latinoamericanos y fascículos de divulgación masiva, continúa hoy poniendo al alcance de cualquier poder adquisitivo, en quioscos y librerías, obras y temas fundamentales, así como nuevos autores, según el lema con que nació el editorial: «Más libros para más». Una de sus técnicas de creación de hábitos de lectura fue llevar los libros a la calle, con ferias en plazas y paseos de todo el país y la presencia viva de los autores editados. Al CEDAL se debe, por ejemplo, la creación de la Biblioteca Argentina Fundamental, de tanto éxito en su momento que recientemente, diez años después, hubo de reeditarla, agregando más obras y autores.

Dos de las razones de su éxito y persistencia en el tiempo, pese a las crisis y presiones diversas, son quizás el bajo precio de los libros y la afirmación de la cultura nacional. Con lo primero, se apropia de una de las técnicas de penetración de las multinacionales y compite con ellas; con lo segundo, preserva la identidad de la cultura del país.

En España hay avidez de lectura. Lo que hay que hacer es crear las circunstancias necesarias para que esa avidez potencial se convierta en acción, con signo propio, antes de que lo hagan las multinacionales, con signo ajeno y deformante.

El libro español y la cultura nacional

Daniel MOYANO, escritor

España ocupa el quinto lugar en la producción mundial de libros, junto a potencias altamente industrializadas como Estados Unidos, Japón o la Unión Soviética. En hábitos de lectura, en cambio, es uno de los últimos de Europa. La desproporción entre el consumo interno y la producción (alrededor de 270 millones de ejemplares en 1982) ha hecho depender la industria editorial del mercado latinoamericano, el cual, como cualquier editor español sabe, actualmente no paga, por problemas de crisis, de devaluación o de lo que fuere. La deuda, de dudoso o muy dilatado cobro, estimada en 28.000 millones de pesetas, ha puesto en peligro no sólo a este sector de la economía española sino a un valioso mecanismo de identidad cultural, como es la edición de libros.

Sin un mercado interno capaz de absorber la retracción de las exportaciones, por carestía del libro, hábitos de lectura y otros factores, la industria editorial corre el riesgo de caer en manos de lo que se ha llamado el poder cultural, esto es, la manipulación que de la cultura hacen las multinacionales convirtiéndola en un producto estrictamente comercial, sin identidad alguna, mediante la técnica del «best-seller» y otras formas de penetración y deformación.

Y ya se sabe cómo actúan estas superestructuras depredatorias, dueñas de un tremendo poder técnico y financiero. Poseedoras también de la informática y medios masivos de comunicación, crean el «gusto literario» según sus propias pautas «culturales», que son razones de mercado, compran empresas de editores independientes, crean redes internacionales de distribución, desplazan autores y editores nacionales y vuelcan en un mercado siempre ávido un magro producto que de libro,

en cuanto contenido, sólo tiene la forma, y de «cultura», la ramplonería y el mal gusto. Eso sí, más barato que el libro nacional, para poder desplazarlo. Y tan poderoso es su aparato que, según afirma Roa Bastos, «puede cambiar, en función de sus intereses, el signo de una cultura». Este sistema, agrega el autor citado, «ha cambiado por completo los modos y los valores de una concepción y una tradición de la cultura del libro que se contaba entre las más importantes del mundo».

Difícil situación

La difícil coyuntura de la industria editorial española ha merecido la atención del Gobierno, cuyos representantes culturales se reunieron con los editores en julio pasado para buscar soluciones, entre las que se propusieron «medidas para el fomento de los hábitos de lectura». Es decir, la potenciación de un mercado interno fuerte que asegure la producción al margen de las variaciones y riesgos de los mercados de ultramar. A título de sugerencia, voy a mencionar tres hechos culturales producidos en Argentina en los últimos treinta años, que favorecieron los hábitos de lectura, la creación literaria, la industria del libro y la cultura nacional.

Me refiero al Fondo Nacional de las Artes, Editorial Universitaria de Buenos Aires (EUDEBA) y el Centro Editor de América Latina (CEDAL). El primero, con delegaciones regionales en todo el país, creado en 1956, fomentó la industria del libro con créditos a los editores que publicaron obras de autores nuevos o poco conocidos, a largo plazo y con intereses más bien simbólicos, comprando a la vez parte de las ediciones para distribuir las en bibliotecas de todo el país. Lo mismo hizo con otras actividades creadoras como la pintura,

la música, el teatro, la artesanía, etcétera. EUDEBA, por su parte, realizó una notable labor de divulgación científica poniendo al alcance del poder adquisitivo popular obras fundamentales a bajo precio, que alcanzaron una no esperada divulgación. Al cesar EUDEBA, la plantilla que la constituía funda, con suscripción popular, el CEDAL, que a lo largo de casi tres décadas ha llevado a cabo una tarea a la que mucho debe la cultura nacional. Con ediciones de autores preferentemente latinoamericanos y fascículos de divulgación masiva, continúa hoy poniendo al alcance de cualquier poder adquisitivo, en quioscos y librerías, obras y temas fundamentales, así como nuevos autores, según el lema con que nació la editorial: «Más libros para más». Una de sus técnicas de creación de hábitos de lectura fue llevar los libros a la calle, con ferias en plazas y paseos de todo el país y la presencia viva de los autores editados. Al CEDAL se debe, por ejemplo, la creación de la biblioteca argentina fundamental, de tanto éxito en su momento que recientemente, diez años después, hubo de reeditarla, agregando más obras y autores.

Dos de las razones de su éxito y persistencia en el tiempo, pese a las crisis y presiones diversas, son quizás el bajo precio de los libros y la afirmación de la cultura nacional. Con lo primero, se apropia de una de las técnicas de penetración de las multinacionales y compete con ellas. Con lo segundo, preserva la identidad de la cultura del país.

En España hay avidez de lectura. Lo que hay que hacer es crear las circunstancias necesarias para que esa avidez potencial se convierta en acción, con signo propio, antes de que lo hagan las multinacionales, con signo ajeno y deformante.

España ocupa el quinto lugar en la producción mundial de libros, junto a potencias altamente industrializadas como EE.UU. Japón o la Unión Soviética. En hábitos de lectura, en cambio, es uno de los últimos de Europa. La desproporción entre el consumo interno y la producción (alrededor de 270 millones de ejemplares en 1982) ha hecho depender la industria editorial del mercado latinoamericano, el cual, como cualquier editor español sabe, actualmente no paga, por problemas de crisis, de devaluación o de lo que fuere. La deuda, de dudosos o muy dilatado cobro, estimada en 28.000 millones de pesetas, ha puesto en peligro no solo a este sector de la economía española sino a un valioso mecanismo de identidad cultural, como es la edición de libros.

Sin un mercado interno capaz de absorber la retracción de las exportaciones, por carestía del libro, hábitos de lectura y otros factores, la industria editorial corre el riesgo de caer en manos de lo que se ha llamado el poder cultural, esto es, la manipulación que de la cultura hacen las multinacionales convirtiéndola en un producto estrictamente comercial, sin identidad alguna, mediante la técnica del «best-seller» y otras formas de penetración y deformación.

Y ya se sabe como actúan estas superestructuras depredatorias, dueñas de un tremendo poder técnico y financiero. Poseedoras también de la informática y medios masivos de comunicación, crean el «gusto

El libro español y la cultura nacional

literario» según sus propias pautas «culturales», que son razones de mercado, compran empresas de editores independientes, crean redes internacionales de distribución, desplazan autores y editores nacionales y vuelcan en un mercado siempre ávido un magro producto que de libro, en cuanto contenido, solo tiene la forma, y de «cultura», la ramplonería y el mal gusto. Eso sí, más barato que el libro nacional, para poder desplazarlo. Y tan poderoso es su aparato que, según afirma Roa Bastos, «puede cambiar, en función de sus intereses, el signo de una cultura». Este sistema, agrega el autor citado, «ha cambiado por completo los modos y los valores de una concepción y una tradición de la cultura del libro que se contaba entre las más importantes del mundo».

La difícil coyuntura de la industria editorial española ha merecido la atención del Gobierno, cuyos representantes culturales se reunieron con los editores en julio pasado para buscar soluciones, entre las que propusieron «medidas para el fomento de los hábitos de lectura». Es decir, la potenciación de un mercado interno fuerte que asegure la producción al margen de las variaciones y riesgos de los mercados

de ultramar. A título de sugerencia, voy a mencionar tres hechos culturales producidos en Argentina en los últimos treinta años, que favorecieron los hábitos de lectura, la creación literaria, la industria del libro y la cultura nacional.

Me refiero al Fondo Nacional de las Artes, Editorial Universitaria de Buenos Aires (EUDEBA) y el Centro Editor de América Latina (CEDAL). El primero, con delegaciones regionales en todo el país, creado en 1956, fomentó la industria del libro con créditos a los editores que publicaran obras de autores nuevos o poco conocidos, a largo plazo y con intereses más bien simbólicos, comprando a la vez parte de las ediciones para distribuir las en bibliotecas de todo el país. Lo mismo hizo con otras actividades creadoras como la pintura, la música, el teatro, la artesanía, etc. EUDEBA, por su parte, realizó una notable labor de divulgación científica poniendo al alcance del poder adquisitivo popular obras fundamentales a bajo precio, que alcanzaron una no esperada divulgación. Al cesar EUDEBA, la plantilla que la constituía funda, con suscripción popular, el CEDAL, que a lo largo de casi tres décadas ha llevado a cabo una tarea a

la que mucho debe la cultura nacional. Con ediciones de autores preferentemente latinoamericanos y fascículos de divulgación masiva, continúa hoy poniendo al alcance de cualquier poder adquisitivo, en quioscos y librerías, obras y temas fundamentales, así como nuevos autores, según el lema con que nació la editorial: «Más libros para más». Una de sus técnicas de creación de hábitos de lectura fue llevar los libros a la calle, con ferias en plazas y paseos de todo el país y la presencia viva de los autores editados. Al CEDAL se debe, por ejemplo, la creación de la Biblioteca Argentina Fundamental, de tanto éxito en su momento que recientemente, diez años después, hubo que reeditarla, agregando más obras y autores.

Dos de las razones de su éxito y persistencia en el tiempo, pese a las crisis y presiones diversas, son quizás el bajo precio de los libros y la afirmación de la cultura nacional. Con lo primero, se apropia de una de las técnicas de penetración de las multinacionales y compiten con ellas; con lo segundo, preserva la identidad de la cultura del país.

En España hay avidez de lectura. Lo que hay que hacer es crear las circunstancias necesarias para que esa avidez potencial se convierta en acción, con signo propio, antes de que lo hagan las multinacionales, con signo ajeno y deformante.

Daniel Moyano
(Escritor)

= SUR = Melaf: 15-X-83

El libro español y la cultura nacional

Daniel Moyano

ESPAÑA ocupa el quinto lugar en la producción mundial de libros, junto a potencias altamente industrializadas, como EE. UU., Japón o la Unión Soviética. En hábitos de lectura, en cambio, es uno de los últimos de Europa. La desproporción entre el consumo interno y la producción (alrededor de 270 millones de ejemplares en 1982) ha hecho depender la industria editorial del mercado latinoamericano, el cual, como cualquier editor español sabe, actualmente no paga, por problemas de crisis, de devaluación o de lo que fuere. La deuda, de dudoso o muy dilatado cobro, estimada en 28.000 millones de pesetas, ha puesto en peligro no sólo a este sector de la economía española sino a un valioso mecanismo de identidad cultural, como es la edición de libros.

Sin un mercado interno capaz de absorber la retracción de las exportaciones, por carestía del libro, hábitos de lectura y otros factores, la industria editorial corre el riesgo de caer en manos de lo que se ha llamado el poder cultural, esto es, la manipulación que de la cultura hacen las multinacionales convirtiéndola en un producto estrictamente comercial, sin identidad alguna, mediante la técnica del «best-seller» y otras formas de penetración y deformación.

Y ya se sabe cómo actúan estas superestructuras depredatorias, dueñas de un tremendo poder técnico y financiero. Poseedoras también de la informática y medios masivos de comunicación, crean el «gusto literario» según sus propias pautas «culturales», que son razones de mercado, compran empresas de editores independientes, crean redes internacionales de distribución, desplazan autores y editores nacionales y vuelcan en un mercado siempre ávido un magro producto que de libro, en cuanto contenido, sólo tiene la forma,

y de «cultura», la ramplonería y el mal gusto. Eso sí, más barato que el libro nacional, para poder desplazarlo. Y tan poderoso es su aparato que, según afirma Roa Bastos, «puede cambiar, en función de sus intereses, el signo de una cultura». Este sistema, agrega el autor citado, «ha cambiado por completo los modos y los valores de una concepción y una tradición de la cultura del libro que se contaba entre las más importantes del mundo».

La difícil coyuntura de la industria editorial española ha merecido la atención del Gobierno, cuyos representantes culturales se reunieron con los editores en julio pasado para buscar soluciones, entre las que se propusieron «medidas para el fomento de los hábitos de lectura». Es decir, la potenciación de un mercado interno fuerte que asegure la producción al margen de las variaciones y riesgos de los mercados de ultramar. A título de sugerencia, voy a mencionar tres hechos culturales producidos en Argentina en los últimos treinta años, que favorecieron los hábitos de lectura, la creación literaria, la industria del libro y la cultura nacional.

ME refiero al Fondo Nacional de las Artes, editorial universitaria de Buenos Aires (EUDEBA) y el Centro Editor de América Latina (CEDAL). El primero, con delegaciones regionales en todo el país, creado en 1956, fomentó la industria del libro con créditos a los editores que publicaran obras de autores nuevos o poco conocidos, a largo plazo y con intereses más bien simbólicos, comprando a la vez parte de las ediciones para distribuir las en bibliotecas de todo el país. Lo mismo hizo con otras actividades creadoras, como la pintura, la música, el teatro, la artesanía, etc. EUDEBA, por su parte, realizó una notable labor de divulgación científica

poniendo al alcance del poder adquisitivo popular obras fundamentales a bajo precio, que alcanzaron una no esperada divulgación. Al cesar EUDEBA, la plantilla que la constituía funda, con suscripción popular, el CEDAL, que a lo largo de casi tres décadas ha llevado a cabo una tarea a la que mucho debe la cultura nacional. Con ediciones de autores preferentemente latinoamericanos y fascículos de divulgación masiva, continúa hoy poniendo al alcance de cualquier poder adquisitivo, en quioscos y librerías, obras y temas fundamentales, así como nuevos autores, según el lema con que nació la editorial: «Más libros para más». Una de sus técnicas de creación de hábitos de lectura fue llevar los libros a la calle, con ferias en plazas y paseos de todo el país y la presencia viva de los autores editados. Al CEDAL se debe, por ejemplo, la creación de la Biblioteca Argentina Fundamental, de tanto éxito en su momento, que recientemente, diez años después, hubo de reeditarla, agregando más obras y autores.

DOS de las razones de su éxito y persistencia en el tiempo, pese a las crisis y presiones diversas, son quizás el bajo precio de los libros y la afirmación de la cultura nacional. Con lo primero, se apropia de una de las técnicas de penetración de las multinacionales y compite con ellas; con lo segundo, preserva la identidad de la cultura del país.

En España hay avidez de lectura. Lo que hay que hacer es crear las circunstancias necesarias para que esa avidez potencial se convierta en acción, con signo propio, antes de que lo hagan las multinacionales, con signo ajeno y deformante.

Daniel Moyano, escritor.

ARGENTINA ANTE LAS ELECCIONES (1)

Por Daniel MOYANO (Escritor argentino)

Las encuestas dicen que en las elecciones del 30 de octubre el peronismo, por primera vez en casi 40 años, no las tendrá todas consigo, y el éxito multitudinario de los recientes actos públicos del radicalismo parecen confirmar esta hipótesis. Aunque se desconocen los respectivos planes de gobierno del candidato por el Partido Justicialista (peronista), Italo Lúder, y de Raúl Alfonsín, candidato por la UCR (Unión Cívica Radical), ambos han prometido vetar la reciente ley de autoamnistía para los responsables del genocidio ocurrido en el país desde 1976 hasta el presente, exigir el tratamiento del tema de los desaparecidos, responsabilidad sobre la guerra de las Malvinas y superación de la crisis económica, en un país en práctica suspensión de pagos y con la deuda externa más grande de su historia.

Ambos partidos, históricamente,

han respondido a los intereses nacionales, y surgieron de los dos únicos movimientos populistas que tuvo ese país.

En las elecciones del 11 de marzo de 1973, el peronismo obtuvo el 49,56 por 100 de los votos; el radicalismo, el 21,29 por 100; y Nueva Fuerza, el partido del capital extranjero en favor del cual se volcó la dictadura militar impuesta en 1976, apenas consiguió el 1,97 por 100. El resto de los votos se reparte en un abanico de partidos sin gravitación, entre los que figuran grupos de izquierdas fragmentadas y sin vínculos concretos con las masas. Las cifras muestran cuál es la posición mayoritaria del país ante quienes pretenden, desde 1930, entregar la riqueza nacional al capital extranjero y medrar con él, aún a costa de la soberanía. Esta dependencia, y la oposición a ella, son los personajes centrales del drama argentino desde los comienzos de su historia.

A principio de siglo la clase dominante vinculada a los intereses extranjeros hubo de enfrentarse a las respuestas locales, avaladas por una conciencia nacional expresada en el naciente sindicalismo, fundado por inmigrantes españoles, italianos y alemanes. La presión popular, con muchas víctimas en el camino, consiguió que se aprobase la ley Saenz Pena, que imponía por fin el sufragio universal, al que se oponía tenazmente la clase dominante sosteniendo que la democracia era «un vicio»; el voto secreto acaba con el llamado «fraude patriótico» y lleva al poder, en 1916, a Hipólito Yrigoyen, caudillo del radicalismo populista, quien lleva a la práctica una política nacional.

El 6 de septiembre de 1930, durante la segunda presidencia de Yrigoyen, se inaugura el golpismo militar en el país. El general José Feliz Uriburu, de ideología claramente fascista, derroca al viejo presidente, anula la legislación que protege la riqueza nacional, vincula a la Standards Oil al petróleo argentino, inicia una represión feroz y la tortura, hace sus

propios negociados, suprime la legislatura y recluye a Yrigoyen en una prisión del Lejano Sur.

El motivo secreto para derrocarlo era que el presidente radical se disponía a aprobar un proyecto sobre nacionalización del petróleo. EE.UU. favoreció el golpe militar, al ver afectados sus intereses. El periódico Evening World comentaba, a poco de producirse el golpe: «En los últimos tiempos, Yrigoyen no ha sido un amigo entusiasta de EE.UU., se mostró contrario a la doctrina de Monroe (América para los americanos) y volvió la espalda a los proyectos de panamericanismo. Un suceso (Uriburu) de puntos de vista opuestos, cooperador, liberal y de mentalidad internacional, será considerado deseable para el progreso»...

Un millón de personas asistieron al sepelio del primer representante en el Gobierno de los intereses nacionales y populares. Federico Ibaguren, un líder de la época, ve en la multitud «una orgía de instintos» y la califica de «turba desatada de primitivos, sin origen, comparsa». Sin embargo reflexiona: «Pero lo que se puede decir con certeza después de ver el espectáculo de la turbamulta suelta en el entierro de Yrigoyen, es que para el país se acerca sin duda alguna la hora de las masas».

Pocos años después, en 1945, las masas vuelven a hacerse presentes en torno al entonces coronel Perón, surgido a la vida pública tras el golpe militar de 1943. Desde 1930, hasta ahora, el único período completo de Gobierno fue la primera presidencia de Perón. La presencia violenta de las FF.AA. en este medio siglo demuestra, por su ferocidad, que para el imperialismo ya no bastan las estrategias de un capitalismo tranquilo y tiene que recurrir, para su subsistencia, a la fuerza ciega. Lo cual, pese a las apariencias, es una debilidad del sistema. De esa debilidad y de las presiones populares, que han costado tantos muertos, surgen las elecciones del próximo 30 de octubre.

Argentina ante las elecciones (y 2)

por Daniel Moyano (*)

En las elecciones que se celebrarán dentro de pocos días, los argentinos tienen dos opciones, que si bien significan votar contra la dictadura no aseguran un porvenir inmediato ciertamente claro, ya que el poder económico extranjero enquistado en el país no abandonará la lucha tras esta momentánea recurrencia a la democracia: simplemente cambiará su estrategia. Y esa estrategia se apoya en la presunción, históricamente fundada, de que no hay ninguna garantía para que los militares retornen para siempre a sus cuarteles.

Una de las opciones, es el peronismo, un partido policlasista apoyado en las masas, controladas a su vez por la burocracia sindical que, en el otro extremo, se identifica con la oligarquía, y que en estos momentos se ha hecho prácticamente con todo el poder político. El peronismo fue revolucionario, con una clara conciencia del principal problema nacional. En 1971 Perón decía: «La Argentina actual es un satélite del imperialismo yanqui y su Gobierno está al servicio de la oligarquía y de la burguesía». Hablaba el Perón que nacionalizó los ferrocarriles, que organizó el movimiento obrero, que apoyó la industria nacional y se opuso a las transaccionales, que nacionalizó la banca y el comercio exterior de granos, que posibilitó el voto femenino y creó jubilación para todos los trabajadores, y tantas cosas más que los argentinos no olvidarán, razones actuales de la vigencia del peronismo y de su arraigo en las masas.

El policlasismo, aglutinado por la figura del líder, se convirtió más tarde en una contradicción del propio movimiento, y comenzó, con el regreso de Perón tras su exilio español de 18 años, el enfrentamiento sangriento entre la derecha y la izquierda del partido. En mayo de 1974 Perón expulsa a los peronistas que exigían llevar a fondo los postulados revolucionarios con que nació el movimiento en 1945. El anciano líder

optaba por la derecha, pese a sus últimos discursos, donde decía que seguiría nacionalizando la economía hasta no dejar nada en manos extranjeras, y que él no tenía sucesores (ni siquiera Isabelita). Pocos días antes de su muerte afirmó: «el único sucesor de Perón será el pueblo argentino, que en última instancia será quien deba decidir».

Pero los sucesores fueron Isabelita y López Rega, con la «triple A» y sus miles de cadáveres, y con los gritos de la heredera, que a golpes de histeria reclamaba para sí la verticalidad del peronismo y la obediencia ciega. Los peronistas fieles a las primeras banderas se refugiaron en torno el efímero partido peronista auténtico, que la iracunda viuda puso en la ilegalidad en diciembre de 1975, mientras prometía elecciones anticipadas para el mismo mes de 1976. Ante el peligro de que el peronismo de la primera etapa, pese a la ilegalidad volviese por sus fueros a la manía nacionalizante, los militares, con Videla a la cabeza, se anticiparon a la fecha y en marzo del 76 metieron a la Perona en un helicóptero, prohibieron todo lo que quedaba de legal, y se dedicaron «full time» a una represión feroz ya iniciada por Isabelita, llevando hasta sus últimas consecuencias el terrorismo de estado y el saqueo económico. Tales son los más recientes antecedentes históricos de uno de los partidos sobre los que el pueblo argentino tiene que depositar su esperanza.

La otra opción es el radicalismo, partido de la clase media. Revolucionario en su origen, intentó que la burguesía jugara el papel que le correspondía en las reformas urgentes que el país necesitaba para modernizarse y fortalecer su democracia. El impulso fue cortado por el golpe de Uriburu en 1930, del cual los radicales no pudieron reponerse. En 1945 sus banderas fueron tomadas por el naciente peronismo. Muchas de las reformas llevadas a cabo por Perón estaba en los proyec-

tos radicales. En 1946 los «boinas blancas», como se los denomina allá, no pudieron comprender al peronismo naciente, y negando una realidad perdieron el tren de la historia, que en los países en vías de desarrollo suelen andar de prisa, cuando el peronismo fue proscrito, en 1964 los radicales volvieron al poder. Sin apoyo popular, no pudieron hacer nada (y este peligro se reiteraría ahora, si ganaran las elecciones). A golpes y empujones, el anciano presidente Arturo Illia, empecinado en una política nacional para el petróleo, fue obligado a dimitir por los esbirros del general Onganía.

La dura experiencia de 1964 da origen a un replanteo histórico del radicalismo. Surge entonces la «fracción» renovación y cambio», cuyo líder es el actual candidato a presidente, Raúl Alfonsín. En el caso de triunfar, tendrá que gobernar sin apoyo obrero, apenas alentado por una clase media empobrecida.

Sea cual fuera el resultado, el futuro dependerá de la nueva carta que juegue el capital externo para conservar sus privilegios. Mientras el partido que triunfe dedique todos sus esfuerzos a la reconstrucción partiendo casi de la nada, el poder exterior entrelazado con las FF.AA podrá pensar una salida a la chilena, o a la brasileña, dando vía libre a los «halcones», la línea dura militar que aún no salió de los cuarteles, ante la cual Videla y los que le sucedieron parecen inocentes corderitos.

Hay quienes piensan un milagro: los militares comprenden que el verdadero enemigo son sus aliados extranjeros, los que a la hora de la verdad les negaron su apoyo en las Malvinas y se volcaron en favor de sus verdaderos socios, los ingleses. Y después de equivocarse de enemigo durante 50 años decidan ponerse al lado del país al que pertenecen.

(*) Escritor argentino

"Baleares" Mallorca: 16.X. 83

Fernando Pessoa, el gran poeta portugués, que vivió parte de su infancia y juventud en Sudáfrica, donde tuvo que aprender a expresarse en inglés, afirmó años más tarde, definitivamente afincado en su país de origen: «Mi verdadera patria es la lengua portuguesa». La argentina María Elena Walsh, en una de sus canciones, le dice al país que «el idioma de la infancia es un secreto entre los dos». Los ejemplos abundan. Esta vinculación íntima entre lengua y persona es acaso el fundamento de lo que llamamos identidad.

En los tiempos que corren, donde las diásporas suelen ser frecuentes, el mantenimiento o contacto frecuente con la lengua aprendida en la infancia es una necesidad vital. En Suiza, por ejemplo (concretamente, en Zurich), los residentes españoles se reúnen semanalmente en una vieja fábrica abandonada, cedida por el ayuntamiento, principalmente para hablar español como Dios manda. En la nave central tienen montado un teatro, donde los españolitos nacidos en Suiza asisten a las representaciones para familiarizarse con la cultura del país al que pertenecen por vínculos de sangre. También han improvisado una cocina para poder preparar y degustar los variados platos regio-

nales, o sea rescatar una parte muy importante de la cultura.

En los últimos años, la diáspora latinoamericana aumentó la familia hispanoparlante en aquella ciudad, y junto a las paelleras pueden verse los asadores rioplatenses, con lo que es posible tomar una paella como primer plato, y como segundo un asado criollo o un cochayuyo chileno (guisado de carne y algas marisas), mientras en el teatro

LENGUAJE Y EXILIO

adyacente la música española alterna con el tango y el folklore latinoamericano. Un rico encuentro de culturas, favorecido por el exilio común y la acuciante necesidad de mantener los signos identificatorios. Este remedio es útil para los adultos, pero influye escasamente en los niños y en los jóvenes. Una española me decía: «Cuando volvamos a España, no se sentirán ni suizos ni españoles. Como tu has podido ver, les imparte más la serie televisiva en alemán que el teatro de García Lorca. Y lo que es peor,

no entiende bien ni lo uno ni lo otro».

Para el caso de los latinoamericanos que viven en España, la situación no es angustiosa como la señalada pero tiene sus bemoles, pese a la lengua común. Porque no son exactamente iguales, y abundan los momentos en que la comunicación vacila. Ante el hecho, los latinoamericanos tienen dos actitudes: cerrarse en la lengua propia, sintiéndola más viva por contraste y para afir-

mar la personalidad, que es el caso de los adultos, o hibridar el lenguaje cediendo, identidad en procura de una dudosa pero necesaria integración, que es lo que hacen lo más jóvenes. Son los que practican una especie de sudanol, como es espangles de los británicos que viven en el cono sur o el chicano de los mexicanos residentes en E.U.U.

Plenso con pesimismo que los jóvenes latinoamericanos que hibridan su lenguaje no conseguirán ni hablar ni escribir absoluta-

mente bien una lengua que no bebieron en la cuna, y que habrán cedido partes de su identidad inutilmente. Creo que se trata de una actitud desesperada, de rechazo total al país que los trató tan mal. Pero ese rechazo, válido y comprensible, no debe arrastrar consigo la negación de la propia lengua. Como los primeros patriotas de América Latina, que intentaron en vano rechazar el español, una lengua que es el pilar fundamental de la posible unidad futura de todos los países del continente americano, como la soñaron Bolívar y otros visionarios.

Hay quienes procuran ocultar o dicen tímidamente sus americanismos, dando la razón a los que a principios de siglo sostenían que los españoles eran los amos del idioma, cosa que ningún español actual se cree. Los americanismos, generalmente, derivan de las lenguas autóctonas y enriquecen el idioma común, o tienen su origen en la lengua antiguamente hablada en Castilla, que los conquistadores llevaron para allá. O sea que todo queda en casa finalmente, y utilizarlos con libertad y sin complejos es necesario para el idioma español y para el mantenimiento de la identidad amenazada.

Daniel MOYANO
(Escritor)

Leidoba - S. N. 83

= Santander =

Lenguaje y exilio

Daniel Moyano

FERNANDO Pessoa, el gran poeta portugués, que vivió parte de su infancia y juventud en Sudáfrica, donde tuvo que aprender a expresarse en inglés, afirmó años más tarde, definitivamente afincado en su país de origen: «Mi verdadera patria es la lengua portuguesa». La argentina María Elena Walsh, en una de sus canciones, le dice al país que «el idioma de la infancia es un secreto entre los dos». Los ejemplos abundan. Esta vinculación entre lengua y persona es acaso el fundamento de lo que llamamos identidad.

En los tiempos que corren, donde las diásporas suelen ser frecuentes, el mantenimiento o contacto frecuente con la lengua aprendida en la infancia es una necesidad vital. En Suiza, por ejemplo (concretamente, en Zurich), los residentes españoles se reúnen semanalmente en una vieja fábrica abandonada, cedida por el Ayuntamiento, principalmente para hablar español como Dios manda. En la nave central tienen montado un teatro, donde los españolitos nacidos en Suiza asisten a las representaciones para familiarizarse con la cultura del país al que pertenecen por vínculos de sangre. También han improvisado una cocina para poder preparar y degustar los variados platos regionales, o sea rescatar una parte muy importante de la cultura.

En los últimos años, la diáspora latinoamericana aumentó la familia hispanoparlante en aquella ciudad, y junto a las paelleras pueden verse los asadores rioplatenses, con lo que es posible tomar una paella como primer plato y como

segundo, un asado criollo o un cochayuyo chileno (guisado de carne y algas marinas), mientras en el teatro adyacente la música española alterna con el tango y el folklore latinoamericano. Un rico encuentro de culturas, favorecido por el exilio común y la acuciante necesidad de mantener los signos identificatorios. Este remedio es útil para los adultos, pero influye escasamente en los niños y en los jóvenes. Una española me decía: «Cuando volvamos a España, no se sentirán ni suizos ni españoles. Como tú has podido ver, les importa más la serie televisiva en alemán que el teatro de García Lorca. Y lo que es peor, no entienden bien ni lo uno ni lo otro».

PARA el caso de los latinoamericanos que viven en España, la situación no es angustiosa como la señalada, pero tiene sus bemoles, pese a la lengua común. Porque no son exactamente iguales, y abundan los momentos en que la comunicación vacila. Ante el hecho, los latinoamericanos tienen dos actitudes: cerrarse en la lengua propia, sintiéndola más viva por contraste y para afirmar la personalidad, que es el caso de los adultos, o hibridar el lenguaje cediendo identidad en procura de una dudosa pero necesaria integración, que es lo que hacen lo más jóvenes. Son los que practican una especie de sudanol, como el espangles de los británicos que viven en el cono sur o el chicano de los mejicanos residentes en EE. UU.

Pienso con pesimismo que los jóvenes latinoamericana-

nos que hibridan su lenguaje no conseguirán ni hablar ni escribir absolutamente bien una lengua que no bebieron en la cuna, y que habrán cedido partes de su identidad inútilmente. Creo que se trata de una actitud desesperada, de rechazo total al país que los trató tan mal. Pero ese rechazo, válido y comprensible, no debe arrastrar consigo la negación de la propia lengua. Como los primeros patriotas de América Latina, que intentaron en vano rechazar el español, una lengua que es el pilar fundamental de la posible unidad futura de todos los países del continente americano, como la soñaron Bolívar y otros visionarios.

HAY quienes procuran ocultar o dicen tímidamente sus americanismos, dando la razón a los que a principios de siglo sostenían que los españoles eran los amos del idioma, cosa que ningún español actual se cree. Los americanismos, generalmente, derivan de las lenguas autóctonas y enriquecen el idioma común, o tienen su origen en la lengua antiguamente hablada en Castilla, que los conquistadores llevaron para allá. O sea, que todo queda en casa finalmente, y utilizarlos con libertad y sin complejos es necesario para el idioma español y para el mantenimiento de la identidad amenazada.

Daniel Moyano, escritor.

FERNANDO Pessoa, el gran poeta portugués, que vivió parte de su infancia y juventud en Sudáfrica, donde tuvo que aprender a expresarse en inglés, afirmó años más tarde, definitivamente afincado en su país de origen: «Mi verdadera patria es la lengua portuguesa». La argentina María Elena Walsh, en una de sus canciones, le dice al país que «el idioma de la infancia es un secreto entre los dos». Los ejemplos abundan. Esta vinculación íntima entre lengua y persona es acaso el fundamento de lo que llamamos identidad.

En los tiempos que corren, donde las diásporas suelen ser frecuentes, el mantenimiento o contacto frecuente con la lengua aprendida en la infancia es una necesidad vital. En Suiza, por ejemplo (concretamente, en Zurich), los residentes españoles se reúnen semanalmente en una vieja fábrica abandonada, cedida por el Ayuntamiento, principalmente para hablar español como Dios manda. En la nave central tiene montado un teatro, donde los españolitos nacidos en Suiza asisten a las representaciones para familiarizarse con la cultura del país al que pertenecen por vínculos de sangre. Tam-

Lenguaje y exilio

bién han improvisado una cocina para poder preparar y degustar los variados platos regionales, o sea rescatar una parte muy importante de la cultura.

En los últimos años, la diáspora latinoamericana aumentó la familia hispanoparlante en aquella ciudad, y junto a las paelleras pueden verse los asadores rioplatenses, con lo que es posible tomar una paella como primer plato, y como segundo un asado criollo o un cochayuyo chileno (guisado de carne y algas marinas), mientras en el teatro adyacente la música española alterna con el tango y el folklore latinoamericano. Un rico encuentro de culturas, favorecido por el exilio común y la acuciante necesidad de mantener los signos identificatorios. Este remedio es útil para los adultos, pero influye escasamente en los niños y en los jóvenes. Una española me decía: «Cuando volvamos a España, no se sentirán ni suizos ni españoles. Como tu has podido ver, les importa más la serie televisiva en alemán que el teatro de García Lorca. Y lo que es peor,

no entiende bien ni lo uno ni lo otro».

Para el caso de los latinoamericanos que viven en España, la situación no es angustiosa como la señalada, pero tiene sus bémoles, pese a la lengua común. Porque no son exactamente iguales, y abundan los momentos en que la comunicación vacila. Ante el hecho, los latinoamericanos tienen dos actitudes: cerrarse en la lengua propia, sintiéndola más viva por contraste y para afirmar la personalidad, que es el caso de los adultos, o hibridar el lenguaje cediendo identidad en procura de una dudosa pero necesaria integración, que es lo que hacen los más jóvenes. Son los que practican una especie de sudañol, como el espangles de los británicos que viven en el Cono Sur o el chicano de los mejicanos residentes en EE. UU.

Pienso con pesimismo que los jóvenes latinoamericanos que hibridan su lenguaje no conseguirán ni hablar ni escribir absolutamente bien una lengua que no bebieron en la cuna, y que habrán cedido partes de su identidad inútilmente. Creo

que se trata de una actitud desesperada, de rechazo total al país que los trató tan mal. Pero ese rechazo, válido y comprensible, no debe arrastrar consigo la negación de la propia lengua. Como los primeros patriotas de América Latina, que intentaron en vano rechazar el español, una lengua que es el pilar fundamental de la posible unidad futura de todos los países del continente americano, como la soñaron Bolívar y otros visionarios.

Hay quienes procuran ocultar o dicen tímidamente sus americanismos, dando la razón a los que a principios de siglo sostenían que los españoles eran los amos del idioma, cosa que ningún español actual se cree. Los americanismos, generalmente, derivan de las lenguas autóctonas y enriquecen el idioma común, o tienen su origen en la lengua antiguamente hablada en Castilla, que los conquistadores llevaron para allá. O sea que todo queda en casa finalmente, y utilizarlos con libertad y sin complejos es necesario para el idioma español y para el mantenimiento de la identidad amenazada.

Daniel Moyano
(Escritor)

- Sur: Milena: 9-XI-83

LENGUAJE Y EXILIO

DANIEL MOYANO

Fernando Pessoa, el gran poeta portugués, que vivió parte de su infancia y juventud en Sudáfrica, donde tuvo que aprender a expresarse en inglés, afirmó años más tarde, definitivamente afincado en su país de origen: «Mi verdadera patria es la lengua portuguesa». La argentina María Elena Walsh, en una de sus canciones, le dice al país que «el idioma de la infancia es un secreto entre los dos». Los ejemplos abundan. Esta vinculación íntima entre lengua y persona es acaso el fundamento de lo que llamamos identidad.

En los tiempos que corren, donde las diásporas suelen ser frecuentes, el mantenimiento o contacto frecuente con la lengua aprendida en la infancia es una necesidad vital. En Suiza, por ejemplo (concretamente, en Zurich), los residentes españoles se reúnen semanalmente en una vieja fábrica abandonada, cedida por el Ayuntamiento, principalmente para hablar español como Dios manda. En la nave central tienen montado un teatro, donde los españolitos nacidos en Suiza asisten a las representaciones para familiarizarse con la cultura del país al que pertenecen por vínculos de sangre. También han improvisado una cocina para poder preparar y degustar los variados platos

regionales, o sea rescatar una parte muy importante de la cultura.

En los últimos años, la diáspora latinoamericana aumentó la familia hispanoparlante en aquella ciudad, y junto a las paelleras pueden verse los asadores rioplatenses, con lo que es posible tomar una paella como primer plato, y como segundo un asado criollo o un cochayuyo chileno (guisado de carne y algas marinas), mientras en el teatro adyacente la música española alterna con el tango y el folklore latinoamericano. Un rico encuentro de culturas, favorecido por el exilio común y la acuciante necesidad de mantener los signos identificatorios. Este remedio es útil para los adultos, pero influye escasamente en los niños y en los jóvenes. Una española me decía: «Cuando volvamos a España, no se sentirán ni suizos ni españoles. Como tú has podido ver, les importa más la serie televisiva en alemán que el teatro de García Lor-

ca. Y lo que es peor, no entiende bien ni lo uno ni lo otro».

Para el caso de los latinoamericanos que viven en España, la situación no es angustiosa como la señalada pero tiene sus bemoles, pese a la lengua común. Porque no son exactamente iguales, y abundan los momentos en que la comunicación vacila. Ante el hecho, los latinoamericanos tienen dos actitudes: cerrarse en la lengua propia, sintiéndola más viva por contraste y para afirmar la personalidad, que es el caso de los adultos, o hidrizar el lenguaje cediendo identidad en procura de una dudosa pero necesaria integración, que es lo que hacen los más jóvenes. Son los que practican una especie de sudanol, como el espangles de los británicos que viven en el Cono Sur o el chicano de los mexicanos residentes en EE.UU.

Pienso con pesimismo que los jóvenes latinoamericanos que hibridan su lenguaje no conseguirán ni hablar ni

escribir absolutamente bien una lengua que no bebieron en la cuna, y que habrán cedido partes de su identidad inútilmente. Creo que se trata de una actitud desesperada, de rechazo total al país que los trató tan mal. Pero ese rechazo, válido y comprensible, no debe arrastrar consigo la negación de la propia lengua. Como los primeros patriotas de América Latina, que intentaron en vano rechazar el español, una lengua que es el pilar fundamental de la posible unidad futura de todos los países del continente americano, como la soñaron Bolívar y otros visionarios.

Hay quienes procuran ocultar o dicen tímidamente sus americanismos, dando la razón a los que a principios de siglo sostenían que los españoles eran los amos del idioma, cosa que ningún español actual se cree. Los americanismos, generalmente, derivan de las lenguas autóctonas y enriquecen el idioma común, o tienen su origen en la lengua antiguamente hablada en Castilla, que los conquistadores llevaron para allá. O sea que todo queda en casa finalmente, y utilizarlos con libertad y sin complejos es necesario para el idioma español y para el mantenimiento de la identidad amenazada.

LENGUAJE Y EXILIO

por Daniel Moyano*

Fernando Pessoa, el gran poeta portugués, que vivió parte de su infancia y juventud en Sudáfrica, donde tuvo que aprender a expresarse en inglés, afirmó años más tarde, definitivamente afincado en su país de origen: «Mi verdadera patria es la lengua portuguesa». La argentina María Elena Walsh, en una de sus canciones, le dice al país que «el idioma de la infancia es un secreto entre los dos». Los ejemplos abundan. Esta vinculación íntima entre lengua y persona es acaso el fundamento de lo que llamamos identidad.

En los tiempos que corren, donde las diásporas suelen ser frecuentes, el mantenimiento o contacto frecuente con la lengua aprendida en la infancia es una necesidad vital. En Suiza, por ejemplo (concretamente, en Zurich), los residentes españoles se reúnen semanalmente en una vieja fábrica abandonada, cedida por el Ayuntamiento, principalmente para hablar español como Dios manda. En la nave central tienen montado un teatro, donde los españolitos nacidos en Suiza asisten a las representaciones para familiarizarse con la cultura del país al que pertenecen por vínculos de sangre. También han improvisado una cocina para poder preparar y degustar los variados platos regionales, o sea rescatar una parte muy importante de la cultura.

En los últimos años, la diáspora latinoamericana aumentó la familia hispanoparlante en aquella ciudad, y junto a las paelleras puede verse los asadores rioplatenses, con lo que es posible tomar una paella como primer plato, y como segundo un asado criollo o un cochayuyo chileno (guisado de carne y algas marinas), mientras en el teatro adyacente la música española alterna con el tango y el folklore latinoamericano. Un rico encuentro de culturas, favorecido por el exilio común y la acuciante necesidad de mantener los signos identificatorios. Este remedio es útil para los adultos, pero influye escasamente en los niños y en los jóvenes. Una española me decía: «Cuando volvamos a España, no se sentirán ni suizos ni españoles. Como tu has podido ver, les importa más la serie televisiva en alemán que el teatro de

García Lorca. Y lo que es peor, no entienden bien ni lo uno ni lo otro».

Para el caso de los latinoamericanos que viven en España, la situación no es angustiosa como la señalada pero tiene sus bemoles, pese a la lengua común. Porque no son exactamente iguales, y abundan los momentos en que la comunicación vacila. Ante el hecho, los latinoamericanos tienen dos actitudes: cerrarse en la lengua propia, sintiéndola más viva por contraste y para afirmar la personalidad cediendo identidad en procura de una dudosa pero necesaria integración, que es lo que hacen los más jóvenes. Son los que practican una especie de sudañol, como el espangles de los británicos que viven en el cono sur o el chicano de los mexicanos residentes en EE. UU.

Pienso con pesimismo que los jóvenes latinoamericanos que hibridan su lenguaje no conseguirán ni hablar ni escribir absolutamente bien una lengua que no bebieron en la cuna, y que habrán cedido partes de su identidad inútilmente. Creo que se trata de una actitud desesperada, de rechazo total al país que los trató tan mal. Pero ese rechazo, válido y comprensible, no debe arrastrar consigo la negación de la propia lengua. Como los primeros patriotas de América Latina, que intentaron en vano rechazar el español, una lengua que es el pilar fundamental de la posible unidad futura de todos los países del continente americano, como la soñaron Bolívar y otros visionarios.

Hay quienes procuran ocultar o dicen tímidamente sus americanos, dando la razón a los que a principios de siglo sostenían que los españoles eran los amos del idioma, cosa que ningún español actual se cree. Los americanos, generalmente, derivan de las lenguas autóctonas y enriquecen el idioma común, o tienen su origen en la lengua antiguamente hablada en Castilla, que los conquistadores llevaron para allá. O sea que todo queda en casa finalmente, y utilizarlos con libertad y sin complejos es necesario para el idioma español y para el mantenimiento de la identidad amenazada.

*[Escritor]

LENGUAJE Y EXILIO

Por Daniel MOYANO
(ESCRITOR)

Fernando Pessoa, el gran poeta portugués, que vivió parte de su infancia y juventud en Sudáfrica, donde tuvo que aprender a expresarse en inglés, afirmó años más tarde, definitivamente afincado en su país de origen: «Mi verdadera patria es la lengua portuguesa». La argentina María Elena Walsh, en una de sus canciones, le dice al país que «el idioma de la infancia es un secreto entre los dos». Los ejemplos abundan. Esta vinculación íntima entre lengua y persona es acaso el fundamento de lo que llamamos identidad.

En los tiempos que corren, donde las diásporas suelen ser frecuentes, el mantenimiento o contacto frecuente con la lengua aprendida en la infancia es una necesidad vital. En Suiza, por ejemplo (concretamente, en Zurich), los residentes españoles se reúnen semanalmente en una vieja fábrica abandonada, cedida por el Ayuntamiento, principalmente para hablar español como Dios manda. En la nave central tienen montado un teatro, donde los españolitos nacidos en Suiza asisten a las representa-

ciones para familiarizarse con la cultura del país al que pertenecen por vínculos de sangre. También han improvisado una cocina para poder preparar y degustar los variados platos regionales, o sea rescatar una parte muy importante de la cultura.

En los últimos años, la diáspora latinoamericana aumentó la familia hispanoparlante en aquella ciudad, y junto a las paelleras pueden verse los asadores rioplatenses, con lo que es posible tomar una paella como primer plato, y como segundo un asado criollo o un cochayuyo chileno (guisado de carne y algas marinas), mientras en el teatro adyacente la música española alterna con el tango y el folklore latinoamericano. Un rico encuentro de culturas, favorecido por el exilio

común y la acuciante necesidad de mantener los signos identificatorios. Este remedio es útil para los adultos, pero influye escasamente en los niños y en los jóvenes. Una española me decía: «Cuando volvamos a España, no se sentirán ni suizos ni españoles. Como tú has podido ver, les importa más la serie televisiva en alemán que el teatro de García Lorca. Y lo que es peor, no entienden bien ni lo uno ni lo otro.»

Para el caso de los latinoamericanos que viven en España, la situación no es angustiosa como la señalada, pero tiene sus bemoles, pese a la lengua común. Porque no son exactamente iguales, y abundan los momentos en que la comunicación vacila. Ante el hecho, los latinoamericanos tienen dos actitu-

des: cerrarse en la lengua propia, sintiéndola más viva por contraste y para afirmar la personalidad, que es el caso de los adultos, o hibridar el lenguaje cediendo identidad en procura de una dudosa pero necesaria integración, que es lo que hacen los más jóvenes. Son los que practican una especie de sudanol, como el espangles de los británicos que viven en el cono Sur o el chicano de los mexicanos residentes en EE.UU.

Pienso con pesimismo que los jóvenes latinoamericanos que hibridan su lenguaje no conseguirán ni hablar ni escribir absolutamente bien una lengua que no bebieron en la cuna, y que habrán cedido partes de su identidad inútilmente. Creo que se trata de una actitud desesperada, de rechazo total al

país que los trató tan mal. Pero ese rechazo, válido y comprensible, no debe arrastrar consigo la negación de la propia lengua. Como los primeros patriotas de América Latina, que intentaron en vano rechazar el español, una lengua que es el pilar fundamental de la posible unidad futura de todos los países del continente americano, como la soñaron Bolívar y otros visionarios.

Hay quienes procuran ocultar o dicen tímidamente sus americanismos, dando la razón a los que a principios de siglo sostenían que los españoles eran los amos del idioma, cosa que ningún español actual se cree. Los americanismos, generalmente, derivan de las lenguas autóctonas y enriquecen el idioma común, o tienen su origen en la lengua antiguamente hablada en Castilla, que los conquistadores llevaron para allá. O sea que todo queda en casa finalmente, y utilizarlos con libertad y sin complejos es necesario para el idioma español y para el mantenimiento de la identidad amenazada.

Ideas

Lenguaje y exilio

DANIEL MOYANO

Fernando Pessoa, el gran poeta portugués, que vivió parte de su infancia y juventud en Sudáfrica, donde tuvo que aprender a expresarse en inglés, afirmó años más tarde, definitivamente afincado en su país de origen: «Mi verdadera patria es la lengua portuguesa.» La argentina María Elena Wals, en una de sus canciones, le dice al país que «el idioma de la infancia es un secreto entre los dos». Los ejemplos abundan. Esta vinculación íntima entre lengua y persona es acaso el fundamento de lo que llamamos identidad.

En los tiempos que corren, donde las diásporas suelen ser frecuentes, el mantenimiento o contacto frecuente con la lengua aprendida en la infancia es una necesidad vital. En Suiza, por ejemplo (concretamente, en Zurich), los residentes españoles se reúnen semanalmente en una vieja fábrica a bandonada, cedida por el Ayuntamiento, principalmente para hablar español como Dios manda. En la nave central tienen montado un teatro, donde los españolitos nacidos en Suiza asisten a las representaciones para familiarizarse con la cultura del país al que pertenecen por vínculos de sangre. También han improvisado una cocina para poder preparar y degustar los variados platos regionales; o sea, rescatar una parte muy importante de la cultura.

En los últimos años la diáspora latinoamericana aumentó la familia hispanoparlante en aquella ciudad, y junto a las paelleras pueden verse los asadores rioplatenses, con los que es posible tomar una paella como primer plato, y como segundo, un asado criollo o un cochayuyo chileno (guisado de carne y algas marinas), mientras en el teatro adyacente la música española alterna con el tango y el folklore latinoamericano. Un rico encuentro de culturas, favorecido por el exilio común y la acuciante necesidad de mantener los signos identificatorios. Este remedio es útil para los adultos, pero influye escasamente en los niños y en los jóvenes. Una española me decía: «Cuando volvamos a España no se sentirán ni suizos ni españoles. Como tú has podido ver, les importa más



la serie televisiva en alemán que el teatro de García Lorca. Y lo que es peor, no entienden bien ni lo uno ni lo otro.»

Para el caso de los latinoamericanos que viven en España la situación no es tan angustiosa como la señalada, pero tiene sus bemoles, pese a la lengua común. Porque no son exactamente iguales, y abundan los momentos en que la comunicación vacila. Ante el hecho, los latinoamericanos tienen dos actitudes: cerrarse en la lengua propia, sintiéndola más viva por contraste y para afirmar la personalidad, que es el caso de los adultos, o hibridar el lenguaje, cediendo identidad en procura de una dudosa pero necesaria integración, que es lo que hacen los más jóvenes. Son los que practican una especie de sudañol, como el espangles de los británicos que viven en el Cono Sur o el chicano de los mejicanos residentes en Estados Unidos.

Pienso con pesimismo que los jóvenes latinoamericanos que hibridan su lenguaje no conseguirán ni hablar ni escribir absolutamente bien una lengua que no bebieron en la cuna y que habrán cedido partes de su identidad inútilmente. Creo que se trata de una actitud desesperada, de rechazo total al país que los trató tan mal. Pero ese rechazo, válido y comprensible, no debe arrastrar consigo la negación de la propia lengua. Como los primeros patriotas de América latina, que intentaron en vano rechazar el español, una lengua que es el pilar fundamental de la posible unidad futura de todos los países del continente americano, como lo soñaron Bolívar y otros visionarios.

Hay quienes procuran ocultar o dicen tímidamente sus americanismos, dando la razón a los que a principios de siglo sostenían que los españoles eran los amos del idioma, cosa que ningún español actual se cree. Los americanismos, generalmente, derivan de las lenguas autóctonas y enriquecen el idioma común, o tienen su origen en la lengua antiguamente hablada en Castilla, que los conquistadores llevaron para allá; o sea, que todo queda en casa finalmente, y utilizarlos con libertad y sin complejos es necesario para el idioma español y para el mantenimiento de la identidad amenazada.

CQ

Coordina:
FERNANDO
DE CASTRO

HOY queremos traer una buena noticia a nuestros lectores: Vuelve esa sección de relación, amistad y ayuda que se llama «CQ llamada general». Vuelve modernizada, ágil, con las puertas abiertas a todas las sugerencias e ideas constructivas que propongan nuestros comunicantes, a quienes queremos servir.

La sección lleva, a su vez, tres subsecciones: «Trabajo», a la que pretendemos dar la máxima relevancia; «amistad» y «amor», dentro de las cuales se recogerán todas las demandas que nos hagan llegar nuestros lectores, siempre acompañadas del cupón que figura al final, debidamente relleno con todos los datos escritos a máquina o en letra tipo de imprenta, aparte de indicar en el sobre el remite, dirigido a «PUEBLO. Sección CQ. Huertas, 73. Madrid-14». Por favor, rogamos que no nos llamen por teléfono; todas las relaciones se harán por correo. También queremos advertir

que, siempre, hay que añadir a los datos personales el número de DNI.

● La mecánica de cada subsección es muy sencilla. Para «trabajo», tanto si es para solicitar como si es para ofrecer, debe llegar con el máximo número de datos posible, nombre o empresa, dirección completa, ciudad, distrito postal y teléfono, si lo tiene, y número del DNI del trabajador o del responsable de la empresa. PUEBLO se limita a publicar la demanda u oferta. Las mismas normas rigen para «amistad».

● En cuanto a «amor», todas las cartas recibirán un número de orden en nuestros ficheros para los que solicitan relación; y para los que quieren ponerse en comunicación con los ofertantes deberán escribirnos indicando el número de orden aparecido para que nosotros hagamos llegar por correo ordinario la correspondencia recibida para ese número.

TRABAJO

Necesita trabajo en Córdoba

«Quisiera ocupar el puesto de trabajo que ustedes proponen en el periódico. Quisiera que fuera lo antes posible. Me llamo Diego Sánchez Soltero, treinta y seis años, casado y con un niño de dieciséis meses. Vivo en Montijo (Córdoba), calle Gabriel y Galán, 65, teléfono 45 05 83. Es la casa de mi madre. Actualmente estoy en calle Miralbaida, parcela 15, portal 5, 1.º B. Córdoba. Por favor, urgente.»

Encontró trabajo

«He recibido una oferta de trabajo por el S.O.S. que dirigí a su periódico y que publicaron ustedes inmediatamente. Su buen y rápido corazón y el del Señor me han sacado del apuro, y les doy las gracias. Que El, que lo puede todo, se lo recompense con igual rapidez. Con un saludo afectuoso. Isabel del Moral. Blasco de Garay, 36. Madrid.»

AMISTAD

Un yugoslavo quiere conocer flamencólogos

«Quisiera conocer un español o española que toquen flamenco. Escribir a: Danilovic Zoran. Zmaj Jovina, 5. 11000. Beograd. Yugoslavia.»

Quiere intercambiar sellos

«Coleccionista argentina, desea intercambiar sellos postales con filatelistas españoles y de otros países europeos. Olga María Juárez. Calle 32, número 343, piso 1.º, departamento 2. Santa Teresita (7107). Argentina.»

Intercambios entre jóvenes españoles y franceses

«Estoy intentando una posibilidad de intercambio entre jóvenes españoles y franceses que quieran hacer una es-

tancia en el extranjero. Soy profesora de español y a mis alumnos les gustaría ir a pasar un mes en España. Podría programarse para las próximas vacaciones. Con mis gracias anticipadas. Madame Lacombe M. Cécile. 9 Avenida de Tivoli. 15000. Aurillac. France.»

Cubana quiere relacionarse con jóvenes españoles

«Soy una joven cubana a la que interesa la situación mundial. Quisiera correspondencia con jóvenes españoles para establecer un intercambio acerca de diferentes aspectos. Karina Carvajal Sánchez. Calle 6 = 2. C/ Llinás y Calvel. Zona 3. Habana. Cuba.»


AMOR

Busca señoritas pequeñas de estatura

«Deseo correspondencia, con fines matrimoniales, con señoritas de cuarenta a cincuenta años, católicas, cultas, más bien pequeñas de estatura y que sean de Madrid para poder conocerlos. Yo tengo cuarenta y nueve años, soy Tauro. Espero sus noticias.» (001).

Relación con jóvenes viudas

«Quisiera correspondencia con jóvenes viudas con o sin hijos, menores de treinta y siete años. Soy profesor, tengo treinta y cinco años, viudo, 1,82 de estatura, con ojos y cabello castaños. No importa el lugar de residencia donde residan pues por mi trabajo puedo cambiar a otros lugares en organismos. Ruego me envíen cuantos más detalles mejor y foto, que devolveré en su caso.» (002).

MINISTERIO DE SANIDAD Y CONSUMO
INSTITUTO NACIONAL DE LA SALUD 

CONCURSOS PUBLICOS Anuncio: 35/83

PUBLICADOS EN EL "BOLETIN OFICIAL DEL ESTADO" NUMERO 268, DEL DIA 9-11-83

GUADALAJARA
(2/83) Dotación de mobiliario, montaje e instalación de una biblioteca en la Residencia Sanitaria de la S. S. de Guadalajara.

GUIPUZCOA
(2/83) Contratación de los servicios de limpieza en los ambulatorios de la Seguridad Social de Eibar e Irún.

JAEN
(2/CC/83) Adquisición de aparatos y dispositivos para los programas básicos de montaje de la U. C. I. y otros servicios del complejo sanitario Capitán Cortés, de Jaén.
(1/A.U./83) Adquisición de aparatos y dispositivos con destino al servicio de radiología del ambulatorio Nuestra Señora del Gavallar, de Ubeda.

MADRID
(9/83) Adquisición de aparatos y dispositivos con destino a la clínica infantil de la Ciudad Sanitaria La Paz, de Madrid.

LAS PALMAS DE GRAN CANARIA
(2/83) Adquisición de uniformes y lencería con destino al Hospital Materno Infantil, de Las Palmas.

SEGOVIA
(3/83) Obras de realización del servicio de Nefrología y Escuela de Enfermeras, en la Residencia Sanitaria de la S. S. Licinio de la Fuente, de Segovia.

TOLEDO
(1/83) Adjudicación de los servicios de bar-cafetería, en la Residencia Sanitaria de la S. S. Nuestra Señora del Prado, de Talavera de la Reina.

VALENCIA
(H. C. 3/83) Adquisición de filtros para diálisis, con destino a los almacenes generales del Hospital Clínico Universitario de Valencia.

Las consultas y entrega de la correspondiente documentación, así como la presentación de proposiciones, se efectuará en los lugares y plazos que en el citado «Boletín Oficial del Estado»

PUEBLO
CQ

PUEBLO / CUPON CQ

Nombre.....
Calle o plaza.....
Ciudad y provincia.....
DNI.....
Número.....
Fecha.....

Indicar en el sobre: PUEBLO llamada general 73

Relacionado con el artículo de Clarín sobre el idioma de los políticos

Premio Miguel de Cervantes

Cinco finalistas para 10 millones

JUAN GIRON ROGER

Cinco son los finalistas del Premio Miguel de Cervantes, el más alto galardón de las letras españolas, que se fallará el próximo día 14, y será entregado el 23 de abril por el Rey Don Juan Carlos en la Universidad de Alcalá de Henares.

Camilo José Cela ha sido presentado por la Real Academia Española de la Lengua; Rafael Alberti, por la colombiana; Guillermo Díaz-Plaja, por la hondureña; Guillermo Francovich, por la boliviana, y Arturo Uslar Pietri, por las de Argentina, Chile, El Salvador, Filipinas, Méjico, Panamá, Perú, República Dominicana, Uruguay y Venezuela. No propusieron candidatos Ecuador, Paraguay y Nicaragua. La elección correrá a cargo de un jurado presidido por el ministro de Cultura, Javier Solana, e integrado por Alonso Zamora, Martínez Morán, Luis Yáñez, Alberto Navarro, Miguel Ángel Carruedo, Jaime Salinas y Luis Rosales.

Las candidaturas se presentan un tanto reñidas, si bien la de Camilo José Cela aparece muy firme, habida cuenta no sólo la indiscutible talla del escritor, sino también que su producción más reciente —«Mazurca para dos muertos»— ha alcanzado unas considerables cotas de aceptación, y se considera en medios literarios como «muestra inequívoca de que Cela se está acercando al techo de la técnica narrativa en cuanto a la perfección de los recursos de su prosa». Sin embargo, el escritor y académico de Padrón restó importancia a este extremo en conversación con PUEBLO, señalando su interés por mantenerse en una actitud alejada de polémicas. «Un escritor sabe —indicó— que no se llega a dominar la técnica narrativa jamás.»

Por su parte, el académico Guillermo Díaz-Plaja comentó que no sabía nada de que le hubieran propuesto para el premio. «Me he dedicado toda mi vida a conectar las literaturas hispánicas —afirmó Díaz-Plaja— y creo que cualquier galardón que reconozca esta tarea mía lleva más de medio siglo de labor, así como más de docientos títulos publicados; me parecería un



Cela, Alberti y Guillermo Díaz-Plaja, tres candidatos españoles al Premio Cervantes.

gran honor. Mi vocación hacia el entendimiento de los pueblos hispánicos es clara, y la evidencian cuarenta viajes culturales, veinte libros de poesía, medio centenar de libros de ensayo y educación y casi veinte libros de viajes. Todo ello es la misma cosa: distintos asedios al mismo fenómeno. No es un trabajo, porque cuando se tiene una vocación clara no es ésta la palabra adecuada. Toda obra realizada con vocación y entusiasmo tiene una compensación que surge en el acto de efectuarla. La publicación sólo es una propina al trabajo profesional, pero el auténtico placer lo proporciona no escribir, sino construir la obra.»

● Camilo José Cela es, hoy por hoy, el escritor más conocido y profundo de las letras españolas. Toda una vida dedicada a la literatura, acaba de ravalidar con «Mazurca para dos muertos» su tirón y arraigo popular: en sólo dos semanas el libro está prácticamente agotado. La Real Academia Española considera que el escritor galaico es merecedor del Premio Miguel de Cervantes.

● Guillermo Díaz-Plaja, presentado por la Academia de Honduras, prepara en la actualidad un libro sobre las ideas estéticas de Ortega y Gasset. Díaz-Plaja considera que cualquier galardón sería reconocer medio siglo de labor.

● La Academia de Colombia presenta al poeta Rafael Alberti. El autor gaditano ha escrito libros muy importantes en su larga vida, aunque,

Antonio Tovar

«Nuestros políticos hablan mejor que en la época franquista»

La Comisión de Asuntos Iberoamericanos del Senado ha aprobado presentar una moción al Gobierno para que aumente la dotación presupuestaria para la defensa y protección del castellano. Antonio Tovar, de la Real Academia, y miembro de la Comisión Permanente de la misma, habla en esta entrevista de los problemas que aquejan al idioma.

—¿Cómo surgió esa propuesta de aumentar la atención presupuestaria para la defensa del idioma?

—En realidad fue una atención de los senadores, que acordaron presentar una moción al Gobierno en este sentido. Los académicos no fuimos a pedir más dinero, sino que nos llamaron para comparecer ante la Comisión. A los senadores les preocupan los actos del V Centenario del Descubrimiento, y aunque falta mucho tiempo todavía está claro que si se quiere hacer algo serio hay que prepararlo con tiempo.

—¿Es usted partidario de la idea sugerida por el senador socialista José Prat acerca de la conveniencia de crear una ley de defensa del idioma?

—La lengua es un ámbito que no se puede gobernar con leyes, pero lo que sí puede hacer una ley es crear un ambiente que haga que la gente se dé cuenta de que esos asuntos son importantes. El problema de la lengua es un problema de educación, y la mejor defensa del idioma está en la cultura de la gente.

«El pueblo ya no dirige el lenguaje»

En su conferencia ante el Senado, Camilo José Cela dijo que la lengua marcha por donde le empujan los políticos, los medios de comunicación, y, en última instancia, el pueblo. ¿Está de acuerdo en que estas son las principales fuerzas que actúan sobre la configuración del lenguaje?

—En las sociedades primitivas la

lengua es del pueblo, y en los momentos de esplendor literario es de los grandes poetas, de los escritores; en esta sociedad de masas la lengua está manejada por los políticos, los periodistas, los locutores de radio y televisión, y los traductores de todo, tanto los de libros como los de anuncios comerciales. Y ahora ya no es del pueblo, porque el pueblo está sometido a ese lenguaje espantoso que recibe de los medios de comunicación.

«Herir al idioma, un modo de llamar la atención»

—Usted que ha vivido durante veinte años en diferentes países, ¿cómo encuentra el nivel idiomático en las televisiones europeas?

—Bueno, hay una tradición, una escuela, que viene del buen teatro y que ahora ha pasado a la televisión y a la radio, donde las noticias y los programas más o menos serios están muy cuidados.

—¿Cuál sería la piedra angular de esa desvirtuación idiomática?

—Desde luego, el bajo nivel de educación. Y luego ese deseo de vender, ya sean noticias o productos. Donde se ve claramente es en los anuncios; ¿qué quiere un anunciante? Pues llamar la atención y qué mejor manera de hacerlo que diciendo una barbaridad gramatical. Herir al idioma es una manera de llamar la atención.

—¿Piensa que nuestros políticos hablan bien?

—La verdad es que uno oye una sesión de las Cortes y no se puede decir que hablen mal. No es que sean especialmente brillantes, pero hablan mucho mejor que en la época franquista.

—¿Cuáles serían las palabras o expresiones incorrectas que más a menudo se oyen?

—Hay muchísimas. Las dos primeras que se me ocurren es eso de «a nivel de...» y «en base a...» Pero no hay que asustarse, son expresiones que se ponen de moda y que desaparecen con la misma facilidad con la que nacieron.

Sin embargo, la lengua es algo vivo que no puede quedarse anquilosado. Su propia dinámica exige transformaciones, pero ¿qué sucede cuando estas transformaciones se convierten en deterioros?

—El problema de la lengua se puede resumir diciendo que las agresiones han existido siempre, porque la lengua viva no es la de la escuela ni la de los académicos ni tampoco la de los clásicos, sino la que necesita la gente para andar por la calle. Lo que pasa es que la cultura evita errores y disparates. La corrupción del idioma tiene una consecuencia muy grave y es que, en el caso de una lengua tan hablada y tan extendida como la nuestra, nos diferencia porque crea separaciones. Y esto ayuda a la ruptura de la unidad, que es un bien. De modo que pienso que en idioma hay que ser conservador, porque lo antiguo es lo que más une.



Premios juveniles Daumar

Marta Ferrusola, esposa de Jordi Pujol, en su calidad de presidenta del Salón de la Infancia y la Juventud, presidió la entrega de los premios del concurso escolar de informática, convocados por el Club Juvenil Daumar con ocasión de su 25 aniversario.

Entre los sesenta trabajos presentados de toda España, fueron seleccionados veinte. El ganador fue el programa informático destinado a la prevención de los incendios forestales, por medio de datos suministrados por el propio ordenador.

de Prat, de dieciséis años de edad, de Barcelona.

El segundo premio correspondió a un programa sobre menús familiares elaborado por el niño Chistoff Pope, argentino residente en España, de catorce años de edad.

Nueva colección de lectura

Los cuatro primeros números de la colección «Guies de lectura» serán presentados en la sala de exposiciones de la Obra Social de la Caja de Pensiones de Barcelona. Estas cuatro primeras publicaciones están dedicadas a Lewis Carroll, Merce Rodoreda, Virginia Wolf y Sthendal. La figura de Lewis Carroll será el tema de una exposición, que se exhibirá entre los días 14 y 17 de noviembre. También están programadas una serie de proyecciones y conferencias acerca de los cuatro autores mencionados.

España en el Festival Iberoamericano

La comisión de gobierno de la Corporación provincial de Granada ha acordado hoy que la película «España

sangre», será coproducida por la Diputación de la ciudad. «Nanas de espinas» ha sido designada por la Dirección General de Cinematografía para representar a España en el Festival de Cine Iberoamericano.

Problemas para el teatro Lliure

Los problemas económicos pueden acabar con la aventura cultural que emprendió el teatro Lliure en los últimos años, intercalando obras clásicas con el montaje de textos dramáticos actuales. El presupuesto para este año que termina ha sido de 45 millones de pesetas, en el que se incluyen dos subvenciones. «Disponemos ahora del dinero justo para hacer frente a los gastos y pagar facturas pendientes —ha manifestado Fabia Puigserver—. Si el 31 de diciembre no hay una solución firme que defina nuestra situación, nos veremos obligados a poner punto final a la historia del teatro Lliure.» Entre los últimos montajes realizados está «El héroe», de Santiago

Concurso de pintura

Más de medio centenar de artistas concurren al concurso de pintura convocado por el Congreso de los Diputados, pero parece ser que puede quedar desierto, porque el jurado ha considerado que ninguna de las obras presentadas sobre el tema «Los valores democráticos de la Constitución Española» tenía el suficiente interés.

Cine español en Nueva York

Ayer salieron con destino a Nueva York los actores asistentes al Festival de Cine Español, que comienza hoy, día 11, en el Centro Rockefeller. Asimismo, emprendió viaje la directora general de cinematografía, Pilar Miró.

Otro centro cultural

Mañana se inaugura el Centro Cultural Nicolás Salmerón, de Chamartín. Están previstos una serie de actos que incluyen un programa de ballet, una representación teatral y la inauguración de la sala de exposiciones Arte

Lenguaje y exilio

Daniel MOYANO, escritor

Fernando Pessoa, el gran poeta portugués, que vivió parte de su infancia y juventud en Sudáfrica, donde tuvo que aprender a expresarse en inglés, afirmó años más tarde, definitivamente afincado en su país de origen: «Mi verdadera patria es la lengua portuguesa». La argentina María Elena Walsh, en una de sus canciones, le dice al país que «el idioma de la infancia es un secreto entre los dos». Los ejemplos abundan. Esta vinculación íntima entre lengua y persona es acaso el fundamento de lo que llamamos identidad.

En los tiempos que corren, donde las diásporas suelen ser frecuentes, el mantenimiento o contacto frecuente con la lengua aprendida en la infancia es una necesidad vital. En Suiza, por ejemplo (concretamente, en Zurich), los residentes españoles se reúnen semanalmente en una vieja fábrica abandonada, cedida por el Ayuntamiento, principalmente para hablar español como Dios manda. En la nave central tienen montado un teatro, donde los españolitos nacidos en Suiza asisten a las representaciones para familiarizarse con la cultura del país al que pertenecen por vínculos de sangre. También han improvisado una cocina para preparar y degustar variados platos regionales, o sea, rescatar una parte muy importante de la cultura.

En los últimos años, la diáspora latinoamericana aumentó la familia hispanoparlante en aquella ciudad, y junto a las

paelleras pueden verse los asadores rioplatenses, con lo que es posible tomar una paella como primer plato, y como segundo un asado criollo o un cochayuyo chileno (guisado de carne y algas marinas), mientras en el teatro adyacente la música española alterna con el tango y el folklore latinoamericano. Un rico encuentro de culturas, favorecido por el exilio común y la acuciante necesidad de mantener los signos identificatorios. Este remedio es útil para los adultos, pero influye escasamente en los niños y en los jóvenes. Una española me decía: «Cuando volvamos a España, no se sentirán ni suizos ni españoles. Como tú has podido ver: les importa más la serie televisiva en alemán que el teatro de García Lorca. Y lo que es peor, no entienden bien ni lo uno ni lo otro».

Los latinoamericanos

Para el caso de los latinoamericanos que viven en España, la situación no es angustiosa como la señalada, pero tiene sus bemoles, pese a la lengua común. Porque no son exactamente iguales, y abundan los momentos en que la comunicación vacila. Ante el hecho, los latinoamericanos tienen dos actitudes: cerrarse en la lengua propia, sintiéndola más viva por contraste y para afirmar la personalidad, que es el caso de los adultos, o híbridar el lenguaje cediendo identidad en procura de una dudosa pero necesaria integración, que es lo que hacen los más jóvenes. Son los que practican una

especie de sudañol, como el espanglés de los británicos que viven en el cono sur o el chicanó de los mejicanos residentes en Estados Unidos.

Pienso con pesimismo que los jóvenes latinoamericanos que hibridan su lenguaje no conseguirán ni hablar ni escribir absolutamente bien una lengua que no bebieron en la cuna, y que habrán cedido partes de su identidad inútilmente. Creo que se trata de una actitud desesperada, de rechazo total al país que los trató tan mal. Pero ese rechazo, válido y comprensible, no debe arrastrar consigo la negación de la propia lengua. Como los primeros patriotas de América Latina, que intentaron en vano rechazar el español, una lengua que es el pilar fundamental de la posible unidad futura de todos los países del continente americano, como la soñaron Bolívar y otros visionarios.

Hay quienes procuran ocultar o dicen tímidamente sus americanismos, dando la razón a los que a principios de siglo sostenían que los españoles eran los amos del idioma, cosa que ningún español actual se cree. Los americanismos, generalmente, derivan de las lenguas autóctonas y enriquecen el idioma común, o tienen su origen en la lengua antiguamente hablada en Castilla, que los conquistadores llevaron para allá. O sea que todo queda en casa finalmente, y utilizarlos con libertad y sin complejos es necesario para el idioma español y para el mantenimiento de la identidad amenazada.

Argentina a la hora de la verdad

DANIEL MOYANO

A la situación política producida en Argentina tras el no esperado y aplastante triunfo del radicalismo, que implica el comienzo de la muerte del viejo mito del peronismo, hay que verla como el final feliz de una larga y penosa adolescencia. Ese joven país, nacido como tal en 1810, cuenta en la actualidad apenas 173 años de existencia y se parece bastante al joven que por fin acepta, más o menos traumáticamente, abandonar la adolescencia y afrontar la vida como un ser maduro, sepultando para siempre sus caprichos y una ya innecesaria mitología juvenil, que pasará a convertirse en un conjunto de recuerdos más o menos nostálgicos, más o menos dolorosos.

En los momentos más duros de la agnizante dictadura militar (represión, desaparecidos, quiebra económica, guerra de las Malvinas), se dijo, con razón, que el país estaba al borde del diván del psicoanalista. Pero la conciencia social, con síntomas gravísimos de delirios colectivos, estaba enferma desde mucho antes, o inmadura, si seguimos con el ejemplo de la adolescencia que por fin termina, y recordemos de paso que *adolescere* significa padecer.

Sentimiento paternalista

En un país donde el pluralismo ideológico, o el simple hecho de disentir, fue siempre mal visto por la sociedad en su conjunto, la proclividad hacia el líder carismático y providencial encontró un excelente caldo de cultivo. Nuestro imberbe adolescente era huérfano y andaba, sin saberlo, en busca de un padre providencial que le protegiera. Estos sentimientos paternalistas llevan a la civilidad argentina, desde el obrero hasta el oligarca, a salir a la calle en 1930 para aplaudir al primer torturador y militar golpista, José F. Uriburu, y repudiar al derrocado civil Hipólito Yrigoyen, primer Presidente surgido de elecciones verdaderamente democráticas. Esa misma civilidad es la que llama a las puertas de los cuarteles pidiendo a los militares el derrocamiento de los presidentes democráticos surgidos tras la caída de Perón en el golpe de Estado de 1955, que es lo que los militares están esperando para justificarse e imponer su proyecto de país dependiente. La misma multitud inmadura que durante la guerra de las Malvinas apoya masivamente al dictador Galtieri, olvidando que apenas dos días antes había sido ferozmente reprimida por dicho dictador, y que un triunfo eventual en esa desdichada guerra habría significado la perpetuación de la Junta Militar en el poder.

El sociólogo Juan José Sebrelí sostenía desalentado, poco antes de las elecciones que dieron el triunfo al radicalismo, que «esta sociedad es esencialmente antidemocrática, autoritaria, violenta, represiva, prejuiciosa, irracional; en una palabra, fascista». Y recordando que la Confederación General del Trabajo (CGT), desestabilizadora de Gobiernos Civiles, jamás convocó una huelga general para oponerse a un golpe de Estado inminente, agrega que «podría inferirse que la clase obrera argentina, que por supuesto no es revolucionaria, ni reformista, ni siquiera es tampoco democrática». Para Sebrelí, los delirios colectivos que han puesto a la sociedad ante el psicoanalista son el peronismo, el terrorismo, el fútbol y la guerra.

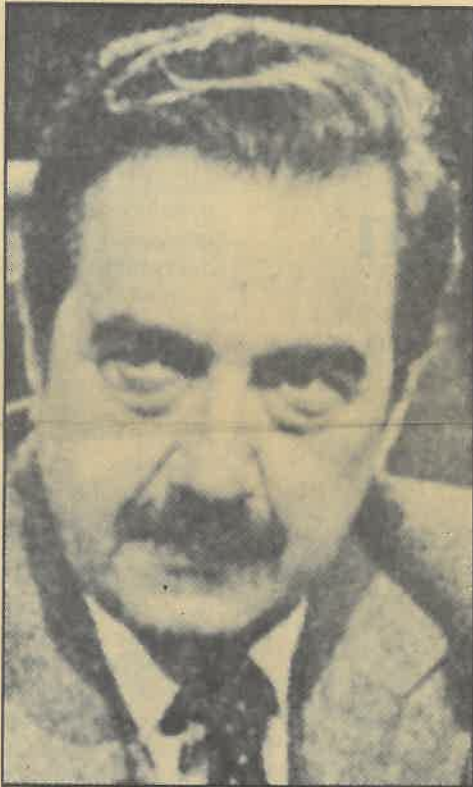
Sus amargos (pero certeras) reflexiones posiblemente estaban condicionadas por el convencimiento general de un nuevo triunfo peronista en las elecciones del 30 de octubre y el consiguiente involucionismo, el retorno a los viejos mitos de adolescencia. Pero los resultados demostraron que 6 millones de votantes, sobre

una masa electoral de 10 millones, resolvieron romper con un pasado irracional, tremendamente doloroso, optaron por la salud y produjeron un hecho vital para el futuro: el cambio de la conferencia social. Un cambio que pone fin a la crisis moral, que según vienen afirmando los radicales desde 1960, es el único problema realmente grave que padecen los argentinos.

Crisis de madurez

La ruptura con el pasado significará posiblemente una nueva crisis, pero esta ya no será moral, ni patológica, no será una consecuencia de aquella adolescencia que el país acaba de abandonar, sino la de una nación que por fin entra en la madurez, en la civilización, y afronta, con confianza en sí misma, un futuro seguramente durísimo y difícil.

Si la derrota sufrida por el peronismo significa madurez política, nueva conciencia social y enterramiento de los viejos mitos, la sociedad argentina no debe



Alfonsín es hoy esperanza de muchos

olvidar los terribles errores de su pasado reciente y ser muy consciente de ellos para que no vuelvan a suceder.

Por ejemplo, el apoyo de los dirigentes sindicales (peronistas) a dictaduras militares como la de Onganía, sólo por oponerse a cualquier Gobierno democrático que no fuese peronista, como el del ex presidente Arturo Illía. O los sucesos de junio de 1973 en un aeropuerto de Buenos Aires, con motivo del regreso de Perón al país, donde la ultraderecha del partido del viejo líder, llamada peronismo ortodoxo, asesinó masivamente a centenares de periodistas que, siguiendo una falsa mueca del conductor que regresaba del exilio español, creían todavía en la existencia de un peronismo revolucionario o el muy posible, y muy reciente, pacto sindical-militar denunciado por el electo Presidente Raúl Alfonsín, pensado para que quedaran libres de la acción de la justicia los responsables de la matanza indiscriminada de 30.000 argentinos sin nombre llamados desaparecidos.

El peronismo surge de un contexto castrense, el golpe militar de los generales Rawson y Ramírez en junio de 1943. El entonces coronel Perón, a cargo de la Secretaría de Trabajo, encabeza el movimiento que lo llevaría al poder en 1946. Enarbolando antiguas banderas radicales

de reivindicación social que el pueblo reclamaba (en buena medida se cumplieron durante la primera presidencia de Perón, pero no a fondo), el peronismo anuló o postergó corrientes democráticas que no supieron o pudieron adecuarse a las necesidades de modernización del país, que podrían haber madurado para que hoy Argentina no tuviera que enfrentarse a un bipartidismo que no es precisamente lo mejor para una democracia.

Porque ese país no tiene ni una izquierda ni una derecha (civil y civilizada) que representen nada. El Partido Justicialista fundado por Perón es un movimiento policlasista sin ideología clara, y el Partido Radical triunfe una especie de centro apoyado en la pequeña y mediana burguesía (hoy pauperizada), sin raíces significativas en la clase obrera.

Recuperación del radicalismo

Dentro de este esquema, el radicalismo, mediante la democratización de los gremios, acaso logre recuperar el apoyo popular que tuvo en sus gobiernos anteriores a 1930, siempre que en el período de gobierno que iniciará dentro de pocos días tenga la sensibilidad social que se adjudica a la corriente partidaria renovación y cambio liderada por Alfonsín. El peronismo, por su parte, para poder recuperar la credibilidad del país que ahora no lo votó, debería modernizarse, desterrar la ideología representada por dirigentes como el esperpéntico Herminio Iglesias, y reconocer los tremendos errores cometidos, su soberbia antidemocrática y su burocracia sindical.

Para que la naciente democracia pueda desarrollarse dentro de un pluralismo necesario, la derecha, fragmentada y obsoleta, tendrá que reorganizarse para que sea ella misma y no los militares quien juegue su papel. Y los socialistas, ¿Podrán reunir en un sólo haz la veintena de fracciones en que se dividen? en cuanto al Partido Comunista, históricamente siempre equivocado (en 1946 debieron votar por el justicialismo y optaron por la derechista Unión Democrática, y en 1983, debiendo votar por la democracia lo hicieron por Herminio Iglesias), es hora de que se pongan a reflexionar seriamente sobre el rol que deben jugar en la democracia. En Argentina existe una regla de oro para no equivocarse ante una disyuntiva política: hacer exactamente lo contrario de lo que hace el Partido Comunista. De allí su escasa gravitación en la política del país.

Hacia la modernidad

El radicalismo triunfante, el peronismo derrotado y en general el conjunto de la sociedad de un país que parece dejar su adolescencia para entrar en la madurez, con sus 173 jóvenes años de vida institucional, tienen la responsabilidad no sólo de llevar la nación hacia la modernidad e insertarla por fin en accidente, con identidad nacional y superando la dependencia crónica que sufre desde sus orígenes, sino la de ser el espejo limpio donde puedan mirarse los demás países del cono Sur que soportan todavía aberrantes dictaduras militares sometidas al imperialismo.

La madurez que acaba de demostrar Argentina es ya visible en las manifestaciones populares de resistencia a la dictadura en países como Uruguay y Chile; Brasil evoluciona y hay signos de que en Paraguay el tiempo y el silencio condenatorio de la ciudadanía terminarán aislando y eliminando al dictador Stroessner. Sólo cuando el cono Sur esté libre de tiranos la naciente democracia argentina tendrá una vía libre hacia el futuro.

Daniel Moyano, argentino, es escritor.

INTERNACIONAL

Piden el control filipino de la Universidad de Santo Tomás

Universitarios de Manila, contra dominicos españoles

La más antigua institución universitaria de Asia, la de Santo Tomás en Manila, administrada por los padres dominicos españoles durante más de tres siglos, piden ahora los estudiantes que sea controlada por filipinos. Fue fundada por los dominicos españoles en el año 1611, llegando a ser el más importante centro de cultura y

enseñanza de Filipinas durante los últimos tres siglos y medio. En los últimos años los dominicos filipinos se hicieron cargo del rectorado y vicerrectorado, pero los estudiantes y grupos de profesores dicen que son "manipulados".

MANILA.

Unos mil estudiantes se manifestaron en el «campus» de la Universidad de Santo Tomás (UST), «la más antigua institución universitaria de Asia», que fue administrada por los padres dominicos españoles durante más de tres siglos, pidiendo el inmediato control filipino de la misma.

«Fuera los curas dominicos españoles», decía una de las pancartas que ayer exhibieron los estudiantes en su recorrido por el «campus» y calles adyacentes, antes de que convergieran en el campo de fútbol de dicha universidad.

La Universidad Pontificia de Santo Tomás fue fundada por el orden de los dominicos en el año 1611, llegando a ser el más importante centro de cultura y enseñanza de este país durante los últimos tres siglos y medio.

En los últimos años, los dominicos filipinos se hicieron cargo del rectorado y vicerrectorado de la Universidad, pero los estudiantes y grupos de profesores aseguran que las políticas de control de la misma continúan siendo «manipuladas» por el llamado «consejo de regentes», que según ellos dominan los padres españoles y sus «marionetas».

Recientemente, el dominico filipino, padre Tuano, presentó una demanda ante el Ministerio de Educación y el registro de sociedades, acusando a la administración de la UST de violar las leyes filipinas sobre la nacionalización de la enseñanza y pidiendo la expulsión de 21 curas españo-



Más de mil estudiantes se manifestaron en Manila

les que, según él, todavía ocupan «puestos clave» en la misma.

El padre Tuano, según fuentes consultadas por Efe, fue el administrador del hospital de la Universidad, y parece ser que durante su período incorporó a la nómina del centro a varios familiares y allegados.

El abogado defensor de los dominicos es Andrés Narvasa, quien actualmente ocupa el cargo de instructor-fiscal de la comisión que investiga el asesinato del líder de la oposición Benigno Aquino. A. Narvasa fue decano de la Facultad de Derecho.

«UST libre», coreaban los estudiantes en el idioma tagalo, y «españoles dimisión, UST para los filipinos» decía una de las pancartas.

Los manifestantes acusaron a la administración de la Universidad por el supuesto uso de medidas «represivas» utilizadas para controlar las organizaciones de estudiantes y profesores.

Asimismo, exteriorizaron sus protestas por el aumento de las tasas académicas en los últimos años, acusando a la dirección de que «grandes cantidades de dinero» pertenecientes a las arcas de

la Universidad de Santo Tomás, son enviadas a las oficinas de los dominicos en Roma, Hong Kong y España.

Explosión en Iloilo

Un recipiente lleno de pólvora, robado de una fábrica de fuegos artificiales voló una comisaría de policía, resultando muertas dos personas y otras 16 heridas, informa la policía de Manila.

Un portavoz de la policía ha informado que la explosión, producida en la ciudad de Iloilo, debió ocurrir cuando el ladrón manipulaba la lata.

La CEE aplaza su reunión sobre Chipre

La reunión extraordinaria sobre Chipre que había convocado la presidencia griega de la Comunidad Económica Europea para hoy quedó aplazada hasta el martes.

El aplazamiento se debe a la imposibilidad material de algunas delegaciones de llegar a Bruselas, entre ellas la griega, por culpa de la espesa niebla que cubre la capital belga.

Los ministros de asuntos exteriores de la CEE se reunirán el martes para atender la petición griega de sanciones contra Turquía por la proclamación de la República Chipriota Turca. □

Puerto Rico cumple 490 años

SAN JUAN DE PUERTO RICO. EFE. Puerto Rico, que fue baluarte vital para la defensa del imperio español en América, celebra hoy, sábado, el 490 aniversario de su descubrimiento.

En la ciudadela del viejo San Juan, de la que se ha conservado celosamente su arquitectura colonial, habrán este fin de semana numerosos festejos populares con fuegos artificiales, música en las calles, espectáculos folklóricos y conciertos.

Con estas celebraciones, Puerto Rico reafirma su lugar de honor en la historia de Hispanoamérica. □

Cosmonautas soviéticos regresarán a tierra

Después de 145 días de permanencia en el espacio, los cosmonautas soviéticos, Vladimir Liajov y Alexander Alexandrov comienzan sus preparativos para regresar a tierra.

Según los datos del Centro de Dirección de Vuelos Espaciales de la URSS, los dos cosmonautas que se encuentran a bordo del complejo espacial «Saliut 7», «Soyuz-T-9», «están realizando una serie de experimentos técnicos para adaptarse a la gravedad de la tierra, entrenándose con trajes especiales». □

Descubren alijos de armas en Perpiñán

Agentes de la gendarmería han descubierto dos importantes alijos de armas en Perpiñán y Saint-Paul-de-Fenoillet, a pocos kilómetros de la primera localidad del sur de Francia, han informado hoy fuentes policiales.

El alijo incluye varias pistolas, 10 revólveres, más de veinte carabinas, escopetas de caza, tres pistolas ametralladoras y un total de más de 5.000 cartuchos. □

La evangelización de Guinea Ecuatorial

El nuncio apostólico de Su Santidad, monseñor Donnatus Squiaciarini, visitó la ciudad de Luba, capital de la provincia de Bioco sur, dentro del programa de visitas con ocasión de los actos conmemorativos de la evangelización de Guinea Ecuatorial.

En su visita fue acompañado por el arzobispo de la archidiócesis, monseñor Rafael María Nze Abuy.

En Luba, fueron recibidos por los fieles de dicha villa, donde monseñor Squiaciarini ofició una misa a la que asistieron el gobernador de la provincia de Bioco sur y otras autoridades locales. □

Argentina, a la hora de la verdad

DANIEL MOYAÑO

A la situación política producida en Argentina tras el no esperado y aplastante triunfo del radicalismo, que implica el comienzo de la muerte del viejo mito del peronismo, hay que verla como el final feliz de una larga y penosa adolescencia. Ese joven país, nacido como tal en 1810, cuenta en la actualidad apenas 173 años de existencia y se parece bastante al joven que por fin acepta, más o menos traumáticamente, abandonar la adolescencia y afrontar la vida como un ser maduro, sepultando para siempre sus caprichos y una ya innecesaria mitología juvenil, que pasará a convertirse en un conjunto de recuerdos más o menos nostálgicos, más o menos dolorosos.

En los momentos más duros de la agonizante dictadura militar (represión, desaparecidos, quiebra económica, guerra de las Malvinas), se dijo, con razón, que el país estaba al borde del diván del psicoanalista. Pero la conciencia social, con síntomas gravísimos de delirios colectivos, estaba enferma desde mucho antes, o inmadura, si seguimos con el ejemplo de la adolescencia que por fin termina, y recordemos de paso que adolescente significa padecer.

En un país donde el pluralismo ideológico, o el simple hecho de disintir, fue siempre mal visto por la sociedad en su conjunto, la proclividad hacia el líder carismático y providencial encontró un excelente caldo de cultivo. Nuestro imberbe adolescente era huérfano y andaba, sin saberlo, en busca de un padre providencial que le protegiera. Estos sentimientos paternalistas llevan a la civilidad argentina, desde el obrero hasta el oligarca, a salir a la calle en 1930 para aplaudir al primer torturador y militar golpista, José F. Uriburú, y repudiar al derrocado civil Hipólito Yrigoyen, primer presidente surgido de elecciones verdaderamente democráticas. Esa misma civilidad es la que llama a las puertas de los cuarteles pidiendo a los militares el derrocamiento de los presidentes democráticos surgidos tras la caída de Perón en el golpe de Estado de 1955, que es lo que los militares están espe-

rando para justificarse e imponer su proyecto de país dependiente. La misma multitud inmadura que durante la guerra de las Malvinas apoya masivamente al dictador Galtieri, olvidando que apenas dos días antes había sido ferozmente reprimida por dicho dictador, y que un triunfo eventual en esa desdichada guerra había significado la perpetuación de la Junta Militar en el poder.

El sociólogo Juan José Sebreli sostenía desalentado, poco antes de las elecciones que dieron el triunfo al radicalismo, que «esta sociedad es esencialmente antidemocrática, autoritaria, violenta, represiva, prejuiciosa, irracional; en una palabra, fascista», y recordando que la Confederación General del Trabajo (CGT), desestabilizadora de gobiernos civiles, jamás convocó una huelga general para oponerse a un golpe de Estado inminente, agrega que «podría inferirse que la clase obrera argentina, que por supuesto no es revolucionaria, ni reformista, ni siquiera es tampoco democrática». Para Sebreli, los delirios colectivos que han puesto a la sociedad ante el psicoanalista son el peronismo, el terrorismo, el fútbol y la guerra.

Sus amargas (pero certeras) reflexiones posiblemente estaban condicionadas por el convencimiento general de un nuevo triunfo peronista en las elecciones del 30 de octubre y el consiguiente involucionismo, el retorno a los viejos mitos de adolescencia. Pero los resultados demostraron que seis millones de votantes, sobre una masa electoral de diez millones, resolvieron romper con un pasado irracional, tremendamente doloroso, optaron por la salud y produjeron un hecho vital para el futuro: el cambio de la conciencia social. Un cambio que pone fin a la crisis moral, que según vienen afirmando los radicales desde 1960, es el único problema realmente grave que padecen los argentinos.

La ruptura con el pasado significará posiblemente una nueva crisis, pero ésta ya no será moral, no patológica, no será una consecuencia de aquella adolescencia que el país acaba de abandonar, sino la de una nación que por fin entra en la madurez, en la civilización, y afronta, con confianza en sí misma, un futuro seguramente durísimo y difícil. □

Argentina a la hora de la verdad (y 2)

Por Daniel MOYANO

Si la derrota sufrida por el peronismo significa madurez política, nueva conciencia social y enterramiento de los viejos mitos, la sociedad argentina no debe olvidar los terribles errores de su pasado reciente y ser muy consciente de ellos para que no vuelvan a suceder.

Por ejemplo el apoyo de los dirigentes sindicales (peronistas) a dictaduras militares como la de Onganía, sólo por oponerse a cualquier gobierno democrático que no fuese peronista, como el del ex-presidente Arturo Illia. O los sucesos de junio de 1973 en un aeropuerto de Buenos Aires, con motivo del regreso de Perón al país, donde la ultraderecha del partido del viejo líder, llamada peronismo ortodoxo, asesinó masivamente a centenares de peronistas que, siguiendo una falsa muela del conductor que regresaba del exilio español, creían toda vía en la existencia de un peronismo revolucionario o es muy posible, y muy reciente, pacto sindical - militar denunciado por el electo presidente Raul Alfonsín, pensado para que quedaran libres de la acción de la justicia los responsables de la matanza indiscriminada de 30.000 argentinos sin nombre llamados desaparecidos.

El peronismo surge de un contexto castrense, el golpe militar de los generales Rawson y Ramírez en junio de 1943. En entonces coronel Perón, a cargo de la secretaría de Trabajo, encabeza el movimiento que lo llevaría al poder en 1946. Enarbolando antiguas banderas radicales de reivindicación social que el pueblo reclamaba (en buena medida se cumplieron durante la primera presidencia de Perón, pero no a fondo), el peronismo anuló o postergó corrientes democráticas que no supieron o no pudieron adecuarse a las necesidades de modernización del país, que podrían haber madurado para que hoy Argentina no tuviera que enfrentarse a un bipartidismo que no es precisamente la mejor para una democracia.

Porque ese país no tiene ni una izquierda ni una derecha (civil y civilizada) que representen nada. El partido Justicialista fundado por Perón es un movimiento policlasista sin ideología clara, y el Partido Radical triunfante una especie de centro apoyado en la pequeña y mediana burguesía (hoy pauperizada), sin raíces significativas en la clase obrera.

Dentro de este esquema, el radicalismo, mediante la democratización de los gremios, acaso logre recuperar el apoyo popular que tuvo en sus gobiernos anteriores a 1930, siempre que en el período de gobierno que iniciará

dentro de pocos días tenga la sensibilidad social que se adjudica a la corriente partidaria renovación y cambio liderada por Alfonsín. El peronismo, por su parte, para poder recuperar la credibilidad del país que ahora no lo votó, deberá modernizarse, desterrar la ideología representada por dirigentes como el esperpéntico Herminio Iglesias, y reconocer los tremendos errores cometidos, su soberbia antidemocrática y su burocracia sindical.

Para que la naciente democracia pueda desarrollarse dentro de un pluralismo necesario, la derecha, fragmentada y obsoleta, tendrá que reorganizarse para que sea ella misma y no los militares quien juegue su papel. Y los socialistas, ¿podrán reunir en un sólo haz la veintena de fracciones en que se dividen? En cuanto al partido comunista, históricamente siempre equivocado (en 1946 debieron votar por el justicialismo y optaron por la derechista Unión Democrática, y en 1983, debiendo votar por la democracia lo hicieron por Herminio Iglesias), es hora de que se pongan a reflexionar seriamente sobre el rol que deben jugar en la democracia. En Argentina existe una regla de oro para no equivocarse ante una disyuntiva política: hacer exactamente lo contrario de lo que hace el Partido Comunista. De allí su escasa gravitación en la política del país.

El radicalismo triunfante, el peronismo derrotado y en general el conjunto de la sociedad de un país que parece dejar su adolescencia para entrar en la madurez, con sus 173 jóvenes años de vida institucional, tienen la responsabilidad no sólo de llevar la nación hacia la modernidad e insertarla por fin en occidente, con identidad nacional y superando la dependencia crónica que sufre desde sus orígenes, sino la de ser el espejo limpio donde puedan mirarse los demás países del Cono Sur que soportan todavía aberrantes dictaduras militares sometidas al imperialismo.

La madurez que acaba de demostrar Argentina es ya visible en las manifestaciones populares de resistencia a la dictadura en países como Uruguay y Chile; Brasil evoluciona y hay signos de que en Paraguay el tiempo y el silencio condenatorio de la ciudadanía terminarán aislando y eliminando al dictador Stroessner. Sólo cuando el Cono Sur esté libre de tiranos la naciente democracia argentina tendrá una vía libre hacia el futuro.

Argentina, en la hora de la verdad (I)

A la situación política producida en Argentina tras el no esperado y aplastante triunfo del radicalismo, que implica el comienzo de la muerte del viejo mito del peronismo, hay que verla como el final feliz de una larga y penosa adolescencia. Ese joven país, nacido como tal en 1810, cuenta en la acut actualidad apenas 173 años de existencia y se parece bastante al joven que por fin acepta, más o menos traumáticamente, abandonar la adolescencia y afrontar la vida como un ser maduro, sepultando para siempre sus caprichos y una ya innecesaria mitología juvenil, que pasará a convertirse en un conjunto de recuerdos más o menos nostálgicos, más o menos dolorosos.

En los momentos más duros de la agonizante dictadura militar (represión, desaparecidos, quiebra económica, guerra de Las Malvinas), se dijo, con razón, que el país estaba al borde del diván del psicoanalista. Pero la conciencia social, con síntomas gravísimos de delirios colectivos, estaba enferma desde mucho antes, o inmadura, si seguimos con el ejemplo de la adolescencia que por fin termina, y recordemos de paso que adolecer significa padecer.

En un país donde el pluralismo ideológico, o el simple hecho de disentir, fue siempre mal visto por la sociedad en su conjunto, la proclividad hacia el líder carismático y providencial encontró un excelente caldo de cultivo. Nuestro imberbe adolescente era huérfano y andaba, sin saberlo, en busca de un padre providencial que le protegiera. Estos sentimientos paternalistas llevan a la civilidad argentina, desde el obrero hasta la oligarca, a salir a la calle en 1930 para aplaudir al primer torturador y militar golpista, José F. Uriburu, y repudiar al derrocado civil Hipólito Yrigoyen, primer presidente surgido de elecciones verdaderamente democráticas. Esa misma civilidad es la que llama a las puertas

de los cuarteles pidiendo a los militares el derrocamiento de los presidentes democráticos surgidos tras la caída de Perón en el golpe de Estado de 1955, que es lo que los militares están esperando para justificarse e imponer su proyecto de país dependiente. La misma multitud inmadura que durante la guerra de las Malvinas apoya masivamente al dictador Galtieri, olvidando que apenas dos días antes había sido ferozmente reprimida por dicho dictador, y que un triunfo eventual en esa desdichada guerra habría significado la perpetuidad de la junta militar en el poder.

El sociólogo Juan José Sebreli sostenía desalentado, poco antes de las elecciones que dieron el triunfo al radicalismo, que esta sociedad es esencialmente antidemocrática, autoritaria, violencia, represiva, perjudicia, irracional; en una palabra, fascista. Y recordando que la confederación general del Trabajo (CGT), desestabilizadora de gobiernos civiles, jamás convocó una huelga general para oponerse a un golpe de estado inminente, agrega que podría inferirse que la clase obrera argentina, que por supuesto no es revolucionaria, ni reformista, ni siquiera es tampoco democrática. Para Sobreli, los delirios colectivos que han puesto a la sociedad ante el psi-

coanalista son el peronismo, el terrorismo, el fútbol y la guerra.

Sus amargas (pero certeras) reflexiones posiblemente estaban condicionadas por el convencimiento general de un nuevo triunfo peronista en las elecciones del 30 de octubre y el consiguiente involucionismo, el retorno a los viejos mitos de adolescencia. Pero los resultados demostraron que 6 millones de votantes, sobre una masa electoral de 10 millones, resolvieron romper con un pasado irracional, tremendamente doloroso, optaron por la salud y produjeron un hecho vital para el futuro: el cambio de la conciencia social. Un cambio que pone fin a la crisis moral, que según vienen afirmando los radicales desde 1960, es el único problema realmente grave que padecen los argentinos.

La ruptura con el pasado significará posiblemente una nueva crisis, pero ésta ya no será moral, ni patológica, no será una consecuencia de aquella adolescencia que el país acaba de abandonar, sino la de una nación que por fin entra en la madurez, en la civilización y afronta, con confianza en sí misma, un futuro seguramente durísimo y -difícil.

Por Daniel Moyano.
(Escritor)

**AQUI-AHORA-SIEMPRE
MULTIPLIQUE LA VOZ
DE SU PUBLICIDAD
El telegrama de Melilla**

18-11-83

(Mallorca)

BALEARES

Domingo, 20 noviembre 1983

Internacional

Argentina a la hora de la verdad

Daniel Moyano

Si la derrota sufrida por el peronismo significa madurez política, nueva conciencia social y enterramiento de los viejos mitos, la sociedad argentina no debe olvidar los terribles errores de su pasado reciente y ser muy consciente de ellos para que no vuelvan a suceder.

Por ejemplo, el apoyo de los dirigentes sindicales (peronistas) a dictaduras militares como la de Onganía, sólo por oponerse a cualquier gobierno democrático que no fuese peronista, como el del ex-presidente Arturo Illia. O los sucesos de junio de 1973 en un aeropuerto de Buenos Aires, con motivo del regreso de Perón al país, donde la ultraderecha del partido del viejo líder, llamada peronismo ortodoxo, asesinó masivamente a centenares de peronistas que, siguiendo una falsa muesa del conductor que regresaba del exilio español, creían todavía en la existencia de un peronismo revolucionario o el muy posible, y muy reciente, pacto sindical-militar denunciado por el electo presidente Raul Alfonsín, pensado para que quedaran libres de la acción de la justicia los responsables de la matanza indiscriminada de 30.000 argentinos sin nombre llamados desaparecidos.

El peronismo surge de un contexto castrense, el golpe militar de los generales Rawson y Ramírez en junio de 1945 el entonces coronel Perón, a cargo de la Secretaría de Trabajo, encabeza el movimiento que lo llevaría al poder en 1946. Enarbolando antiguas banderas radicales de reivindicación social que el pueblo reclamaba (en buena medida se cumplieron durante la primera presidencia de Perón, pero no a fondo), el peronismo anuló o postergó corrientes democráticas que no supieron o pudieron adecuarse a las necesidades de modernización del país, que podrían haber madurado para que hoy Argentina no tuviera que enfrentarse a un bipartidismo que no es precisamente lo mejor para una democracia.

Porque ese país no tiene ni una izquierda ni una derecha (civil y civilizada) que representen nada. El partido justicialista fundado por Perón es un movimiento policlasista sin ideología clara, y el Partido Radical triunfante una especie de centro apoyado en la peque-

ña y mediana burguesía (hoy pauperizada), sin raíces significativas en la clase obrera.

Dentro de este esquema, el radicalismo, mediante la democratización de los gremios, acaso logre recuperar el apoyo popular que tuvo en sus gobiernos anteriores a 1930, siempre que en el período de gobierno que iniciará dentro de pocos días tenga la sensibilidad social que se adjudica a la corriente partidaria renovación y cambio liderada por Alfonsín. El peronismo, por su parte, para poder recuperar la credibilidad del país que ahora no lo votó, deberá modernizarse, desterrar la ideología representada por dirigentes como el esparpéntico Herminio Iglesias, y reconocer los tremendos errores cometidos, su soberbia antidemocrática y su burocracia sindical.

Para que la paciente democracia pueda desarrollarse dentro de un pluralismo necesario, la derecha, fragmentada y obsoleta, tendrá que reorganizarse para que sea ella misma y no los militares quien juegue su papel. Y los socialistas, ¿podrán reunir en un solo haz la veintena de fracciones en que se dividen? En cuanto al Partido Comunista, históricamente siempre equivocado (en 1946 debieron votar por el justicialismo y optaron por la derechista Unión Democrática, y en 1983, debiendo votar por la democracia lo hicieron por Herminio Iglesias), es hora de que se pongan a reflexionar seriamente sobre el papel que deben jugar en la democracia. En Argentina existe una regla de oro para no equivocarse ante una disyuntiva política: hacer exactamente lo contrario de lo que hace el Partido Comunista. De allí su escasa gravitación en la política del país.

El radicalismo triunfante, el peronismo derrotado y en general el conjunto de la sociedad de un país que parece dejar su adolescencia para entrar en la madurez, con sus 173 jóvenes años de vida institucional, tienen la responsabilidad no sólo de llevar la nación hacia la modernidad e insertarla por fin en occidente, con identidad nacional y superando la dependencia crónica que sufre desde sus orígenes, sino la de ser el espejo límpido donde puedan mirarse los demás países del Cono Sur que soportan todavía aberrantes dictaduras militares sometidas al imperialismo.

Argentina a la hora

de la verdad (y 2)

Por Daniel MOYANO

Si la derrota sufrida por el peronismo significa madurez política, nueva conciencia social y enterramiento de los viejos mitos, la sociedad argentina no debe olvidarlos terribles errores de su pasado reciente y ser muy consciente de ellos para que no vuelvan a suceder.

Por ejemplo el apoyo de los dirigentes sindicados (peronistas) a dictaduras militares como la de Onganía, sólo por oponerse a cualquier gobierno democrático que no fuese peronista, como el del ex-presidente Arturo Illia. O los sucesos de junio de 1973 en un aeropuerto de Buenos Aires, con motivo del regreso de Perón al país, donde la ultraderecha del partido del viejo líder, llamada peronismo ortodoxo, asesinó masivamente a centenares de peronistas que, siguiendo una falsa muesa del conductor que regresaba del exilio español, creían toda vía en la existencia de un peronismo revolucionario o en muy posible, y muy reciente, pacto sindical - militar denunciado por el electo presidente Raul Alfonsín, pensado para que quedarán libres de la acción de la justicia los responsables de la matanza indiscriminada de 30.000 argentinos sin nombre llamados desaparecidos.

El peronismo surge de un contexto castrense, el golpe militar de los generales Rawson y Ramírez en junio de 1943. En entonces coronel Perón, a cargo de la secretaría de Trabajo, encabeza el movimiento que lo llevaría al poder en 1946. Enarbolando antiguas banderas radicales de reivindicación social que el pueblo reclamaba (en buena medida se cumplieron durante la primera presidencia de Perón, pero no a fondo), el peronismo anuló o postergó corrientes democráticas que no supieron o no pudieron adecuarse a las necesidades de modernización del país, que podrían haber madurado para que hoy Argentina no tuviera que enfrentarse a un bipartidismo que no es precisamente lo mejor para una democracia.

Porque ese país no tiene ni una izquierda ni una derecha (civil y civilizada) que representen nada. El partido Justicialista fundado por Perón es un movimiento populista sin ideología clara, y el Partido Radical triunfante una especie de centro apoyado en la pequeña y mediana burguesía (hoy pauperizada), sin raíces significativas en la clase obrera.

Dentro de este esquema, el radicalismo, mediante la democratización de los gremios, acaso logre recuperar el apoyo popular que tuvo en sus gobiernos anteriores a 1930, siempre que en el período de gobierno que iniciará

dentro de pocos días tenga la sensibilidad social que se adjudica a la corriente partidaria renovación y cambio liderada por Alfonsín. El peronismo, por su parte, para poder recuperar la credibilidad del país que ahora no lo votó, deberá modernizarse, desterrar la ideología representada por dirigentes como el esperpéntico Herminio Iglesias, y reconocer los tremendos errores cometidos, su soberbia antidemocrática y su burocracia sindical.

Para que la naciente democracia pueda desarrollarse dentro de un pluralismo necesario, la derecha, fragmentada y obsoleta, tendrá que reorganizarse para que sea ella misma y no los militares quien juegue su papel. Y los socialistas, ¿podrán reunir en un sólo haz la veintena de fracciones en que se dividen? En cuanto al partido comunista, históricamente siempre equivocado (en 1946 debieron votar por el justicialismo y optaron por la derechista Unión Democrática, y en 1983, debiendo votar por la democracia lo hicieron por Herminio Iglesias), es hora de que se pongan a reflexionar seriamente sobre el rol que deben jugar en la democracia. En Argentina existe una regla de oro para no equivocarse ante una disyuntiva política: hacer exactamente lo contrario de lo que hace el Partido Comunista. De allí su escasa gravitación en la política del país.

El radicalismo triunfante, el peronismo derrotado y en general el conjunto de la sociedad de un país que parece dejar su adolescencia para entrar en la madurez, con sus 173 jóvenes años de vida institucional, tienen la responsabilidad no sólo de llevar la nación hacia la modernidad e insertarla por fin en occidente, con identidad nacional y superando la dependencia crónica que sufre desde sus orígenes, sino la de ser el espejo limpio donde puedan mirarse los demás países del Cono Sur que soportan todavía aberrantes dictaduras militares sometidas al imperialismo.

La madurez que acaba de demostrar Argentina es ya visible en las manifestaciones populares de resistencia a la dictadura en países como Uruguay y Chile; Brasil evoluciona y hay signos de que en Paraguay el tiempo y el silencio condenatorio de la ciudadanía terminarán aislando y eliminando al dictador Stroessner. Sólo cuando el Cono Sur esté libre de tiranos la naciente democracia argentina tendrá una vía libre hacia el futuro.

-Jaen:- 22-11-83

ARGENTINA, FINAL DEL EXILIO (1)

Por Daniel MOYANO

(ESCRITOR)

La historia del exilio argentino, que con el advenimiento de la democracia en aquel país empieza a terminarse, puede resumirse así: tras producirse en 1976 el golpe de Estado del general Videla y la feroz represión que le siguió, abandonan el país dos millones y medio de personas, principalmente intelectuales y políticos. Los primeros prefieren España, donde recalán pintores, músicos, escritores, actores, docentes y hasta titiriteros, mientras el exilio de carácter político militante se refugia en Suecia, Holanda, Francia y México. Hay también un exilio puramente económico, distribuido en todos esos países.

Durante estos ocho años de exilio hubo en España dos tipos de exiliados: lo que, acaso temerosos de perder su identidad, se negaron a integrarse y procuraron, por una vía u otra, formar ghettos más o menos cerrados (generalmente los más maduros), y los que intentaron integrarse para olvidarse poco a poco del país que los trató tan mal (sobre todo los jóvenes). Y hay una tercera clase, muy numerosa: los que llegaron niños y hoy son jóvenes que se consideran españoles y hablan con el deje peninsular.

El volver o el quedarse, aparte la nostalgia, está fuertemente condicionado por el aspecto económico del problema. Muchos de ellos, profesionales que pudieron integrarse, no desean abandonar su seguridad en España ante las inciertas posibilidades económicas de allí. Otros, los intelectuales rasos, que no lograron la codiciada integración y subsisten malamente, regresarán an-

te cualquier propuesta de trabajo en su país de origen. Algunos ya lo han hecho (por ejemplo el pintor Carlos Alonso y los escritores Horacio Salas y Héctor Tizón), y otros preparan sus maletas, como los pintores Pedro Pont Verges y Ricardo Carpani, algunos de los cuales, prácticamente desconocidos aquí, pasarán a ocupar importantes cargos directivos en el área cultural argentina.

Entre los que regresan, son mayoría los que tuvieron militancia política antes de 1976 y ahora desean reanudarla. Una buena parte de los que llamamos intelectuales rasos (pintores, escritores, compositores, etc.), prefiere quedarse considerando que su obligación no es la política sino hacer la obra, y que tanto da llevarla a cabo aquí como allá. Queda una masa flotante, que podríamos llamar entre intelectual y económica, aquella cuya presencia es familiar en el rastro madrileño y en las Ramblas de Barcelona, cantantes folklóricos, titiriteros, artesanos, que posiblemente inclinen el fiel de la balanza hacia donde se den mejores condiciones económicas siempre que lo permita la nostalgia.

La cultura argentina ha sido fracturada, a tal punto que se habla de un exilio externo y de otro interno (los que no pudieron salir), y el país necesita que las partes se reunifiquen. Un ministro de Alfonsín declaraba recientemente a un periodista español que Argentina necesita que España facilite el regreso de sus intelectuales, que de

alguna manera lo estimule. Esto significa que son personas necesarias allá, e implicaría una especie de obligación moral de volver.

Pero no será fácil. El exilio supuso, y supone, toda una peripecia psicológica a contar en años. No se formó de un día para otro, tuvo un nacimiento y un penoso desarrollo. El desexilio concomitante tampoco puede suceder en pocos días. Si el primero tuvo un origen muy duro y se fue atenuando con el paso del tiempo, el desexilio es inverso, sus inicios son dulces pero se endurecerá más adelante; será un nuevo desgarrar, y a la hora de las comparaciones pueden producirse muchos desencantos. Significa prepararse psicológicamente para volver a un país que no es el mismo que se dejó, del cual los exiliados han perdido casi una década de historia. Sufrirán una desorientación parecida a la que tuvieron cuando llegaron a España, de la que ignoraban casi todo. Y el diálogo con los que se quedaron será difícil, no necesariamente cordial.

Por otro lado están los amores, los afectos. En casi diez años se echan raíces y habrá nostalgias de España, seguro que las habrá, y algunos temen que a los dos o tres meses de estar allá sientan que añoran o necesitan aquel rasgo español que Borges llamó «amistad caudalosa», la noche madrileña o el paisaje andaluz, o la nostalgia de haber vivido el nacimiento de una democracia desde la transición hasta su afianzamiento, todo lo cual todavía está por verse en el país del Plata.

ARGENTINA, FINAL DEL EXILIO (y 2)

Por Daniel MOYANO

(ESCRITOR)

Iniciado el desexilio, y contando con que un 50 por ciento volverá más o menos pronto y el resto se quedará en España o se lo pensará más tiempo, según sea afectiva o no la recuperación de la democracia en Argentina, conviene hacer un balance de la situación, a ver cuáles fueron los resultados para ambos países.

Para los argentinos, creo que lo más positivo ha sido la práctica de la democracia, que en última instancia se expresa sobre todo en la vida cotidiana y constituye un aprendizaje. Este exilio ha tenido la oportunidad de vivirla (y de aprenderla) desde la transición a su estabilización, pasando por la pesadilla del 23 F. El pueblo español demostró en estos años tener la madurez que en 1969 era negada por un ministro de Información y Turismo ante un grupo de periodistas latinoamericanos, diciendo que los españoles no estábamos preparados para la libertad. Pues estaban preparadísimos, como lo han demostrado los hechos. Ojalá sepan aprender esta práctica de libertad y democracia los nuevos exiliados que vendrán, que están llegando silenciosamente. Son aquellos que tienen mucho que perder con la llegada de la democracia a aquel país del cono Sur, que desde el triunfo de Alfonsín salen por vía aérea del país, alrededor de 150 por día.

la mayoría a Miami (EE.UU.), otros con destino a Chile y Uruguay (¿por cuánto tiempo?), y una cantidad sin determinar a España y Suiza.

El conocimiento mutuo de ambos pueblos que han posibilitado el exilio, ha ido mucho más allá de los buenos propósitos que se expresan en los discursos del 12 de octubre y de la política oficial de relaciones culturales. Ha sido directo, de persona a persona, en lenguaje, en costumbres, en alimentación, en relaciones afectivas. A muchos argentinos se les ha pegado el salvable tú, y en general ambos modos de hablar se han enriquecido. España ha recuperado de algún modo palabras suyas que había olvidado y que allá son de uso cotidiano, y los argentinos han tenido acceso, mediante el aprendizaje de diferentes modos expresivos, a ciertas áreas de la comunicación para ellos desconocidas. Los que vuelven tendrán una visión distinta del millón y medio de españoles que hay en Argentina, sabrán distinguir, por el habla, a un gallego de un extremeño, ya se sabe que para los argentinos todos los españoles son gallegos, incluidos los vascos. En el aspecto concreto de la cultura, los que regresan lo hacen con un buen conocimiento de la pintura, la música y la literatura, y sobre todo de las personas, de la España actual.

Lo importante de este exilio es que ha fortalecido efectivamente los vínculos entre ambos pueblos. Con esta carga positiva, el exilio tiene su justificación.

Pero acaso sólo para los adultos. Porque el problema más difícil está en los jóvenes, en los que se hicieron jóvenes en España, que buscaron aquí un mundo congruente para poder ser jóvenes, con esperanzas de futuro, al sentir que el país al que pertenecían fracasó. Porque fueron los jóvenes, en aquellos años demenciales de Argentina, las víctimas principales de la represión, de la guerra de las Malvinas, del exilio. Llegaron casi niños y en una década alcanzaron la madurez que da la desdicha, habían como adultos y miran el mundo casi como desengañados. Porque tuvieron que saltar algo tan importante de la vida como es la juventud.

Algunos de esos jóvenes regresarán, atraídos por lejanas raíces que no pueden desterrar, ante una promesa histórica o para recuperar una identidad no del todo perdida. Otros se quedarán, hibridándose hasta el olvido, buscando aquí la juventud que perdieron en un país que sienten lejano, que reconocen como el lugar de nacimiento pero que recordarán con una sonrisa nostálgica, como a la novia que no pudo ser.

Son los que empiezan a extra-

ñarse cuando oyen a sus padres usar palabras como che y macanudo, que han perdido la tris-teza con la que llegaron y a quienes interesa más la entrada de España en la CEE o la permanencia en la OTAN que la búsqueda de una democracia en el país de sus progenitores. Apagados, generalmente por vía amorosa, más al país del compañero, o la compañera, que les brin-

do, bien o mal, un lugar para ser jóvenes, que al país que les arrebató la juventud.

Son los que también harán que muchos hombres maduros que han empezado a envejecer aquí y preferirían morir en la tierra que los vio nacer, tengan que quedarse definitivamente en la tierra que sus hijos eligieron como propia.

ARGENTINA, FINAL DEL EXILIO (1)

La historia del exilio argentino, que con el advenimiento de la democracia en aquel país empieza a terminarse, puede resumirse así: tras producirse en 1976 el golpe de Estado del general Videla y la feroz represión que le siguió, abandonan el país dos millones y medio de personas, principalmente intelectuales y políticos. Los primeros prefieren España, donde recalán pintores, músicos, escritores, actores, docentes y hasta titiriteros, mientras el exilio de carácter político militante se refugia en Suecia, Holanda, Francia y México. Hay también un exilio puramente económico, distribuido en todos esos países.

Durante estos ocho años de exilio hubo en España dos tipos de exiliados: lo que, acaso temerosos de perder su identidad, se negaron a integrarse y procuraron, por una vía u otra, formar guetos más o menos cerrados (generalmente los más maduros), y los que intentaron integrarse para olvidarse poco a poco del país que los trató tan mal (sobre todos los jóvenes). Y hay una tercera clase, muy numerosa: los que llegaron niños y hoy son jóvenes que se consideran españoles y hablan con el deje peninsular.

El volver o el quedarse, aparte la nostalgia, está fuertemente condicionado por el aspecto económico del problema. Muchos de ellos, profesionales que pudieron integrarse, no desean abandonar su seguridad en España ante las inciertas posibilidades económicas de allá. Otros, los intelectuales rasos, que no lograron la codiciada integración y subsisten malamente, regresarán ante cualquier propuesta de trabajo en su país de origen. Algunos ya lo han hecho (por ejemplo el pintor Carlos Alonso y los escritores Horacio Salas y Héctor Tizón), y otros preparan sus maletas, como los pintores Pedro Pont Vergés y Ricardo Carpani, algunos de los cuales, prácticamente desconocidos aquí, pasarán a ocupar importantes cargos directivos en el área cultural argentina.

Entre los que regresan, son mayoría los que tuvieron militancia política antes de 1976 y ahora desean reanudarla. Una buena parte de los que llamamos intelectuales rasos (pintores, escritores, compositores, etcétera) prefiere quedarse considerando que su obligación no es la política sino hacer la obra, y que tanto da llevarla a cabo aquí como allá. Queda una masa flotante,

que podríamos llamar entre intelectual y económica, aquella cuya presencia es familiar en el Rastro madrileño y en Las Ramblas de Barcelona, cantantes folklóricos, titiriteros, artesanos, que posiblemente inclinen el fiel de la balanza hacia donde se den mejores condiciones económicas siempre que lo permita la nostalgia.

La cultura argentina ha sido fracturada, a tal punto que se habla de un exilio externo y de otro interno (los que no pudieron salir), y el país necesita que las partes se reunifiquen. Un ministro de Alfonsín declaraba recientemente a un periodista español que Argentina necesita que España facilite el regreso de sus intelectuales, que de alguna manera lo estimule. Esto significa que son personas necesarias allá, e implicaría una especie de obligación moral de volver.

Pero no será fácil. El exilio supuso, y supone, toda una perpleja psicológica a contar en años. No se formó de un día para otro, tuvo un nacimiento y un penoso desarrollo. El desexilio concomitante tampoco puede suceder en pocos días. Si el primero tuvo un origen muy duro y se fue atenuando con el paso del tiempo, el desexilio es inverso, sus inicios son dulces pero se endurecerá más adelante; será un nuevo desgarró, y a la hora de las comparaciones pueden producirse muchos desencantos. Significa prepararse psicológicamente para volver a un país que no es el mismo que se dejó, del cual los exiliados han perdido casi una década de historia. Sufrirán una desorientación parecida a la que tuvieron cuando llegaron a España, de la que ignoraban casi todo. Y el diálogo con los que se quedaron será difícil, no necesariamente cordial.

Por otro lado están los amores, los afectos. En casi diez años se echan raíces y habrá nostalgias de España, seguro que las habrá, y algunos temen que a los dos o tres meses de estar allá sientan que añoran o necesitan aquel rasgo español que Borges llamó «amistad caudalosa», la noche madrileña o el paisaje andaluz, o la nostalgia de haber vivido el nacimiento de una democracia desde la transición hasta su afianzamiento, todo lo cual todavía está por verse en el país del Plata.

Daniel MOYANO (Escritor)

- Córdoba -

14-XII-83

ARGENTINA FINAL DEL EXILIO (y 2)

Iniciado el desexilio, y contando con que un 50 por 100 volverá más o menos pronto y el resto se quedará en España o se lo pensará más tiempo, según sea efectiva o no la recuperación de la democracia en Argentina, conviene hacer un balance de la situación, a ver cuáles fueron los resultados para ambos países.

Para los argentinos, creo que lo más positivo ha sido la práctica de la democracia, que en última instancia se expresa sobre todo en la vida cotidiana y constituye un aprendizaje. Este exilio ha tenido la oportunidad de vivirla (y de aprenderla) desde la transición a su estabilización, pasando por la pesadilla del 23-F, el pueblo español demostró en esos años tener la madurez que en 1969 era negada por un ministro de Información y Turismo ante un grupo de periodistas latinoamericanos diciendo que los españoles no estábamos preparados para la libertad. Pues estaban preparadísimos, como lo han demostrado los hechos. Ojalá sepan aprender esta práctica de libertad y democracia los nuevos exiliados que vengan, que están llegando silenciosamente. Son aquellos que tienen mucho que perder con la llegada de la democracia a aquel país del Cono Sur, que desde el triunfo de Alfonsín salen por vía aérea del país, alrededor de 150 por día, la mayoría a Miami (EE. UU.), otros con destino a Chile y Uruguay (¿por cuánto tiempo?), y una cantidad sin determinar a España y Suiza.

El conocimiento mutuo de ambos pueblos que han posibilitado el exilio ha ido mucho más allá de los buenos propósitos que se expresan en los discursos del 12 de octubre y de la política oficial de relaciones culturales. Ha sido directo, de persona a persona, en lenguaje, en costumbres, en alimentación, en relaciones afectivas. A muchos argentinos se les ha pegado el saludable tú, y en general ambos modos de hablar se han enriquecido. España ha recuperado de algún modo palabras suyas que había olvidado y que allí son de uso cotidiano, y los argentinos han tenido acceso, mediante el aprendizaje de diferentes modos expresivos, a ciertas áreas de la comunicación para ellos desconocidas. Los que vuelven tendrán una visión distinta del millón y medio de españoles que hay en Argentina, sabrán distinguir, por el habla, a un gallego de un extremeño, ya se sabe que para los argentinos todos los españoles

son gallegos, incluidos los vascos. En el aspecto concreto de la cultura, los que regresan lo hacen con un buen conocimiento de la pintura, la música y la literatura, y sobre todo de las personas, de la España actual. Lo importante de este exilio es que ha fortalecido efectivamente los vínculos entre ambos pueblos. Con esta carga positiva, el desexilio tiene su justificación.

Pero acaso sólo para los adultos. Porque el problema más difícil está en los jóvenes, en los que se hicieron jóvenes en España, que buscaron aquí un mundo congruente para poder ser jóvenes, con esperanzas de futuro, al sentir que el país al que pertenecían fracasó. Porque fueron los jóvenes, en aquellos años demenciales de Argentina, las víctimas principales de la represión, de la guerra de las Malvinas, del exilio. Llegaron casi niños y en una década alcanzaron la madurez que da la desdicha, hablan como adultos y miran el mundo casi como desengañados. Porque tuvieron que saltar algo tan importante de la vida como es la juventud.

Algunos de esos jóvenes regresarán, atraídos por lejanas raíces que no pueden desterrar, ante una promesa histórica o para recuperar una identidad no del todo perdida. Otros se quedarán, hibridándose hasta el olvido, buscando aquí la juventud que perdieron en un país que sienten lejano, que reconocen como el lugar de nacimiento pero que recordarán con una sonrisa nostálgica, como a la novia que no pudo ser.

Son los que empiezan a extrañarse cuando oyen a sus padres usar palabras como che y macanudo, que han perdido la tristeza con la que llegaron y a quienes interesa más la entrada de España en la CEE o la permanencia en la OTAN que la búsqueda de una democracia en el país de sus progenitores. Apegados, generalmente por vía amorosa, más al país del compañero, o la compañera, que les brindó, bien o mal, un lugar para ser jóvenes, que al país que les arrebató la juventud.

Son los que también harán que muchos hombres maduros que han empezado a envejecer aquí y que preferirían morir en la tierra que los vio nacer, tengan que quedarse definitivamente en la tierra que sus hijos eligieron como propia.

Daniel MOYANO
(Escritor)

« Córdoba »

15-XII-83

Argentina, final del exilio (1)

Daniel Moyano*

La historia del exilio argentino, que con el advenimiento de la democracia en aquel país empieza a terminarse puede resumirse así: tras producirse en 1976 el golpe de estado del general Videla y la feroz represión que le siguió, abandonan el país dos millones y medio de personas, principalmente intelectuales y políticos. Los primeros prefieren España, donde recalán pintores, músicos, escritores, actores, docentes y hasta titiriteros, mientras el exilio de carácter político militante se refugia en Suecia, Holanda, Francia y México. Hay también un exilio puramente económico, distribuido en todos esos países.

Durante estos ocho años de exilio hubo en España dos tipos de exiliados: los que, acaso temerosos de perder su identidad, se negaron a integrarse y procuraron, por una vía u otra, formar guetos más o menos cerrados generalmente los más maduros), y los que intentaron integrarse para olvidarse poco a poco del país que los trató tan mal sobre todos los jóvenes). Y hay una tercera clase, muy numerosa: los que llegaron niños y hoy son jóvenes que se consideran españoles y hablan con el deje peninsular.

El volver o el quedarse, aparte la nostalgia, está fuertemente condicionado por el aspecto económico del problema. Muchos de ellos, profesionales que pudieron integrarse, no desean abandonar su seguridad en España ante las inciertas posibilidades económicas de allá. Otros, los intelectuales rasos, que no lograron la codiciada integración y subsisten malamente, regresarán ante cualquier propuesta de trabajo en su país de origen. Algunos ya lo han hecho por ejemplo el pintor Carlos Alonso y los escritores Horacio Salas y Héctor Tizón), y otros preparan sus maletas, como los pintores Pedro Pont Verges, y Ricardo Capani, algunos de los cuales, prácticamente desconocidos aquí, pasarán a ocupar importantes cargos directivos en el área cultural argentina.

Entre los que regresan, son mayoría los que tuvieron militancia política antes de 1976 y ahora desean reanudarla. Una buena parte de los que llamamos intelectuales rasos, pintores, escritores, compositores, etc.), prefiere quedarse considerando que su obligación no es la política sino hacer la obra,

y que tanto da llevarla a cabo aquí como allá. Queda una masa flotante, que podríamos llamar entre intelectual y económica, aquella cuya presencia es familiar en el Rastro madrileño y en las Ramblas de Barcelona, cantantes folklóricos, titiriteros, artesanos, que posiblemente inclinen el fiel de la balanza hacia donde se den mejores condiciones económicas siempre que lo permita la nostalgia.

La cultura argentina ha sido fracturada, a tal punto que se habla de un exilio externo y de otro interno (los que no pudieron salir), y el país necesita que las partes se reunifiquen. Un ministro de Alfonsín declaraba recientemente a un periodista español que Argentina necesita que España facilite el regreso de sus intelectuales, que de alguna manera lo estimulè. Esto significa que son personas necesarias allá, e implicaría una especie de obligación moral de volver.

Pero no será fácil. El exilio supuso, y supone, toda una peripecia psicológica a contar en años. No se formó de un día para otro, tuvo un nacimiento y un penoso desarrollo. El desexilio concomitante tampoco puede suceder en pocos días. Si el primero tuvo un origen muy duro y se fue atenuando con el paso del tiempo, el desexilio es inverso, sus inicios son dulces pero se endurecerá más adelante; será un nuevo desgarrar, y a la hora de las compraciones pueden producirse muchos desencantos. Significa prepararse psicológicamente para volver a un país que no es el mismo que se dejó, del cual los exiliados han perdido casi una década de historia. Sufrirán una desorientación parecida a la que tuvieron cuando llegaron a España, de la que ignoraban casi todo. Y el diálogo con los que se quedaron será difícil, no necesariamente cordial.

Por otro lado están los amores, los afectos. En casi diez años se echan raíces y habrá nostalgias de España, seguro que las habrá, y algunos temen que a los dos o tres meses de estar allá sientan que añoran o necesitan aquel rasgo español que Borges llamó «amistad caudalosa», la noche madrileña o el paisaje andaluz, o la nostalgia de haber vivido el nacimiento de una democracia desde la transición hasta su afianzamiento, todo lo cual todavía está por verse en el país del Plata.

*Escritor

Argentina, final del exilio (y II)

Daniel Moyano*

Iniciado el desexilio, y contando con que un 50 por 100 volverá más o menos pronto y el resto se quedará en España o se lo pensará más tiempo, según sea afectiva o no la recuperación de la democracia en Argentina, conviene hacer un balance de la situación, a ver cuáles fueron los resultados para ambos países.

Para los argentinos, creo que lo más positivo ha sido la práctica de la democracia, que en última instancia se expresa sobre todo en la vida cotidiana y constituye un aprendizaje. Este exilio ha tenido la oportunidad de vivirla (y de aprenderla) desde la transición su estabilización, pasando por la pesadilla del 23-F. El pueblo español demostró en estos años tener la madurez que en 1969 era negada por un ministro de información y turismo ante un grupo de periodistas latinoamericanos, diciendo que los españoles no estábamos preparados para la libertad. Pues estaban preparadísimos, como lo han demostrado los hechos. Ojalá sepan aprender esta práctica de libertad y democracia los nuevos exiliados que vendrán, que están llegando silenciosamente. Son aquellos que tienen mucho que perder con la llegada de la democracia a aquel país del cono sur, que desde el triunfo de Alfonsín salen por vía aérea del país, alrededor de 150 por día, la mayoría a Miami (EEUU), otros con destino a Chile y Uruguay (¿Por cuanto tiempo?), y una cantidad sin determinar a España y Suiza.

El conocimiento mutuo de ambos pueblos que han posibilitado el exilio ha ido mucho más allá de los buenos propósitos que se expresan en los discursos del 12 de octubre y de la política oficial de relaciones culturales. Ha sido directo, de per-



sona a persona, en lenguaje, en costumbres, en alimentación, en relaciones afectivas. A muchos argentinos se les ha pegado el saludable tu, y en general ambos modos de hablar se han enriquecido. España ha recuperado de algún modo palabras suyas que había olvidado y que allá son de uso cotidiano, y los argentinos han tenido acceso, mediante el aprendizaje de diferentes modos expresivos, a ciertas áreas de la comunicación para ellos desconocidas. Los que vuelven tendrán una visión distinta del millón y medio de españoles que hay en Argentina, sabrán distinguir, por el habla, a un gallego de un extremeño, ya se sabe que para los argentinos todos los españoles

son gallegos, incluidos los vascos. En el aspecto concreto de la cultura, los que regresan lo hacen con un buen conocimiento de la pintura, la música y la literatura, y sobre todo de las personas, de la España actual. Lo importante de este exilio es que ha fortalecido efectivamente, los vínculos entre ambos pueblos. Con esta carga positiva, el desexilio tiene su justificación.

Pero acaso sólo para los adultos. Porque el problema más difícil está en los jóvenes, en los que se hicieron jóvenes en España, que buscaron aquí un mundo congruente para poder ser jóvenes, con esperanzas de futuro, al sentir que el país al que pertenecían fracasó. Porque fue-

ron los jóvenes, en aquellos años demenciales de Argentina, las víctimas principales de la represión, de la guerra de las Malvinas, del exilio. Llegaron casi niños y en una década alcanzaron la madurez que da la desdicha, hablan como adultos y miran el mundo casi como desengañados. Porque tuvieron que saltar algo tan importante de la vida como es la juventud.

Algunos de esos jóvenes regresarán, atraídos por lejanas raíces que no pueden desterrar, ante una promesa histórica o para recuperar una identidad no del todo perdida. Otros se quedarán, hibridándose hasta el olvido, buscando aquí la juventud que perdieron en un país que sienten lejano, que reconocen como el lugar de nacimiento pero que recordarán con una sonrisa nostálgica, como a la novia que no pudo ser.

Son los que empiezan a extrañarse cuando oyen a sus padres usar palabras como che y macanudo, que han perdido la tristeza con la que llegaron y a quienes interesa más la entrada de España en la CEE o la permanencia en la OTAN que la búsqueda de una democracia en el país de sus progenitores. Apegados, generalmente por vía amorosa, más al país del compañero, o la compañera, que les brindó, bien o mal, un lugar para ser jóvenes, que al país que les arrebató la juventud.

Son los que también harán que muchos hombres maduros que han empezado a envejecer aquí y preferirán morir en la tierra que los vio nacer, tengan que quedarse definitivamente en la tierra que sus hijos eligieron como propia.

*Escritor

Argentina, final del exilio (1)

Daniel Moyano*

La historia del exilio argentino, que con el advenimiento de la democracia en aquel país empieza a terminarse puede resumirse así: tras producirse en 1976 el golpe de estado del general Videla y la feroz represión que le siguió, abandonan el país dos millones y medio de personas, principalmente intelectuales y políticos. Los primeros prefieren España, donde recalán pintores, músicos, escritores, actores, docentes y hasta titiriteros, mientras el exilio de carácter político militante se refugia en Suecia, Holanda, Francia y México. Hay también un exilio puramente económico, distribuido en todos esos países.

Durante estos ocho años de exilio hubo en España dos tipos de exiliados: los que, acaso temerosos de perder su identidad, se negaron a integrarse y procuraron, por una vía u otra, formar guetos más o menos cerrados generalmente los más maduros), y los que intentaron integrarse para olvidarse poco a poco del país que los trató tan mal sobre todos los jóvenes). Y hay una tercera clase, muy numerosa: los que llegaron niños y hoy son jóvenes que se consideran españoles y hablan con el deje peninsular.

El volver o el quedarse, aparte la nostalgia, está fuertemente condicionado por el aspecto económico del problema. Muchos de ellos, profesionales que pudieron integrarse, no desean abandonar su seguridad en España ante las inciertas posibilidades económicas de allá. Otros, los intelectuales rasos, que no lograron la codiciada integración y subsisten malamente, regresarán ante cualquier propuesta de trabajo en su país de origen. Algunos ya lo han hecho por ejemplo el pintor Carlos Alonso y los escritores Horacio Salas y Héctor Tizón), y otros preparan sus maletas, como los pintores Pedro Pont Verges, y Ricardo Capani, algunos de los cuales, prácticamente desconocidos aquí, pasarán a ocupar importantes cargos directivos en el área cultural argentina.

Entre los que regresan, son mayoría los que tuvieron militancia política antes de 1976 y ahora desean reanudarla. Una buena parte de los que llamamos intelectuales rasos, pintores, escritores, compositores, etc.), prefiere quedarse considerando que su obligación no es la política sino hacer la obra,

y que tanto da llevarla a cabo aquí como allá. Queda una masa flotante, que podríamos llamar entre intelectual y económica, aquella cuya presencia es familiar en el Rastro madrileño y en las Ramblas de Barcelona, cantantes folklóricos, titiriteros, artesanos, que posiblemente inclinen el fiel de la balanza hacia donde se den mejores condiciones económicas siempre que lo permita la nostalgia.

La cultura argentina ha sido fracturada, a tal punto que se habla de un exilio externo y de otro interno (los que no pudieron salir), y el país necesita que las partes se reunifiquen. Un ministro de Alfonsín declaraba recientemente a un periodista español que Argentina necesita que España facilite el regreso de sus intelectuales, que de alguna manera lo estimule. Esto significa que son personas necesarias allá, e implicaría una especie de obligación moral de volver.

Pero no será fácil. El exilio supuso, y supone, toda una peripecia psicológica a contar en años. No se formó de un día para otro, tuvo un nacimiento y un penoso desarrollo. El desexilio concomitante tampoco puede suceder en pocos días. Si el primero tuvo un origen muy duro y se fue atenuando con el paso del tiempo, el desexilio es inverso, sus inicios son dulces pero se endurecerá más adelante; será un nuevo desgarró, y a la hora de las compraciones pueden producirse muchos desencantos. Significa prepararse psicológicamente para volver a un país que no es el mismo que se dejó, del cual los exiliados han perdido casi una década de historia. Sufrirán una desorientación parecida a la que tuvieron cuando llegaron a España, de la que ignoraban casi todo. Y el diálogo con los que se quedaron será difícil, no necesariamente cordial.

Por otro lado están los amores, los afectos. En casi diez años se echan raíces y habrá nostalgias de España, seguro que las habrá, y algunos temen que a los dos o tres meses de estar allá sientan que añoran o necesitan aquel rasgo español que Borges llamó «amistad caudalosa», la noche madrileña o el paisaje andaluz, o la nostalgia de haber vivido el nacimiento de una democracia desde la transición hasta su afianzamiento, todo lo cual todavía está por verse en el país del Plata.

*Escritor

Argentina, final del exilio (y II)

Daniel Moyano*

Iniciado el desexilio, y contando con que un 50 por 100 volverá más o menos pronto y el resto se quedará en España o se lo pensará más tiempo, según sea afectiva o no la recuperación de la democracia en Argentina, conviene hacer un balance de la situación, a ver cuáles fueron los resultados para ambos países.

Para los argentinos, creo que lo más positivo ha sido la práctica de la democracia, que en última instancia se expresa sobre todo en la vida cotidiana y constituye un aprendizaje. Este exilio ha tenido la oportunidad de vivirla (y de aprenderla) desde la transición su estabilización, pasando por la pesadilla del 23-F. El pueblo español demostró en estos años tener la madurez que en 1969 era negada por un ministro de información y turismo ante un grupo de periodistas latinoamericanos, diciendo que los españoles no estábamos preparados para la libertad. Pues estaban preparadísimos, como lo han demostrado los hechos. Ojalá sepan aprender esta práctica de libertad y democracia los nuevos exiliados que vendrán, que están llegando silenciosamente. Son aquellos que tienen mucho que perder con la llegada de la democracia a aquel país del cono sur, que desde el triunfo de Alfonsín salen por vía aérea del país, alrededor de 150 por día, la mayoría a Miami (EEUU), otros con destino a Chile y Uruguay (¿Por cuanto tiempo?), y una cantidad sin determinar a España y Suiza.

El conocimiento mutuo de ambos pueblos que han posibilitado el exilio ha ido mucho más allá de los buenos propósitos que se expresan en los discursos del 12 de octubre y de la política oficial de relaciones culturales. Ha sido directo, de per-



sona a persona, en lenguaje, en costumbres, en alimentación, en relaciones afectivas. A muchos argentinos se les ha pegado el saludable tu, y en general ambos modos de hablar se han enriquecido. España ha recuperado de algún modo palabras suyas que había olvidado y que allá son de uso cotidiano, y los argentinos han tenido acceso, mediante el aprendizaje de diferentes modos expresivos, a ciertas áreas de la comunicación para ellos desconocidas. Los que vuelven tendrán una visión distinta del millón y medio de españoles que hay en Argentina, sabrán distinguir, por el habla, a un gallego de un extremeño, ya se sabe que para los argentinos todos los españoles

son gallegos, incluidos los vascos. En el aspecto concreto de la cultura, los que regresan lo hacen con un buen conocimiento de la pintura, la música y la literatura, y sobre todo de las personas, de la España actual. Lo importante de este exilio es que ha fortalecido efectivamente, los vínculos entre ambos pueblos. Con esta carga positiva, el desexilio tiene su justificación.

Pero acaso sólo para los adultos. Porque el problema más difícil está en los jóvenes, en los que se hicieron jóvenes en España, que buscaron aquí un mundo congruente para poder ser jóvenes, con esperanzas de futuro, al sentir que el país al que pertenecían fracasó. Porque fue-

ron los jóvenes, en aquellos años demenciales de Argentina, las víctimas principales de la represión, de la guerra de las Malvinas, del exilio. Llegaron casi niños y en una década alcanzaron la madurez que da la desdicha, hablan como adultos y miran el mundo casi como desengañados. Porque tuvieron que saltar algo tan importante de la vida como es la juventud.

Algunos de esos jóvenes regresarán, atraídos por lejanas raíces que no pueden desterrar, ante una promesa histórica o para recuperar una identidad no del todo perdida. Otros se quedarán, hibridándose hasta el olvido, buscando aquí la juventud que perdieron en un país que sienten lejano, que reconocen como el lugar de nacimiento pero que recordarán con una sonrisa nostálgica, como a la novia que no pudo ser.

Son los que empiezan a extrañarse cuando oyen a sus padres usar palabras como che y macanudo, que han perdido la tristeza con la que llegaron y a quienes interesa más la entrada de España en la CEE o la permanencia en la OTAN que la búsqueda de una democracia en el país de sus progenitores. Apegados, generalmente por vía amorosa, más al país del compañero, o la compañera, que les brindó, bien o mal, un lugar para ser jóvenes, que al país que les arrebató la juventud.

Son los que también harán que muchos hombres maduros que han empezado a envejecer aquí y preferirán morir en la tierra que los vio nacer, tengan que quedarse definitivamente en la tierra que sus hijos eligieron como propia.

*Escritor

Argentina, final del exilio

La historia del exilio argentino, que con el advenimiento de la democracia en aquel país empieza a terminarse, puede resumirse así: Tras producirse en 1976 el golpe de estado del general Videla y la feroz represión que le siguió, abandonan el país dos millones y medio de personas, principalmente intelectuales y políticos. Los primeros prefieren España, donde recalaban pintores, músicos, escritores, actores, docentes y hasta titiriteros, mientras el exilio de carácter político militante se refugia en Suecia, Holanda, Francia y México. Hay también un exilio puramente económico, distribuido en todos esos países.

Durante estos ocho años de exilio hubo en España dos tipos de exiliados: lo que, acaso temerosos de perder su identidad, se negaron a integrarse y procuraron, por una vía u otra, formar gustos más o menos cerrados (generalmente los más maduros), y los que intentaron integrarse para olvidarse poco a poco del país que los trató tan mal (sobre todo los jóvenes). Y hay una tercera clase, muy numerosa: los que llegaron niños y hoy son jóvenes que se consideran españoles y hablan con el deje peninsular.

El volver o el quedarse, aparte la nostalgia, está fuertemente condicionado por el aspecto económico del problema. Muchos de ellos, profesionales que pudieron integrarse, no desean abandonar su seguridad en España ante las inciertas posibilidades económicas de allá. Otros, los intelectuales rasos, que no lograron la codiciada integración y subsisten malamente, regresarán ante cualquier propuesta de trabajo en su país de origen. Algunos ya lo han hecho (por ejemplo el pintor Carlos Alonso y los escritores Horacio Salas y Héctor Tizón), y otros preparan sus maletas, como los pintores Pedro Pont Verges y Ricardo Carpani, algunos de los cuales, prácticamente desconocidos aquí, pasarán a ocupar importantes cargos directivos en el área cultural argentina.

Entre los que regresan, son mayoría los que tuvieron militancia política antes de 1976 y ahora desean reanudarla. Una buena parte de los que llamamos intelectuales rasos (pintores, escritores, compositores, etc.) prefiere quedarse considerando que su obligación no es la política sino hacer la obra, y que tanto da llevarla a cabo aquí como allá. Queda una masa flotante, que podríamos llamar entre intelectual y económica, aquella cuya presencia es familiar en el Rastro madrileño y en las Ramblas de Barcelona, cantantes folklóricos, titiriteros, artesanos, que posiblemente inclinan el fiel de la balanza hacia donde se den mejores condiciones económicas siempre que lo permita la nostalgia.

La cultura argentina ha sido fracturada, a tal punto que se habla de un exilio externo y de otro interno (los que no pudieron salir), y el país necesita que las partes se reunifiquen. Un ministro de Alfonsín declaraba recientemente a un periodista español que Argentina necesita que España facilite el regreso de los intelectuales, que de alguna manera lo estimule. Esto significa que son personas necesarias allá, e implicaría una especie de obligación moral de volver.

Pero no será fácil. El exilio supuso, y supone, toda una peripecia psicológica a contar en años. No se formó de un día para otro, tuvo un nacimiento y un penoso desarrollo. El desexilio concomitante tampoco puede suceder en pocos días. Si el primero tuvo un origen muy duro y se fue atenuando con el paso del tiempo, el desexilio es inverso, sus inicios son dulces pero se endurecerá más adelante; será un nuevo desgarrar, y a la hora de las comparaciones pueden producirse muchos desencantos. Significa prepararse psicológicamente para volver a un país que no es el mismo que se dejó, del cual los exiliados han perdido casi una década de historia. Sufrirán una desorientación parecida a la que tuvieron cuando llegaron a España, de la que ignoraban casi todo. Y el diálogo con los que se quedaron será difícil, no necesariamente cordial.

Por otro lado están los amores, los afectos. En casi diez años se echan raíces y habrá nostalgias de España, seguro que las habrá, y algunos temen que a los dos o tres meses de estar allá sientan que añoran o necesitan aquel rasgo español que Borges llamó «amistad caudalosa», la noche madrileña o el paisaje andaluz, o la nostalgia de haber vivido hasta su anfitriamiento, todo lo cual todavía está por verse en el país del Plata.

Iniciado el desexilio, y contando con que un 50 por 100 volverá más o menos pronto y el resto se quedará en España o se lo pensará más tiempo, según sea afectiva o no la recuperación de la democracia

en Argentina, conviene hacer un balance de la situación, a ver cuáles fueron los resultados para ambos países.

Para los argentinos, creo que lo más positivo ha sido la práctica de la democracia, que en última instancia se expresa sobre todo en la vida cotidiana y constituye un aprendizaje. Este exilio ha tenido la oportunidad de vivirla (y de aprenderla) desde la transición a su estabilización pasando por la pesadilla del 23 F. El pueblo español demostró en esos años tener la madurez que en 1969 era negada por un ministro de Información y Turismo ante un grupo de periodistas latinoamericanos, diciendo que los españoles no estábamos preparados para la libertad. Pues estaban preparadísimos, como lo han demostrado los hechos. Ojalá sepan aprender esta práctica de libertad y democracia los nuevos exiliados que vendrán, que están llegando silenciosamente. Son aquellos que tienen mucho que perder con la llegada de la democracia a aquel país del cono sur, que desde el triunfo de Alfonsín salen por vía aérea del país, alrededor de 150 por día, la mayoría a Miami (EE.UU.), otros con destino a Chile y Uruguay (¿por cuánto tiempo?), y una cantidad sin determinar a España y Suiza.

El conocimiento mutuo de ambos pueblos, que ha posibilitado el exilio, ha ido mucho más allá de los buenos propósitos que se expresan en los discursos del 12 de octubre y de la política oficial de relaciones culturales. Ha sido directo, de persona a persona, en lenguaje, en costumbres, en alimentación, en relaciones afectivas. A muchos argentinos se les ha pegado el saludable tú, y en general ambos modos de hablar se han enriquecido. España ha recuperado de algún modo palabras suyas que había olvidado y que allá son de uso cotidiano, y los argentinos han tenido acceso, mediante el aprendizaje de diferentes modos expresivos, a ciertas áreas de la comunicación para ellos desconocidas. Los que vuelven tendrán una visión distinta del millón y medio de españoles que hay en Argentina, sabrán distinguir, por el habla, a un gallego de un extremeño, ya se sabe que para los argentinos todos los españoles son gallegos, incluidos los vascos. En el aspecto concreto de la cultura, los que regresan lo hacen con un buen conocimiento de la pintura, la música y la literatura, y sobre todo de las personas, de la España actual. Lo importante de este exilio es que ha fortalecido efectivamente los vínculos entre ambos pueblos. Con esta carga positiva, el desexilio tiene su justificación.

Pero acaso sólo para los adultos. Porque el problema más difícil está en los jóvenes, en los que se hicieron jóvenes en España, que buscaron aquí un mundo congruente para poder ser jóvenes, con esperanzas de futuro, al sentir que el país al que pertenecían fracasó. Porque fueron los jóvenes, en aquellos años demenciales de Argentina, las víctimas principales de la represión, de la guerra de las Malvinas, del exilio. Llegaron casi niños y en una década alcanzaron la madurez que da la desdicha, hablan como adultos y miran el mundo casi como desengañados. Porque tuvieron que saltar algo tan importante de la vida como es la juventud.

Algunos de esos jóvenes regresarán, atraídos por lejanas raíces que no pueden desterrar, ante una promesa histórica o para recuperar una identidad no del todo perdida. Otros se quedarán, hibridándose hasta el olvido, buscando aquí la juventud que perdieron en un país que sienten lejano, que reconocen como el lugar de nacimiento pero que recordarán con una sonrisa nostálgica, como a la novia que no pudo ser.

Son los que empiezan a extrañarse cuando oyen a sus padres usar palabras como che y macanudo, que han perdido la tristeza con la que llegaron y a quienes interesa más la entrada de España en la CEE o la permanencia en la OTAN que la búsqueda de una democracia en el país de sus progenitores. Apegados, generalmente por vía amorosa; más al país del compañero o la compañera, que les brindó, bien o mal, un lugar para ser jóvenes, que al país que les arrebató la juventud.

Son los que también harán que muchos hombres maduros que han empezado a envejecer aquí y preferirían morir en la tierra que los vio nacer, tengan que quedarse definitivamente en la tierra que sus hijos eligieron como propia.

Daniel Moyano
(Escritor)

El telegrama de Melilla

Director: EMILIO ALVAREZ CAÑIZARES

Edita: Medios de Comunicación Social del Estado
Redacción y Administración: Cándido Lobera, 6

Teléfonos: 684328 y 685749. Apartado de Correos, 8. Coordinación en Almería; teléfono: 951-256458, (Avd. Monserrat, 32)
Talleres de La Voz de Almería, teléfono: 951/250888

Depósito Legal. ML-2-1958

EL TELEGRAMA DE MELILLA, no hace suyos necesariamente los criterios y opiniones que se expresen en aquellos trabajos que no sean elaborados por nuestra Redacción.

Argentina, final del exilio

La historia del exilio argentino, que con el advenimiento de la democracia en aquel país empieza a terminarse, puede resumirse así: Tras producirse en 1976 el golpe de estado del general Videla y la feroz represión que le siguió, abandonan el país dos millones y medio de personas, principalmente intelectuales y políticos. Los primeros prefieren España, donde recalán pintores, músicos, escritores, actores, docentes y hasta titiriteros, mientras el exilio de carácter político militante se refugia en Suecia, Holanda, Francia y México. Hay también un exilio puramente económico, distribuido en todos esos países.

Durante estos ocho años de exilio hubo en España dos tipos de exiliados: lo que, acaso temerosos de perder su identidad, se negaron a integrarse y procuraron, por una vía u otra, formar gustos más o menos cerrados (generalmente los más maduros), y los que intentaron integrarse para olvidarse poco a poco del país que los trató tan mal (sobre todo los jóvenes). Y hay una tercera clase, muy numerosa: los que llegaron niños y hoy son jóvenes que se consideran españoles y hablan con el deje peninsular.

El volver o el quedarse, aparte la nostalgia, está fuertemente condicionado por el aspecto económico del problema. Muchos de ellos, profesionales que pudieron integrarse, no desean abandonar su seguridad en España ante las inciertas posibilidades económicas de allá. Otros, los intelectuales rasos, que no lograron la codiciada integración y subsisten malamente, regresarán ante cualquier propuesta de trabajo en su país de origen. Algunos ya lo han hecho (por ejemplo el pintor Carlos Alonso y los escritores Horacio Salas y Héctor Tizón), y otros preparan sus maletas, como los pintores Pedro Pont Verges y Ricardo Carpani, algunos de los cuales, prácticamente desconocidos aquí, pasarán a ocupar importantes cargos directivos en el área cultural argentina.

Entre los que regresan, son mayoría los que tuvieron militancia política antes de 1976 y ahora desean reanudarla. Una buena parte de los que llamamos intelectuales rasos (pintores, escritores, compositores, etc.) prefiere quedarse considerando que su obligación no es la política sino hacer la obra, y que tanto da llevarla a cabo aquí como allá. Queda una masa flotante, que podríamos llamar entre intelectual y económica, aquella cuya presencia es familiar en el Rastro madrileño y en las Ramblas de Barcelona, cantantes folklóricos, titiriteros, artesanos, que posiblemente inclinan el fiel de la balanza hacia donde se den mejores condiciones económicas siempre que lo permita la nostalgia.

La cultura argentina ha sido fracturada, a tal punto que se habla de un exilio externo y de otro interno (los que no pudieron salir), y el país necesita que las partes se reunifiquen. Un ministro de Alfonsín declaraba recientemente a un periodista español que Argentina necesita que España facilite el regreso de los intelectuales, que de alguna manera lo estimule. Esto significa que son personas necesarias allá, e implicaría una especie de obligación moral de volver.

Pero no será fácil. El exilio supuso, y supone, toda una peripecia psicológica a contar en años. No se formó de un día para otro, tuvo un nacimiento y un penoso desarrollo. El desexilio concomitante tampoco puede suceder en pocos días. Si el primero tuvo un origen muy duro y se fue atenuando con el paso del tiempo, el desexilio es inverso, sus inicios son dulces pero se endurecerá más adelante; será un nuevo desgarrar, y a la hora de las comparaciones pueden producirse muchos desencantos. Significa prepararse psicológicamente para volver a un país que no es el mismo que se dejó, del cual los exiliados han perdido casi una década de historia. Sufrirán una desorientación parecida a la que tuvieron cuando llegaron a España, de la que ignoraban casi todo. Y el diálogo con los que se quedaron será difícil, no necesariamente cordial.

Por otro lado están los amores, los afectos. En casi diez años se echan raíces y habrá nostalgias de España, seguro que las habrá, y algunos temen que a los dos o tres meses de estar allá sientan que añoran o necesitan aquel rasgo español que Borges llamó «amistad caudalosa», la noche madrileña o el paisaje andaluz, o la nostalgia de haber vivido hasta su anfitriamiento, todo lo cual todavía está por verse en el país del Plata.

Iniciado el desexilio, y contando con que un 50 por 100 volverá más o menos pronto y el resto se quedará en España o se lo pensará más tiempo, según sea afectiva o no la recuperación de la democracia

en Argentina, conviene hacer un balance de la situación, a ver cuáles fueron los resultados para ambos países.

Para los argentinos, creo que lo más positivo ha sido la práctica de la democracia, que en última instancia se expresa sobre todo en la vida cotidiana y constituye un aprendizaje. Este exilio ha tenido la oportunidad de vivirla (y de aprenderla) desde la transición a su estabilización pasando por la pesadilla del 23 F. El pueblo español demostró en esos años tener la madurez que en 1969 era negada por un ministro de Información y Turismo ante un grupo de periodistas latinoamericanos, diciendo que los españoles no estábamos preparados para la libertad. Pues estaban preparadísimos, como lo han demostrado los hechos. Ojalá sepan aprender esta práctica de libertad y democracia los nuevos exiliados que vendrán, que están llegando silenciosamente. Son aquellos que tienen mucho que perder con la llegada de la democracia a aquel país del cono sur, que desde el triunfo de Alfonsín salen por vía aérea del país, alrededor de 150 por día, la mayoría a Miami (EE.UU.), otros con destino a Chile y Uruguay (¿por cuanto tiempo?), y una cantidad sin determinar a España y Suiza.

El conocimiento mutuo de ambos pueblos, que ha posibilitado el exilio, ha ido mucho más allá de los buenos propósitos que se expresan en los discursos del 12 de octubre y de la política oficial de relaciones culturales. Ha sido directo, de persona a persona, en lenguaje, en costumbres, en alimentación, en relaciones afectivas. A muchos argentinos se les ha pegado el saludable tú, y en general ambos modos de hablar se han enriquecido. España ha recuperado de algún modo palabras suyas que había olvidado y que allá son de uso cotidiano, y los argentinos han tenido acceso, mediante el aprendizaje de diferentes modos expresivos, a ciertas áreas de la comunicación para ellos desconocidas. Los que vuelven tendrán una visión distinta del millón y medio de españoles que hay en Argentina, sabrán distinguir, por el habla, a un gallego de un extremeño, ya se sabe que para los argentinos todos los españoles son gallegos, incluidos los vascos. En el aspecto concreto de la cultura, los que regresan lo hacen con un buen conocimiento de la pintura, la música y la literatura, y sobre todo de las personas, de la España actual. Lo importante de este exilio es que ha fortalecido efectivamente los vínculos entre ambos pueblos. Con esta carga positiva, el desexilio tiene su justificación.

Pero acaso sólo para los adultos. Porque el problema más difícil está en los jóvenes, en los que se hicieron jóvenes en España, que buscaron aquí un mundo congruente para poder ser jóvenes, con esperanzas de futuro, al sentir que el país al que pertenecían fracasó. Porque fueron los jóvenes, en aquellos años demenciales de Argentina, las víctimas principales de la represión, de la guerra de las Malvinas, del exilio. Llegaron casi niños y en una década alcanzaron la madurez que da la desdicha, hablan como adultos y miran el mundo casi como desengañados. Porque tuvieron que saltar algo tan importante de la vida como es la juventud.

Algunos de esos jóvenes regresarán, atraídos por lejanas raíces que no pueden desterrar, ante una promesa histórica o para recuperar una identidad no del todo perdida. Otros se quedarán, hibridándose hasta el olvido, buscando aquí la juventud que perdieron en un país que sienten lejano, que reconocen como el lugar de nacimiento pero que recordarán con una sonrisa nostálgica, como a la novia que no pudo ser.

Son los que empiezan a extrañarse cuando oyen a sus padres usar palabras como che y macanudo, que han perdido la tristeza con la que llegaron y a quienes interesa más la entrada de España en la CEE o la permanencia en la OTAN que la búsqueda de una democracia en el país de sus progenitores. Apegados, generalmente por vía amorosa, más al país del compañero o la compañera, que les brindó, bien o mal, un lugar para ser jóvenes, que al país que les arrebató la juventud.

Son los que también harán que muchos hombres maduros que han empezado a envejecer aquí y preferirían morir en la tierra que los vio nacer, tengan que quedarse definitivamente en la tierra que sus hijos eligieron como propia.

Daniel Moyano
(Escritor)

Mi abuelo materno, que era europeo, tenía unos enormes ojos azules que se le humedecían, allá en una aldea de Suramérica, cuando leíamos en la prensa diaria las noticias sobre «la terrible conflagración mundial que aflige a la vieja Europa», según palabras de mi maestra de EGB. Yo tenía que ir diariamente a la estación del pueblo, a través de una colina, a buscar el diario que traía el tren de las ocho de la tarde. De regreso, deletreaba los títulos hasta llegar a casa. Mi abuelo me esperaba al borde del arroyo (cristalino y lleno de berros y mojarras) que pasaba muy cerca de nuestra pequeña finca. La pendiente de la colina me obli-

CARTA AL ABUELO EN NAVIDAD

Daniel MOYANO

gaba a correr en el último tramo, y mientras corría veía agrandarse gradualmente los ojos del viejo interrogándome ansioso sobre la marcha de la guerra.

La radio no había llegado a nuestro pueblo (ni la luz eléctrica), y el único vínculo que él tenía con su vieja Europa era ese periódico medio arrugado que el guarda del tren arrojaba al andén de la estación. El tren no se detenía en nuestra aldea, apenas mermaba un poco la marcha para arrojar paquetes y periódicos. Aquella vez era Navidad y sus

ojos se humedecieron especialmente cuando oyó por mi boca que según el periódico en las trincheras europeas, para la Nochebuena, los soldados las abandonaron de mutuo acuerdo, se abrazaron, intercambiaron cigarrillos, mostraron fotos de sus familias y confraternizaron. Aunque fue por muy poco tiempo, ya que al amanecer volvieron a sus trincheras y continuaron los tiros, la matanza mutua. El abuelo me explicó entonces que pese al horror de una guerra aquello era un signo de civilización. En Navidad se celebraba el nacimiento del Dios viviente, y por lo menos durante unas horas el hombre se abstenía de hacer lo que Dios prohibió expresamente: matar.

Cuarenta años después, si mi abuelo viviera le escribiría una carta que dijera más o menos lo siguiente: Por un azar de la vida me encuentro desde hace años en la Europa que tú dejaste voluntariamente, y dentro de poco celebraremos Navidad. Después de aquella guerra que tú mismo viste terminar cuando sucedió aquello tan terrible en Hiroshima y Nagasaki, gracias a Dios no ha habido nada parecido. Después de aquello las guerras han sido más bien breves, a veces no declaradas, casi silenciosas, siempre terribles, claro, pero sin tanto exterminio colectivo, aquí en Europa la gente es pacifista y muy civilizada, como tú decías, y sale a la calle pidiendo que no haya más guerra. En Alemania, por ejemplo, hace poco formaron un cordón humano de 108 kilómetros pidiendo paz. Y en Inglaterra las mujeres se reúnen alrededor de los cuarteles y cuando llega la Policía se arrojan al suelo. Los hombres uniformados se las llevan, arrastrándolas, pero sin pegarles, al fin y al cabo se trata de esposas y de madres.

Desde Norteamérica llegan unos enormes aviones con unos aparatos llamados misiles, que adentro tienen cabezas nucleares, no sé cuántas cada uno. Cada una de esas cabezas es algo así como cien veces más potente que la bomba de Hiroshima, y los misiles son más de 500, si no me equivoco. Y en ese caso, claro, quiero decir si llegaran a estallar para estas Navidades, no habría tiempo para intercambiar cigarrillos o fotografías.

En España no tenemos misiles a Dios gracias, y esto nos hace respirar tranquilos; pero aquí hay tres bases militares norteamericanas y por eso tenemos un poco de miedo, no vaya a ser que a ellos o a los rusos se les escape un tiro, es decir, un misil, por puro descuido. Y también tenemos Gibraltar, que sigue siendo inglés, y eso está muy cerca de Cádiz, donde vive el tío Juan.

Tú me enseñaste que la Navidad es la fiesta del amor, que

somos occidentales y cristianos, pero te diré, abuelo, que a mí me parece una gran hipocresía. Es un comercio puro. La gente gasta lo que no tiene, y no creo que la noche del 24 los norteamericanos retiren los misiles que están instalando en casi toda Europa, ni tampoco los rusos. Se están apuntando sobre nosotros, que somos sus trincheras, mejor dicho el campo de batalla.

Te diré que apenas tengo miedo. Casi nadie tiene miedo. Pero simplemente porque no tenemos tiempo para tener miedo. Aquí todo parece rápido e irreversible. La gente sabe que puede morir calcinada por esas bombas, de un día para otro, o en

minutos, pero se ve obligada a seguir viviendo como si fuera imposible que pasara nada de eso. Este año compraremos más cosas, más regalos, más comida, más bebida, y nos emborracharemos para olvidarnos, como quien intercambia fotos de parientes en las trincheras.

Nunca me olvido de ti, y mucho menos en Navidad, que por ser el día del amor nos hace recordar a los seres queridos que ya no están con nosotros. He comprado un hermoso arbolito, donde colgaremos los regalos. Este año te dedicaré una nuez, recuerdo que te gustaban mucho. Una nuez enorme y dorada, para ti. Y no olvidaré que pese a las bombas que pueden hacer desaparecer la vida de este planeta, hay que seguir pensando que la Navidad es nada menos que la fiesta del amor.

Los treinta primeros días del Gobierno de Raúl Alfonsín en Argentina han sido pródigos en hechos, especialmente en lo que se refiere a la reorganización de las FF.AA. Algunas de las medidas adoptadas, como la derogación de la denominada Ley de Autoamnistía, enjuiciamiento de las tres Juntas militares que tuvo la dictadura, disminución del presupuesto militar para reforzar el de educación, etc., han hecho decir a un periodista que se trataba de actos suicidas, pensando acaso en la posibilidad de que el Ejército, incapaz de tolerar tales hechos, volviera a sublevarse.

Suicidas o no, las medidas se tomaron, en cumplimiento de lo prometido en la campaña electoral. Y hoy existen menos razones para pensar en nuevos cuartelazos y muchas más para creer que por fin se está terminando para siempre el intervencionismo militar que lleva más de medio siglo condicionando la vida del país, retrasando su progreso hacia el Estado democrático moderno. Estas razones se apoyan sobre todo en la madurez revelada por el pueblo argentino, que votó, como se ha dicho, por una ética. Otra razón es que el aventurerismo militar ha tocado fon-

Riesgos de la democracia argentina

Daniel MOYANO

do en Argentina. Con el genocidio, la absurda guerra de las Malvinas y el saqueo económico, se diría que ese aventurerismo llegó al borde de su propia saciedad, y que cayó al intentar ir más allá de ella, demencialmente.

Los riesgos de esta naciente democracia no estarían entonces en un involucionismo cavernario, apoyado, como teme el profesor Roberto Bergalli en un artículo, por los integrantes de la burocracia sindical peronista desplazada, que «pueden ir ahora a golpear las puertas de los cuarteles, ofreciendo un falso apoyo popular a alguna aventura militar». Aunque seguramente ganas no les faltan, los dirigentes sindicales de esa burocracia, que siempre pactaron con el poder militar y ahora se niegan a la democratización de los sindicatos, han perdido el respaldo de sus bases, que no les votaron. Está

claro que el triunfo de Alfonsín se debe en buena medida al voto de los propios peronistas.

En la naciente democracia de aquel país veo dos riesgos principales. Uno de ellos está fuera de sus fronteras, y es su entorno. ¿Tiene la democracia argentina la fuerza suficiente para irradiarse hacia Uruguay, Chile o Paraguay? ¿La estrategia norteamericana para esa parte del continente permitirá la caída y el enjuiciamiento de Pinochet, el dictador que ellos mismos contribuyeron a poner en el Palacio de la Moneda? Para poder respirar tranquila, Argentina necesita que Chile y Uruguay se democratizen cuanto antes. El gran capital internacional se favoreció económicamente de la dictadura militar, y ahora, ante el triunfo de Alfonsín, ha arriado de momento sus banderas. Pero habrá una nueva movida del capital, un cambio de estrategia, y para

afrontar esa nueva agresión argentina necesita contar con el apoyo de países limítrofes democráticos, que actúan en el mismo sentido contra la dependencia, verdadero gran enemigo de los países de Latinoamérica.

El otro riesgo es interno, y surge de las declaraciones recientes de dirigentes de la guerrilla, en el sentido de reorganizarse y volver a actuar. En el país hubo dos organizaciones guerrilleras: montoneros, de ideología peronista y el ERP (Ejército Revolucionario del Pueblo), de filiación marxista. Los primeros anunciaron su propósito de integrarse a la vida democrática y repudiaron, arrepentidos, su pasado. Dos de sus dirigentes principales fueron apresados cuando regresaron al país al conocerse el triunfo de Alfonsín. Los segundos, totalmente aniquilados según los militares, serían los autores de esa declaración en el sentido de volver a actuar. O sea que no estarían tan aniquilados. La posible reorganización de la guerrilla y las dictaduras militares que restan en el cono sur, determinan una franja riesgosa, por donde la democracia argentina deberá transitar exitosamente, y no hay razones para pensar lo contrario.

EL mundo actual es más kafkiano que orwelliano, pero Kafka no ha tenido nunca la promoción que estos días se ha dedicado a George Orwell y a su «1984», supuesta profecía sobre el año que se inicia. El 1 de enero, los televidentes de Nueva York, París y Colonia pudieron ver, vía satélite, un programa sobre la «utopía» orwelliana. La prensa española, especialmente la madrileña, desde hace un mes, no ha dejado de dedicar espacio a Orwell y su libro. RTVE nos ofreció, el 1 de enero, una especie de sucedáneo del programa vía satélite mencionado, en el dominical, donde el periodista norteamericano Walter Cronkite hace lo imposible para demostrar, pese a las respuestas a veces negativas de sus entrevistados, que las fatales predicciones de Orwell están sucediendo ya y que incluso algunas han sido superadas, intentando meter un poco de miedo para vendernos su apocalipsis de boutique.

El modo ruidoso de hablar de este libro, que no es ni una profecía ni una gran novela (como sin duda lo es, en este orden de ideas, «El proceso» de Kafka) hace pensar que la nada anticipativa novela de Orwell ha sido montada como una mercancía más por la industria multinacional de la cultura, y digo «nada anticipativa»

La pesadilla de Orwell

por cuanto para su pesadilla sobre el control técnico de la mente y la manipulación de la naturaleza humana, Orwell disponía, en 1948 (fecha de escritura de la novela) de modelos perfectos, como lo eran el stalinismo y el nazismo.

La utopía parece ser un género sobre todo inglés (Moro, Huxley, Orwell, tantos otros). Hay una predilección inglesa por la utopía, que es una forma de evasión, la antiutopía de Orwell es el también en el fondo una evasión. Su pesimismo, su absoluta falta de fe en el hombre concreto y en la historia posible es un gesto típico de conservadurismo inglés. En 1984, la clase trabajadora está excluida en su visión del mundo. No cuenta para nada. Su destino es eterno e inamovible, como el de los animales, con la diferencia de que estos por lo menos evolucionan y los obreros de Orwell no; están fuera de la historia, al servicio del gran hermano, del partido, una mezcla orwelliana de nazismo y stalinismo, eterna.

Olímpicamente y de un solo plumazo, Orwell hace desaparecer de su concepción (puramente social) del mundo a la clase

social que es mayoría de la humanidad. Con lo cual, a mi modo de ver, consigue hacer congruente su visión pesimista y conservadora de la historia humana, pero no logra convencer estéticamente, que es la vía honesta de convencer que tienen el arte y la literatura. Y en este sentido, posee más verdad artística aquello de «una jaula fue en busca de un pájaro», de Kafka, que los casi fantasmales personajes orwellianos. Y por eso, afortunadamente, no puedo creerme sus supuestas anticipaciones o profecías, donde hay que amar al gran hermano, admitir que dos más dos son cinco y aceptar la supresión del orgasmo, ya que el sexo solo se justifica para la procreación que asegure obreros-robots para las fábricas, soldados para la guerra permanente y técnicos para el partido.

El error fundamental de esta visión puramente política del mundo es el inmovilismo que el autor adjudica graciosamente a la clase trabajadora, históricamente paralizada en la novela, acaso para poder hacer posible o más creíble su amarga y reaccionaria concepción del

hombre. Despreciativamente, solo concede al hombre corriente las funciones de producir y procrear (si es posible sin orgasmo), quitándole su papel de actor principal de la historia.

«1984» es una pesadilla anglosajona que a los hispanos no nos toca de cerca, ni por cultura, ni por nada. Orwell la tituló «El último hombre de Europa», apocalípticamente, y por sugerencia de su editor cambió ese título por el de «1984». Tanto Cronkite en su programa por RTVE, como muchos de los articulistas que se han ocupado del tema, han señalado semejanzas entre la realidad actual y el mundo de Orwell, forzando una profecía que el autor no se propuso y participando de su pesimismo reaccionario. Winston Smith, el triste personaje de «1984», podrá ser (aunque tampoco lo creo así) el último hombre de Europa, como lo concibió Orwell, pero jamás el último hombre de España. España ni es ni se siente enteramente Europa, y construye su futuro mirando también hacia el Atlántico, hacia Iberoamérica, de la que también forma parte, y donde la clase popular, cuidadosamente omitida por Orwell en su atroz pesadilla, empieza a ser, precisamente, el personaje principal

Daniel Moyano
(Escritor)

SUR = Malaga: 8.2.84

- La Hora de la Novela -
8.1.84

La pesadilla de Orwell

Por Daniel MOYANO (Escritor)

El mundo actual es más kafkeano que orwelleano, pero Kafka no ha tenido nunca la promoción que estos días se ha dedicado a George Orwell y a su «1984» supuesta profecía sobre el año que se inicia el 1 de enero. Los televidentes de Nueva York, París y Colonia pudieron ver, vía satélite, un programa sobre la «Utopía» orwelleana. La Prensa española, especialmente la madrileña, desde hace un mes, no ha dejado de dedicar espacio a Orwell y su libro. RTVE nos ofreció el 1 de enero, una especie de sucedáneo vía satélite mencionado, en el dominical, donde el periodista norteamericano Walter Cronkite hace lo imposible para demostrar, pese a las respuestas a veces negativas de sus entrevistados, que las fatales predicciones de Orwell están sucediendo ya y que incluso algunas han sido superadas, intentando meter un poco de miedo para vendernos su apocalipsis de boutique.

El modo ruidoso de hablar de este libro, que no es ni una profecía ni una gran novela (como sin duda lo es, en este orden de ideas, «El proceso» de Kafka) hace pensar que la nada anticipativa novela de Orwell ha sido montada como una mercancía más por la industria multinacional de la cultura y digo «nada anticipativa» por cuanto para su pesadilla sobre el control técnico de la mente y la manipulación de la naturaleza humana, Orwell disponía en 1948 (fecha de escritura de la novela) de modelos perfectos, como lo eran el stalinismo y el nazismo.

La utopía parece ser un género sobre todo inglés (Moro, Huxley, Orwell, tantos otros). Hay una predilección inglesa por la utopía, que es una forma de evasión, la antiutopía de Orwell es también en el fondo una evasión. Su pesimismo, su absoluta falta de fe en el hombre concreto y en la historia posible es un gesto típico de conservadurismo inglés. En 1984, la clase trabajadora está excluida en su visión del mundo. No cuenta para nada. Su destino es eterno e inamovible, como el de los animales, con la diferencia de que estos por lo menos evolucionan y los obreros de Orwell no, están fuera de la historia, al servicio del gran hermano, del partido, una mezcla orwelleana de nazismo y stalinismo, eterna.

Olímpicamente y de un sólo plumazo, Orwell hace desaparecer de su concepción (puramente social) del mundo a la clase social que es mayoría de la humanidad, con lo cual, a mi modo de ver, consigue hacer congruente su visión pesimista y conservadora de la historia humana, pero no logra convencer estéticamente, que es la vía honesta de convencer que tienen el arte y la literatura. Y en este sentido, posee más verdad artística aquello de «una jaula fue en busca de un pájaro», de Kafka, que los casi fantasmales personajes orwelleanos. Y por eso, afortunadamente, no puedo creerme sus supuestas anticipaciones o profecías, donde hay que amar al gran hermano, admitir que dos más dos son cinco y aceptar la supresión del orgasmo, ya que el sexo sólo se justifica para la procreación que asegure obreros robots para las fábricas, soldados para la guerra permanente y técnicos para el partido.

El error fundamental de esta visión puramente política del mundo es el inmovilismo que el autor adjudica graciosamente a la clase trabajadora, históricamente paralizada en la novela, acaso para poder hacer posible o más creíble su amarga y reaccionaria concepción del hombre. Despreciativamente, sólo concede al hombre corriente las funciones de producir y procrear (si es posible sin orgasmo), quitándole su papel de actor principal de la historia.

1984 es una pesadilla anglosajona que a los hispanos no nos toca de cerca, ni por cultura, ni por nada, Orwell la tituló «El último hombre de Europa», apocalípticamente, y por sugerencia de su editor cambió ese título por el de «1984». Tanto Conkrite en su programa por RTVE como muchos de los articulistas que se han ocupado del tema, han señalado semejanzas entre la realidad actual y el mundo de Orwell, forzando una profecía que el autor no se propuso y participando de su pesimismo reaccionario. Winston Smith, el triste personaje de 1984, podrá ser (aunque tampoco lo creó así) el último hombre de Europa, como lo concibió Orwell, pero jamás el último hombre de España. España ni es ni se siente enteramente Europa, y construye su futuro mirando también hacia el Atlántico, hacia Iberoamérica, de la que también forma parte, y donde la clase popular, cuidadosamente omitida por Orwell en su atroz pesadilla, empieza a ser.

La pesadilla de Orwell

Por DANIEL MOYANO (Escritor)

El mundo actual es más kafkeano que orwelleano, pero Kafka no ha tenido nunca la promoción que estos días se ha dedicado a George Orwell y a su 1984, supuesta profecía sobre el año que se inicia. El 1 de enero, los televidentes de Nueva York, París y Colonia pudieron ver, vía satélite, un programa sobre la "utopía" orwelleana. La prensa española, especialmente la madrileña, desde hace un mes, no ha dejado de dedicar espacio a Orwell y su libro. RTVE nos ofreció, el 1 de enero, una especie de sucedáneo del programa vía satélite mencionado, en el dominical, donde el periodista norteamericano Walter Cronkite hace lo imposible para demostrar, pese a las respuestas a veces negativas de sus entrevistados, que las fatales predicciones de Orwell están sucediendo ya y que incluso algunas han sido superadas, intentando meter un poco de miedo para vendernos su apocalipsis de boutique.

El modo ruidoso de hablar de este libro, que no es ni una profecía ni una gran novela (como sin duda lo es, en este orden de ideas, el proceso de Kafka) hace pensar que la nada anticipativa novela de Orwell ha sido montada como una mercancía más por la industria multinacional de la cultura, y digo "nada anticipativa" por cuanto para su pesadilla sobre el control téc-

nico de la mente y la manipulación de la naturaleza humana, Orwell disponía, en 1948 (fecha de escritura de la novela) de modelos perfectos, como lo eran el stalinismo y el nazismo.

La utopía parece ser un género sobre todo inglés (Moro, Huxley, Orwell, tantos otros). Hay una predilección inglesa por la utopía, que es una forma de evasión, la anti-utopía de Orwell es también en el fondo una evasión. Su pesimismo, su absoluta falta de fe en el hombre concreto y en la historia posible es un gesto típico de conservadurismo inglés. En 1984, la clase trabajadora está excluida en su visión del mundo. No cuenta para nada. Su destino es eterno e inamovible, como el de los animales, con la diferencia de que éstos por lo menos evolucionan y los obreros de Orwell no, están fuera de la historia, al servicio del gran hermano, del partido, una mezcla orwelliana de nazismo y stalinismo, eterna.

Olimpicamente y de un solo plumazo, Orwell hace desaparecer de

su concepción (puramente social) del mundo a la clase social que es mayoría de la humanidad. Con lo cual, a mi modo de ver, consigue hacer congruente su visión pesimista y conservadora de la historia humana, pero no logrará convencer estéticamente, que es la vía honesta de convencer que tienen el arte y la literatura. Y en este sentido, posee más verdad artística aquello de "una aula fue en busca de un pájaro", de Kafka, que los casi fantasmales personajes orwelleanos. Y por eso, afortunadamente, no puedo creerme sus supuestas anticipaciones o profecías, donde hay que amar al gran hermano, admitir que dos más dos son cinco y aceptar la supresión del orgasmo, ya que él sexo sólo se justifica para la procreación que asegure obreros-robots para las fábricas, soldados para la guerra permanente y técnicos para el partido.

El error fundamental de esta visión puramente política del mundo es el inmovilismo que el autor adjudica graciosamente a la clase trabajadora, históricamente paralizada en la novela, acaso para poder

hacer posible o más creíble su amarga y reaccionaria concepción del hombre. Despreciativamente, sólo concede al hombre corriente las funciones de producir y procrear (si es posible sin orgasmo), quitándole su papel de actor principal de la historia.

1984 es una pesadilla anglosajona que a los hispanos no nos toca de cerca, ni por cultura, ni por nada. Orwell lo tituló "El último hombre de Europa", apocalípticamente, y por sugerencia de su editor cambió ese título por el de 1984. Tanto Cronkite en su programa por RTVE como muchos de los articulistas que se han ocupado del tema, han señalado semejanzas entre la realidad actual y el mundo de Orwell, forzando una profecía que el autor no se propuso y participando de su pesimismo reaccionario. Winston Smith, el triste personaje de 1984, podrá ser (aunque tampoco lo creo así) el último hombre de Europa, como lo concibió Orwell, pero jamás el último hombre de España. España ni es si se siente enteramente Europa, y construye su futuro mirando también hacia el Atlántico, hacia Iberoamérica, de la que también forma parte, y donde la clase popular, cuidadosamente omitida por Orwell en su atroz pesadilla, empieza a ser, precisamente, el personaje principal.

La pesadilla de Orwell

Daniel Moyano

EL mundo actual es más kafkiano que orwelliano, pero Kafka no ha tenido nunca la promoción que estos días se ha dedicado a George Orwell y a su «1984» supuesta profecía sobre el año que se inicia. El 1 de enero, los televidentes de Nueva York, París y Colonia pudieron ver, vía satélite, un programa sobre la «utopía» orwelliana. La prensa española, especialmente la madrileña, desde hace un mes no ha dejado de dedicar espacio a Orwell y su libro. RTVE nos ofreció, el 1 de enero, una especie de sucedáneo del programa vía satélite mencionado en «El Dominical» donde el periodista norteamericano Walter Cronkite hace lo imposible para demostrar, pese a las respuestas a veces negativas de sus entrevistados, que las fatales predicciones de Orwell están sucediendo ya y que incluso algunas han sido superadas, intentando meter un poco de miedo para vendernos su apocalipsis de boutique.

El modo ruidoso de hablar de este libro, que no es ni una profecía ni una gran novela (como sin duda lo es, en este orden de ideas, «El proceso de Kafka»), hace pensar que la nada anticipativa novela de Orwell ha sido montada como una mercancía más por la industria multinacional de la cultura, y digo «nada anticipativa» por cuanto para su pesadilla sobre el control técnico de la mente y la manipulación de la naturaleza humana, Orwell disponía, en 1948 (fecha de escritura de la novela) de modelos perfectos, como lo eran el stalinismo y el nazismo.

La utopía parece ser un género sobre todo inglés (Moro, Huxley, Orwell, tantos otros). Hay una predilección ingle-

sa por la utopía, que es una forma de evasión, la antiutopía de Orwell es también en el fondo una evasión. Su pesimismo, su absoluta falta de fe en el hombre concreto y en la historia posible, es un gesto típico de conservadurismo inglés. En «1984», la clase trabajadora está excluida en su visión del mundo. No cuenta para nada. Su destino es eterno e inamovible, como el de los animales, con la diferencia de que éstos, por lo menos, evolucionan, y los obreros de Orwell no, están fuera de la historia, al servicio del gran hermano, del partido, una mezcla orwelliana de nazismo y stalinismo, eterna.

Olimpíicamente y de un solo plumazo, Orwell hace desaparecer de su concepción (puramente social) del mundo a la clase social que es mayoría de la humanidad. Con lo cual, a mi modo de ver, consigue hacer congruente su visión pesimista y conservadora de la historia humana, pero no logra convencer estéticamente, que es la vía honesta de convencer que tienen el arte y la literatura. Y en este sentido posee más verdad artística aquello de «una jaula fue en busca de un pájaro», de Kafka, que los casi fantasmales personajes orwellianos. Y por eso, afortunadamente, no puedo creerme sus supuestas anticipaciones o profecías, donde hay que amar al gran hermano, admitir que dos más dos son cinco y aceptar la supresión del orgasmo, ya que el sexo sólo se justifica para la procreación que asegure obreros-robots para las fábricas, soldados para la guerra permanente y técnicos para el partido.

El error fundamental de esta visión puramente política

del mundo es el inmovilismo que el autor adjudica graciosamente a la clase trabajadora, históricamente paralizada en la novela, acaso para poder hacer posible o más creíble su amarga y reaccionaria concepción del hombre. Despreciativamente, sólo concede al hombre corriente las funciones de producir y procrear (si es posible sin orgasmo), quitándole su papel de actor principal de la historia.

«1984» es una pesadilla anglosajona que a los hispanos no nos toca de cerca, ni por cultura, ni por nada. Orwell la tituló «El último hombre de Europa», apocalípticamente, y por sugerencia de su editor cambió este título por el de «1984». Tanto Cronkite, en su programa por RTVE, como muchos de los articulistas que se han ocupado del tema, han señalado semejanzas entre la realidad actual y el mundo de Orwell, forzando una profecía que el autor no se propuso y participando de su pesimismo reaccionario. Winston Smith, el triste personaje de «1984» podrá ser (aunque tampoco lo creo así) el último hombre de Europa, como lo concibió Orwell, pero jamás el último hombre de España. España ni es ni se siente enteramente Europa, y construye su futuro mirando también hacia el Atlántico, hacia Iberoamérica, de la que también forma parte, y donde la clase popular, cuidadosamente omitida por Orwell en su atroz pesadilla, empieza a ser, precisamente, el personaje principal.

Daniel Moyano, escritor.

El Comandante Zamora - 18.2.84

Forma y lenguaje del genocidio en Argentina (1)

Daniel Moyano

Los militares argentinos mataban por cuenta propia en campos de concentración clandestinos, y enterraban de noche, en tumbas secretas y bajo la denominación NN (ningún nombre). Como no hay testigos de sus matanzas, la exhumación de los cadáveres nos permite intuir la forma, por cierto que macabra, que tuvo el genocidio, de la misma manera que la exhumación de ciertas expresiones utilizadas por los militares, públicas algunas y desconocidas otras, nos permitirán ampliar esta percepción.

Durante estos siete años de dictadura, genocidio y saqueo libre del país, los «mílicos» procuraron dar una imagen de sí mismos de un ejército legal en lucha contra la subversión, contra una guerrilla organizada y pertrechada, como la de El Salvador, por ejemplo. Llamaron «guerra» a sus crímenes, aunque admitiendo que se trataba de una guerra «sucia». Pero en Argentina no hubo encuentros armados entre dos bandos, ni batallas, ni nada que se parezca a una clara acción armada en el sentido clásico de la palabra. Hubo secuestros y asaltos nocturno a los hogares, y asesinatos en nocturnidad y despojado. La mayoría de los sospechosos fueron en la cama o en sus lugares de trabajo. La táctica preferida era sorprender a la víctima durante el sueño. El ex-jefe de Policía de Buenos Aires, general Ramón Camps, que se responsabiliza por la desaparición de 5.000 personas, declaraba en junio del año pasado: «El triunfo se logró con una combinación de dos factores: la falta de apoyo popular y a la subversión y el heroísmo de tantos combatientes anónimos que son los grandes olvidados de esta historia».

He visto personalmente actuar a estos «combatientes anónimos», en La Rioja, mi provincia de allá, cuando me sacaron prácticamente de la cama, a punta de ametralladora, como el resto de los periodistas de la ciudad, y tras un simulacro de fusilamiento encerrarnos en sus mazmorras, porque, como dijo el citado Camps en defensa de lo que él llama «una posición nacional y cristiana», «en la lucha subversiva el campo de combate esencial es la mente del hombre, y todo lo que tiene que ver con la difusión tiene que ver con esa conquista del hombre que ellos procuraban a través de los medios de comunicación, la cultura, etc..., tratando de destruir los valores fundamentales de nuestra sociedad».

La exhumación de cadáveres en tumbas NN está demostrando ahora cómo era el heroísmo de los combatientes de que habla Camps. El 12 de diciembre pasado, Melchor Posse, nuevo alcalde de San Isidro, en Buenos Aires, encontró en la caja fuerte del Ayuntamiento una carpeta que contenía 41 actas de defunción de subversivos «caídos en combate», entre ellos una familia de cinco miembros, cuyos cadáveres fueron retirados de un chalé de la localidad de Martínez y enterrados como NN el 7 de septiembre de 1976. El comando militar de la zona comunicó ese mismo día que cinco extremistas pertenecientes a la organización montoneros habían sido abatidos. Se trataba de la familia Lanuscou.

El miércoles 24 de enero pasado, a la 4 de la tarde, los cadáveres de los cinco «guerrilleros» fueron exhumados ante los jueces Dillón y Fugaretta, quienes admitieron que se trataba del matrimonio Amelia y Roberto Lanuscou, dos hijos de 5 y 4 años, y una hija de 6 meses de edad, todos ellos con los cráneos destrozados por disparos de armas de fuego. Según recoge la crónica del diario «Clarín», la exhumación se hizo ante los cuatro abuelos de los niños, y en el orden siguiente: el primer cajón desenterrado y abierto pertenecía a Bárbara, de 4 años, junto a cuyo cuerpo había un par de botas de gamuza, un pequeño colchón de goma espuma, ropa interior de mujer y una faja tejida. Mientras los abuelos clamaban «justicia para los asesinos de los niños», los sepultereros extraían los ataúdes del niño de 5 años y de sus padres, y el técnico odontólogo reconocía ante el forense la maxilar de Amelia (26 años), por un conducto realizado poco antes de su muerte.

El último en aparecer bajo las paladas de los desenterradores fue el más pequeño de los féretros, correspondiente a Matilde, de 6 meses de edad. Y si bien su pequeña calavera estaba destrozada por las balas, había junto a ella un chupete y un «osito» (prenda de vestir) que la pequeña llevaba puesto cuando llegaron «ellos», los que, según palabras del ahora detenido general Ramón Camps, son «los grandes olvidados de esta historia».

19.1.84

Forma y lenguaje del genocidio en Argentina (y 2)

Daniel Moyano

El genocidio de la Alemania nazi dejó en la memoria colectiva un par de frases que le sobrevivirán: la de Goebels, «cuando oigo la palabra cultura saco la pistola», y aquella expresión inscrita en los pórticos de los campos de trabajos forzados y exterminio, «Arbei macht frei», el trabajo hace libre. Pobres sobrevivencias lingüísticas, en verdad, para un hecho histórico tan terrible. Los alemanes nazis, al parecer, carecían de inventiva verbal.

Los militares argentinos, en cambio, siguen una tradición de frases rimbombantes que comienza en la época de la independencia, cuando la muerte en alta mar del patriota Mariano Moreno, en situación confusa: «Era menester tanta agua para apagar tanto fuego»; o la del general Aramburu en 1956, al preguntársele cuándo habría elecciones: «Ni un minuto antes, ni un minuto después». Fiel a esa tradición, el Ejército videlista, durante el genocidio que comenzó en 1976, con el golpe, y acabó en 1983, con el triunfo de Alfonsín, ha producido una colección de frases que durarán más que Videla, algunas de las cuales parecen obras maestras del terror verbal.

Así como la exhumación de cadáveres en tumbas clandestinas permite en estos días atisbar la forma o manera de operar de los genocidas, la exhumación de esas frases permitirá conocer, a través de la jerga del genocidio, algo de su naturaleza. Algunas de las frases que citaré han sido difundidas por la prensa, como la muy célebre del general Ibérico Saint Jean, «Primero mataremos a los subversivos, después a los simpatizantes», etc., y así hasta llegar a «los tímidos». O aquellas metáforas de la muerte citadas por Nora Franco desde Buenos Aires, refiriéndose a presos que van a ser trasladados: «Donde van les darán uniforme igual para todos» (el ataúd), o «van al norte, ahí no necesitan ropa», donde «norte» significa muerte, o tumba. Otras, fueron recogidas por mí entre los exiliados, o las conocía a través de la experiencia directa.

Año 1977, cuartel del Campo de la Ribera, Córdoba. El general Luciano Benjamín Menéndez, tío del que rindió las Malvinas, dice a sus capitanes, señalando dos grupos de presos: «A éstos báñenlos y aféitenlos» (significaba que quería interrogarlos). Un capitán interroga al general con los ojos, señalando al otro grupo. El general permanece en silencio. Ese silencio es la sentencia, y quiere decir que los otros presos pasarán directamente al degolladero.

1976, cárcel penitenciaria de Córdoba. Un cabo conduce a un grupo de presos ante un teniente, obligándolos a marchar en cuclillas. Un preso, cansado, se detiene. El cabo apoya la bayoneta en la espalda desnuda del preso, que permanece inmóvil. El cabo clava un poco la bayoneta en la espalda del preso, que grita pero no se mueve. El cabo hunde un poco más el arma, hasta la mitad, el preso pierde el conocimiento. El cabo retira su arma del cuerpo y conduce al preso a la enfermería, donde le operan de urgencia. Cuando regresa, el teniente le dice «estas cosas, cuando se hacen, hay que hacerlas bien; no hay peor cosa que un herido». El preso fue liberado un año después. Con un solo riñón.

1975. Base aérea de Chamical, La Rioja. El brigadier (general de Aviación) Capellini, al autor de este artículo, tras un golpe de Estado frustrado en el que participaron siete guarniciones: «...En cuanto a nuestra ideología, diga que somos nacionalistas, pero con zeta». Poco después uno de sus pares, cuyo nombre no recuerdo, diría: «Nosotros matamos con la mente fría y el corazón ardiente».

Del año no me olvido: 1976. Tampoco del mes: marzo. Lugar: Regimiento de Infantería de La Rioja. El general Luciano Benjamín Menéndez (otra vez), jefe de la II Región Militar que comprende las provincias de Córdoba, La Rioja y Tucumán, en el patio de armas del cuartel, a sus oficiales, dando gritos con la boca rodeada de una baba blanca, tras una larga perorata de odio demencial y con una voz en falsete que se les escapa del registro, deformada por una mezcla de ira y deseos impostergables: «Porque yo no quiero más presos en esta provincia, ¿han comprendido? Quiero muertos, ¡muertos!».

Más de un centenar de presos éramos en esos momentos los destinatarios de los ocuciosos de seos del ahora procesado general Menéndez. Algunos tuvimos la suerte de salir en libertad y poder abandonar el país. Otros, no. La furia de Menéndez en mi ciudad, que apenas llegaba a los 50.000 habitantes, consiguió matar solamente cuatro o cinco chavales, dos sacerdotes (uno de ellos francés) y a Enrique Angelelli, obispo de La Rioja, enloquecer a varios presos, arruinar muchos hogares, y centenares de exiliados. La provincia no sabe para más, no tenía antecedentes guerrilleros y jamás en ella se había disparado un solo tiro. Por lo que el general Menéndez debió conformarse con una magra decena de asesinatos.

El telegrama de Melilla

Director: EMILIO ALVAREZ CAÑIZARES

Edita: Medios de Comunicación Social del Estado
Redacción y Administración: Cándido Lobera, 6

Teléfonos: 684328 y 685749. Apartado de Correos, 8. Coordinación en Almería, teléfono: 951-256458, (Avd. Monserrat, 32)
Talleres de La Voz de Almería, teléfono: 951/250888.

Depósito Legal ML-2-1958

EL TELEGRAMA DE MELILLA, no hace suyos necesariamente los criterios y opiniones que se expresen en aquellos trabajos que no sean elaborados por nuestra Redacción.

Forma y lenguaje del genocidio en Argentina

Los militares argentinos mataban por cuenta propia en campos de concentración clandestinos, y enterraban de noche, en tumbas secretas y bajo la denominación NN (ningún hombre). Como no hay testigos de sus matanzas, la exhumación de los cadáveres nos permite intuir la forma, por cierto que macabra, que tuvo el genocidio, de la misma manera que la exhumación de ciertas expresiones utilizadas por los militares, públicas algunas y desconocidas otras, nos permitirán ampliar esta percepción.

Durante estos siete años de dictadura, genocidio y saqueo libre del país, los «milicos» procuraron dar una imagen de sí mismos de un ejército legal en lucha contra la subversión, contra una guerrilla organizada y perrechada, como la de El Salvador por ejemplo. Llamaron «guerra» a sus crímenes, aunque admitiendo que se trataba de una guerra «sucia». Pero en Argentina no hubo encuentros armados entre dos bandos, ni batallas, ni nada que se parezca a una clara acción armada en el sentido clásico de la palabra. Hubo secuestros y asaltos nocturnos a los hogares, y asesinatos en nocturnidad y despoblado. La mayoría de los sospechosos fueron en la cama o en sus lugares de trabajo. La táctica preferida era sorprender a la víctima durante el sueño. El ex jefe de policía de Buenos Aires, Gral. Ramón Camps, que se responsabiliza por la desaparición de 5.000 personas, declaraba en junio del año pasado: «El triunfo se logró con una combinación de dos factores: la falta de apoyo popular a la subversión y el heroísmo de tantos combatientes anónimos que son los grandes olvidados de esta historia».

He visto personalmente actuar a estos «combatientes anónimos», en la Rioja, mi provincia de allá, cuando me sacaron prácticamente de la cama, a punta de ametralladora, como el resto de los periodistas de la ciudad, y tras un simulacro de fusilamiento encerrarnos en sus mazmorras, porque, como dijo el citado Camps en defensa de lo que él llama «una posición nacional y cristiana», «en la lucha subversiva el campo de combate esencial es la mente del hombre, y todo lo que tiene que ver con la difusión tiene que ver con esa conquista del hombre que ellos procuraban a través de los medios de comunicación, la cultura, etc..., tratando de destruir los valores fundamentales de nuestra sociedad».

La exhumación de cadáveres en tumbas NN está demostrando ahora que era el heroísmo de los combatientes de que habla Camps. El 12 de diciembre pasado, Melchor Posse, nuevo alcalde de San Isidro, en Buenos Aires, encontró en la caja fuerte del ayuntamiento una carpeta que contenía 41 actas de defunción de subversivos «caídos en combate», entre ellos una familia de 5 miembros, cuyos cadáveres fueron retirados de un chalé de la localidad de Martínez y enterrados como NN el 7 de septiembre de 1976.

El comando militar de la zona comunicó ese mismo día que 5 extremistas pertenecientes a la organización montoneros habían sido abatidos. Se trataba de la familia Lanuscou.

El miércoles 25 de enero pasado, a las 4 de la tarde, los cadáveres de los 5 «guerrilleros» fueron exhumados ante los jueces Dillon y Fugaretta, quienes admitieron que se trataba del matrimonio Amelia y Roberto Lanuscou, dos hijos de 5 y 4 años, y una hija de 6 meses de edad, todos ellos con los cráneos destrozados por disparos de armas de fuego. Según recoge la crónica del diario «Clarín», la exhumación se hizo ante los 4 abuelos de los niños, y en el orden siguiente: el primer cajón desenterrado y abierto pertenecía a Bárbara, de 4 años, junto a cuyo cuerpo había un par de botas de gamuza un pequeño colchón de goma espuma, ropa interior de mujer y una faja tejida. Mientras los abuelos clamaban «justicia para los asesinos de los niños», los sepultureros extraían los ataúdes del niño de 5 años y de sus padres, y el técnico odontólogo reconocía ante el forense la maxilar de Amelia (26 años), por un conducto realizado poco antes de su muerte.

El último en aparecer bajo las paladas de los desenterradores fue el más pequeño de los féretros, correspondiente a Matilde, de 6 meses de edad y 7 años de niña desaparecida. Y si bien su pequeña calavera estaba destrozada por las balas, había junto a ella un chupete y un «osito» (prenda de vestir) que la pequeña llevaba puesto cuando llegaron «ellos», los que, según palabras del ahora detenido general Ramón Camps, son «los grandes olvidados de esta historia».

El genocidio de la Alemania nazi dejó en la memoria colectiva un par de frases que le sobrevivirán: la de Goebels, «cuando oigo la palabra cultura saco la pistola», y aquella expresión inscrita en los pórticos de los campos de trabajos forzados y exterminio,

«Arbei macht frei», el trabajo hace libre. Pobres sobrevivencias lingüísticas, en verdad, para un hecho histórico tan terrible. Los alemanes nazis, al parecer, carecían de inventiva verbal.

Los militares argentinos, en cambio, siguen una tradición de frases rimbombantes que comienza en la época de la independencia, cuando la muerte en alta mar del patriota Mariano Moreno, en situación confusa: «Era menester tanta agua para apagar tanto fuego»; o la del general Aramburu en 1956, al preguntársele cuando habría elecciones: «Ni un minuto antes, ni un minuto después». Fiel a esa tradición, el ejército videlista, durante el genocidio que comenzó en 1976, con el golpe, y acabó en 1983, con el triunfo de Alfonsín, ha producido una colección de frases que durarán más que Videla, algunas de las cuales obras maestras del terror verbal.

Así como la exhumación de cadáveres en tumbas clandestinas permite en estos días atisbar la forma o manera de operar de los genocidas, la exhumación de esas frases permitirá conocer, a través de la jerga del genocidio. Algo de su naturaleza. Algunas de las frases que citaré han sido difundidas por la prensa, como la muy célebre del Gral. Ibérico Saint Jean, «primero mataremos a los subversivos, después a los simpatizantes», etc., y así hasta llegar a «los tímidos». O aquellos metáforas de la muerte citadas por Nora Franco desde Buenos Aires, refiriéndose a presos que van a ser trasladados: «donde van les darán uniforme igual para todos» (el ataúd), o «van al norte, ahí no necesitan ropa», donde «norte» significa muerte, o tumba. Otras, fueron recogidas por mí entre los exiliados, o las conocía a través de la experiencia directa.

Año 1977, cuartel del Campo de la Ribera, Córdoba. El Gral. Luciano Benjamín Menéndez, tío del que rindió las Malvinas, dice a sus capitanes, señalando dos grupos de presos: «A estos báñenlos y aféntenlos» (significaba que quería interrogarlos). Un capitán interroga al general con los ojos, señalando al otro grupo. El general permanece en silencio. Ese silencio es la sentencia, y quiere decir que los otros presos pasarán directamente al degolladero.

1976, cárcel penitenciaria de Córdoba. Un cabo conduce a un grupo de presos ante un teniente, obligándolos a marchar en cuclillas. Un preso, cansado, se detiene. El cabo apoya la bayoneta en la espalda desnuda del preso, que permanece inmóvil. El cabo clava un poco la bayoneta en la espalda del preso, que grita pero no se mueve. El cabo hunde un poco más el arma, hasta la mitad, el preso pierde, el conocimiento. El cabo retira su arma del cuero y conduce al preso a la enfermería, donde le operan de urgencia. Cuando regresa, el teniente le dice «estas cosas, cuando se hace, hay que hacerlas bien; no hay peor cosa que un herido». El preso fue liberado un año después. Con un solo riñón. 1975. Base aérea de Chamental, la Rioja. El brigadier (general de Aviación), Capellini, el autor de este artículo, tras un golpe de estado frustrado en el que participaron 7 guarniciones: «...En cuanto a nuestra ideología, diga que somos nacionalistas, pero con zeta». Poco después uno de sus pares, cuyo nombre no recuerdo, diría: «Nosotros matamos con la mente fría y el corazón ardiente».

Del año no me olvido: 1976. Tampoco del mes: Marzo. Lugar: Regimiento de Infantería de La Rioja. El Gral. Luciano Benjamín Menéndez (otra vez), jefe de la segunda región militar que comprende las provincias de Córdoba, La Rioja y Tucumán, en el patio de armas del cuartel, a sus oficiales, dando gritos con la boca rodeada de una baba blanca, tras una larga perorata de odio demencial y con una voz en falsete que se les escapa del registro, deformada por una mezcla de ira y deseos impostergables: «porque yo no quiero más presos en esta provincia, ¿han comprendido? quiero muertos, ¡muertos!»

Más de un centenar de presos éramos en esos momentos los destinatarios de los acudidos deseos del ahora procesado general Menéndez. Algunos tuvimos la suerte de salir en libertad y poder abandonar el país. Otros, no. La furia de Menéndez en mi ciudad, que apenas llegaba a los 50.000 habitantes, consiguió matar solamente cuatro o cinco chavales, dos sacerdotes (uno de ellos francés) y a Enrique Angelelli, obispo de La Rioja, en «quecer a varios presos, arruinar muchos hogares, y centenares de exiliados. La provincia no sabía más, no tenía antecedentes guerrilleros y jamás en ella se había disparado un solo tiro. Por lo que el Gral. Menéndez debió conformarse con una magra docena de asesinatos.

Daniel Moyano
(Escritor)

FORMA Y LENGUAJE DEL GENOCIDIO EN ARGENTINA (y 2)

Por Daniel MOYANO

El genocidio de la Alemania nazi dejó en la memoria colectiva un par de frases que le sobrevivirán: la de Goebels, «cuando oigo la palabra cultura saco la pistola», y aquella expresión inscripta en los pórticos de los campos de trabajos forzados y exterminio, «Arbei macht frei», el trabajo hace libre. Pobres sobrevivencias lingüísticas, en verdad, para un hecho histórico tan terrible. Los alemanes nazis, al parecer, carecían de inventiva verbal.

Los militares argentinos, en cambio, siguen una tradición de frases rimbombantes que comienza en la época de la independencia, cuando la muerte en alta mar del patriota Mariano Moreno, en situación confusa: «Era menester tanta agua para apagar tanto fuego»; o la del general Aramburu en 1956, al preguntársele cuándo habría elecciones: «Ni un minuto antes, ni un minuto después». Fiel a esta tradición, el Ejército videlista, durante el genocidio que comenzó en 1976, con el golpe, y acabó en 1983, con el triunfo de Alfonsín, ha producido una colección de frases que durarán más que Videla, algunas de las cuales parecen obras maestras del terror verbal.

Así como la exhumación de cadáveres en tumbas clandestinas permite en estos días atisbar la forma o manera de operar de los genocidas, la exhumación de esas frases permitirá conocer, a través de la jerga del genocidio, algo de su naturaleza. Algunas de las frases que citaré han sido difundidas por la prensa, como la muy célebre del general Ibérico Saint Jean, «primero mataremos a los subversivos, después a los simpatizantes», etc., y así hasta llegar a «los tímidos». O

aquellas metáforas de la muerte citadas por Nora Franco desde Buenos Aires, refiriéndose a presos que van a ser trasladados: «Donde van les darán uniforme igual para todos» (el ataúd), o «van al norte, ahí no necesitan ropa», donde «norte» significa muerte, o tumba. Otras, fueron recogidas por mí entre los axiliados, o las conocía a través de la experiencia directa.

Año 1977, cuartel del Campo de la Ribera, Córdoba. El general Luciano Benjamín Menéndez, tío del que rindió las Malvinas, dice a sus capitanes, señalando dos grupos de presos: «A éstos báñenlos y aféitenlos» (significaba que quería interrogarlos). Un capitán interroga al general con los ojos, señalando al otro grupo. El general permanece en silencio. Ese silencio es la sentencia, y quiere decir que los otros presos pasarán directamente al degolladero.

1976, cárcel penitenciaria de Córdoba. Un cabo conduce a un grupo de presos ante un teniente, obligándolos a marchar en cuclillas. Un preso, cansado, se detiene. El cabo apoya la bayoneta en la espalda desnuda del preso, que permanece inmóvil. El cabo clava un poco la bayoneta en la espalda del preso, que grita pero no se mueve. El cabo hunde un poco más el arma, hasta la mitad, el preso pierde el conocimiento. El cabo retira su arma del cuerpo y conduce al preso a la enfermería, donde le operan de urgencia. Cuando regresa, el teniente le dice: «Estas cosas, cuando se hacen, hay que hacerlas bien: no hay peor cosa que un herido». El preso fue liberado un año después. Con un solo riñón.

1975, base aérea de Chamental, La Rioja. El bri-

godier (general de Aviación) Capellini, al autor de este artículo, tras un golpe de Estado frustrado en el que participaron 7 guarniciones: ...«En cuanto a nuestra ideología, diga que somos nacionalistas, pero con zeta». Poco después uno de sus pares, cuyo nombre no recuerdo, diría: «Nosotros matamos con la mente fría y el corazón ardiente».

Del año no me olvido: 1976. Tampoco del mes: marzo. Lugar: Regimiento de Infantería de La Rioja. El general Luciano Benjamín Menéndez (otra vez), jefe de la Segunda Región Militar que comprende las provincias de Córdoba, La Rioja y Tucumán, en el patio de armas del cuartel, a sus oficiales, dando gritos con la boca rodeada de una baba blanca, tras una larga perorata de odio demencial y con una voz en falsete que se les escapa del registro, deformada por una mezcla de ira y deseos impostergables: «Porque yo no quiero más presos en esta provincia, ¿han comprendido? Quiero muertos, ¡muertos!».

Más de un centenar de presos éramos en esos momentos los destinatarios de los acuitos deseos del ahora procesado general Menéndez. Algunos tuvimos la suerte de salir en libertad y poder abandonar el país. Otros, no. La furia de Menéndez en mi ciudad, que apenas llegaba a los 50.000 habitantes, consiguió matar solamente cuatro o cinco chavales, dos sacerdotes (uno de ellos francés) y a Enrique Angelelli, obispo de La Rioja, enloquecer a varios presos; arruinar muchos hogares, y centenares de exiliados. La provincia no daba para más, no tenía antecedentes guerrilleros y jamás en ella se había disparado un solo tiro. Por lo que el general Menéndez debió conformarse con una magra docena de asesinatos.

Sevilla, Chicago, 1992

DENTRO de ocho años, cuando se celebre simultáneamente en Sevilla y Chicago el descubrimiento de América, entre cañonazos conmemorativos, fuegos de artificio, carabelas deslizándose por las aguas del Michigan y encendidos discursos (en inglés y español, con traducción simultánea), la verdadera América, la que «aún habla en español», permanecerá marginada y silenciosa. Ningún americano hispanoparlante que se aprecie sentirá esa fiesta como suya porque nadie, desde Méjico hasta la Tierra de Fuego en Argentina, siente a Estados Unidos como América.

Si la identidad de un país no pasa solo por los ríos y las montañas y los valles sino, especialmente, por el corazón de los hombres, entonces los Estados Unidos ni siquiera existen para los latinoamericanos, para quienes los yanquis o gringos jamás se comportaron como una nación hermana sino como país agresor y expoliador, con otra cultura, otra religión y otra lengua.

Las trece colonias que en 1776 se independizan de Inglaterra, colonias formadas por británicos que nunca se mestizaron, ni cultural ni carnalmente, fueron expandiéndose, ya por la negociación, la agresión militar o inventos monopólicos tales

como «Panamericanismo», «Destino manifiesto» o «América para los americanos» (los del Norte, claro), y tomaron de la América del Sur todo lo que pudieron, millones de kilómetros cuadrados, con sus ríos y montañas, y también con su nombre: América.

El nombre de América, históricamente, no pertenece a USA. En 1507 el cartógrafo Waldseemüller elaboró en Francia el famoso primer mapa de aquellas tierras, donde aparece por vez primera la palabra América, de acuerdo con las descripciones hechas en 1500 por Américo Vespucio en su carta a Lorenzo de Medici. En ella describe una parte de la costa brasileña, desde el cabo San Agustín hasta el golfo de Venezuela. La palabra América usada por el cartógrafo corresponde, pues, a estos dos países, y en todo caso al resto de las tierras hacia el Sur. Pasaría todavía un siglo para que los ingleses fundasen en 1607 la colonia de Jamestown.

No conforme con apropiarse el nombre, USA comenzó a usar no hace mucho tiempo la palabra subcontinente para referirse a esas tierras más o menos hispánicas que

quedan al sur del Río Grande, y la palabra ha comenzado a generalizarse. La feria que se montara en Chicago en 1992, juntamente con la de Sevilla, parece dar la razón a esta voluntad despreciativa de llamar subcontinente a América del Sur.

Hegel ya diferenciaba entre la América del Norte y la América del Sur. De la del Norte habló, y nada dijo sobre la otra, porque la consideraba «tierra del porvenir», y la filosofía no profetiza. Menos mal, por lo menos parece que nos queda el porvenir, ya que ni siquiera nos queda la palabra (América) que alguna vez creímos nuestra.

Ese futuro previsto por Hegel puede ser la utopía aún no realizada en América (me refiero a la de habla hispano-portuguesa y a los países caribeños anglófonos y francófonos). USA perdió ese futuro desde el comienzo, al asumir su destino de un nuevo Creso, aquel rey de Lidia célebre por sus riquezas. Los escritores más lúcidos de USA han expresado este fracaso. Pero a Creso, mientras tenga riquezas, no le importa haber fracasado como esperanza, como utopía o como futuro. Además de la palabra América, tiene los dólares. Perc

no por ello Creso deja de ser, como lo definió Leopoldo Morechal, «una triste ponzona degradante o un pequeño demonio sin gracia que se deslizó en el mundo y que lo está estrangulando».

Para ese sentir latinoamericano, Estados Unidos no es América. Se ha dicho que es una Europa excéntrica. Por un lado invade Granada, como cualquier potencia colonialista, por otro, en caso de conflicto, se vuelca hacia Europa, como lo hizo apoyando a Inglaterra en la guerra de las Malvinas. Se ha dicho también que el verdadero problema, el más grave que padece Sudamérica, es Estados Unidos. Porque ejerce la dictadura del dinero.

Este Creso, harto de riquezas y de armas, que acaba de merendarse a Granada y amenaza a Nicaragua, mantiene al mundo en vilo, junto a los gerontócratas rusos, amenazándole con un futuro de locura nuclear que puede convertir a Adán, protagonista de la historia, en lo que, según el desaparecido Cortázar, se advierte en cuanto leemos su nombre al revés: nada.

Ante lo cual poco importa que la verdadera América esté ausente en el V centenario del descubrimiento: lo importante es que lleguemos vivos a 1992.

Daniel Moyano
(Escritor)

- SUR - Malaga: 20-3-84

Dentro de ocho años, cuando se celebre simultáneamente en Sevilla y Chicago el Descubrimiento de América, entre cañonazos conmemorativos, fuegos de artificios, carabelas deslizándose por las aguas del Michigan y encendidos discursos (en inglés y español, con traducción simultánea), la verdadera América, la que «aún habla en español», permanecerá marginada y silenciosa. Ningún americano hispanoparlante que se aprecie sentirá esa fiesta como suya porque nadie, desde México hasta la Tierra del Fuego en Argentina, siente a Estados Unidos como América.

Si la identidad de un país no pasa sólo por los ríos y las montañas y los valles sino, especialmente, por el corazón de los hombres, entonces Estados Unidos ni siquiera existen para los latinoamericanos, para quienes los yanquis o gringos jamás se comportaron como una nación hermana sino como país agresor y expoliador, con otra cultura, otra religión y otra lengua.

Las trece colonias que en 1776 se independizan de Inglaterra, colonias formadas por británicos que nunca se mestizaron, ni cultural ni carnalmente, fueron expendiéndose, ya por la negociación, la agresión militar o inventos monopolísticos tales como «panamericanismo», «destino manifiesto» o «América para los americanos» (los del Norte, claro), y tomaron de la América del

Sevilla, Chicago, 1992

Daniel MOYANO

Sur todo lo que pudieron, millones de kilómetros cuadrados, con sus ríos y montañas, y también con su nombre: América.

El nombre de América, históricamente, no pertenece a USA. En 1507 el cartógrafo Waldseemüller elaboró en Francia el famoso primer mapa de aquellas tierras, donde aparece por vez primera la palabra América, de acuerdo con las descripciones hechas en 1500 por Américo Vespucio en su carta a Lorenzo de Medici. En ella describe una parte de la costa brasileña, desde el cabo San Agustín hasta el golfo de Venezuela. La palabra América usada por el cartógrafo corresponde, pues, a estos dos países, y en todo caso el resto de las tierras hacia el Sur. Pasaría todavía un siglo para que los ingleses fundasen, en 1607 la colonia de Jamestown.

No conforme con apropiarse el nombre, USA comenzó a usar no hace mucho tiempo la palabra subcontinente para referirse a esas tierras más o menos hispánicas que quedan al sur del río Grande, y la palabreja ha comen-

zando a generalizarse. La feria que se montará en Chicago en 1992, juntamente con la de Sevilla, parece dar la razón a esta voluntad despreciativa de llamar subcontinente a América del Sur.

Hegel ya diferenciaba entre la América del Norte y la América del Sur. De la del Norte habló, y nada dijo sobre la otra, porque la consideraba «Tierra del Porvenir», y la filosofía no profetiza. Menos mal, por lo menos parece que nos queda el porvenir, ya que ni siquiera nos queda la palabra (América) que alguna vez creíamos nuestra.

Ese futuro previsto por Hegel puede ser la utopía aún no realizada en América (me refiero a la de habla hispano-portuguesa y a los países caribeños anglófonos y francófonos). USA perdió ese futuro desde el comienzo, al asumir su destino de un nuevo credo, aquel rey de Lilla célebre por sus riquezas. Los escritores más lúcidos de USA han expresado este fracaso. Pero a Crespo, mientras tenga riquezas, no le importa haber fracasado como esperanza, como utopía o como futuro. Además de

la palabra América, tiene los dólares. Pero no por ello Crespo deja de ser, como lo definió Leopoldo Morech, «una triste ponzoña degradante o un pequeño demonio sin gracia que se deslizó en el mundo y que lo está estrangulando».

Para ese sentir latinoamericano, Estados Unidos no es América. Se ha dicho que es una Europa excéntrica. Por un lado invade Granada, como cualquier potencia colonialista, por otro, en caso de conflicto, se vuelca hacia Europa, como lo hizo apoyando a Inglaterra en la guerra de las Malvinas. Se ha dicho también que el verdadero problema, el más grave que padece Sudamérica, es Estados Unidos. Porque ejerce la dictadura del dinero.

Este draso, harto de riquezas y de armas, que acaba de merendarse a Granada y amenaza a Nicaragua, mantiene al mundo en vilo, junto a los gerontócratas rusos, amenazándole con un futuro de locura nuclear que puede convertir a Adán, protagonista de la Historia, en lo que, según el desaparecido Cortázar, se advierte en cuanto leemos su nombre al revés: nada.

Ante lo cual poco importa que la verdadera América esté ausente en el V Centenario del Descubrimiento: lo importante es que llegemos vivos a 1982.

20-3-84

Sevilla, Chicago, 1992

Por Daniel MOYANO

(ESCRITOR)

Dentro de ocho años, cuando se celebre simultáneamente en Sevilla y Chicago el descubrimiento de América, entre cañonazos conmemorativos, fuegos de artificio carabelas deslizándose por las aguas del Michigan y encendidos discursos (en inglés y español, con traducción simultánea), la verdadera América, la que «aún habla en español», permanecerá marginada y silenciosa. Ningún americano hispanoparlante que se aprecie sentirá esa fiesta como suya porque nadie, desde México hasta la Tierra del Fuego en Argentina, siente a Estados Unidos como América.

Si la identidad de un país no pasa sólo por los ríos y las montañas y los valles sino, especialmente, por el corazón de los hombres, entonces los Estados Unidos ni siquiera existen para los latinoamericanos, para quienes los yanquis o gringos jamás se comportaron como una nación hermana, sino como país agresor y explotador, con otra cultura, otra religión y otra lengua.

Las trece colonias que en 1776 se independizan de Inglaterra, colonias formadas por británicos que nunca se mestizaron, ni cultural ni carnalmente, fueron expendiéndose, ya por la negociación, la agresión militar o inventos monopólicos tales como «pamericanismo», «destino manifiesto» o «América para los americanos» (los del norte, claro), y tomaron de la América del Sur todo lo que pudieron, millones de kilómetros cuadrados, con sus ríos y montañas, y también con su nombre: América.

El nombre de América, históricamente, no pertenece a USA. En

1507 el cartógrafo Waldseemüller elaboró en Francia el famoso primer mapa de aquellas tierras donde aparece por vez primera la palabra América, de acuerdo con las descripciones hechas en 1500 por Américo Vespucio en su carta a Lorenzo de Medici. En ella describe una parte de la costa brasileña, desde el cabo San Agustín hasta el golfo de Venezuela. La palabra América usada por el cartógrafo corresponde, pues, a estos dos países, y en todo caso al resto de las tierras hacia el sur. Pasaría todavía un siglo para que los ingleses fundasen, en 1607 la colonia de Jamestown.

No conforme con apropiarse el nombre, USA comenzó a usar no hace mucho tiempo la palabra subcontinente para referirse a esas tierras más o menos hispánicas que quedan al sur del Río Grande, y la palabreja ha comenzado a generalizarse. La feria que se montará en Chicago en 1992, juntamente con la de Sevilla, parece dar la razón a esta voluntad despreciativa de llamar subcontinente a América del Sur.

Hegel ya diferenciaba entre la América del Norte y la América del Sur. De la del Norte habló, y nada dijo sobre la otra, porque la consideraba «tierra del porvenir», y la filosofía no profetiza. Menos mal, por lo menos parece que nos queda el porvenir, ya que ni siquiera nos queda la palabra (América) que alguna vez creímos nuestra.

Ese futuro previsto por Hegel puede ser la utopía aún no realizada en América (me refiero a la de habla hispano-portuguesa y a los países caribeños anglófonos y francófonos). USA perdió ese fu-

turo desde el comienzo, al asumir su destino de un nuevo Creso, aquel rey de Lidia célebre por sus riquezas. Los escritores más lúcidos de USA han expresado este fracaso. Pero a Creso, mientras tenga riquezas, no le importa haber fracasado como esperanza, como utopía o como futuro. Además de la palabra América, tiene los dólares. Pero no por ello Creso deja de ser, como lo definió Leopoldo Morech, «una triste ponzoña degradante a un pequeño demonio sin gracia que se deslizó en el mundo y que lo está estrangulando».

Para ese sentir latinoamericano, Estados Unidos no es América. Se ha dicho que es una Europa excéntrica. Por un lado invade Granada, como cualquier potencia colonialista, por otro, en caso de conflicto, se vuelca hacia Europa, como lo hizo apoyando a Inglaterra en la guerra de Las Malvinas. Se ha dicho también que el verdadero problema, el más grave que padece Sudamérica, es Estados Unidos. Porque ejerce la dictadura del dinero.

Este Creso, harto de riquezas y de armas, que acaba de merendarse a Granada y amenaza a Nicaragua, mantiene al mundo en vilo, junto a los gerontócratas rusos, amenazándole con un futuro de locura nuclear que puede convertir a Adán, protagonista de la historia, en lo que, según el desaparecido Cortázar, se advierte en cuanto leemos su nombre al revés: nada.

Ante lo cual poco importa que la verdadera América esté ausente en el quinto centenario del descubrimiento: lo importante es que lleguemos vivos a 1992.

SEVILLA, CHICAGO, 1982

Por DANIEL MOYANO (Escritor)

Dento de ocho años, cuando se celebre simultáneamente en Sevilla y Chicago el Descubrimiento de América, entre cañonazos conmemorativos, fuegos de artificio, carabelas deslizándose por las aguas del Michigan y encendidos discursos (en inglés y español, con traducción simultánea), la verdadera América, la que «aún habla en español», permanecerá marginada y silenciosa. Ningún americano hispanoparlante que se aprecia sentirá esa fiesta como suya porque nadie, desde México hasta la Tierra del Fuego de Argentina, siente a Estados Unidos como América..

Si la identidad de un país no pasa sólo por los ríos y las montañas y los valles sino, especialmente, por el corazón de los hombres, entonces los Estados Unidos ni siquiera existen para los latinoamericanos, para quienes los yanquis o gringos jamás se comportaron como una nación hermana sino como país agresor y expoliador, con otra cultura, otra religión y otra lengua.

Las trece colonias que en 1776 se independizan de Inglaterra, colonias formadas por británicos que nunca se mestizaron, ni cultural ni carnalmente, fueron expendiéndose, ya por la negociación, la agresión militar o inventos monopolísticos tales como «panamericanismo», «destino manifiesto» o «América para los americanos» (los del Norte, claro), y tomaron de la América del Sur todo lo que pudieron, millones de kilómetros cuadrados, con sus ríos y montañas, y también con su nombre: América.

El nombre de América, históricamente, no pertenece a USA. En 1507 el cartógrafo Waldseemüller elaboró en Francia el famoso primer mapa de aquellas tierras, donde aparece por vez primera la palabra América, de acuerdo con las descripciones hechas en 1500 por Américo Vesputi en su carta a Lorenzo de Medici. En ella describe una parte de la costa brasileña, desde el cabo San Agustín hasta el Golfo de Venezuela. La palabra América usada por el cartógrafo corresponde, pues, a estos dos países, y en todo caso al resto de las tierras hacia el Sur. Pasaría todavía un siglo para que los ingleses fundasen, en 1607 la colonia de Jamestown.

No conforme con apropiarse el nombre, USA comenzó a usar no hace mucho tiempo tiempo la pa-

labra subcontinente para referirse a esas tierras más o menos hispánicas que quedan al Sur del Río Grande, y la palabreja ha comenzado a generalizarse. La feria que se montará en Chicago en 1992, juntamente con la de Sevilla, parece dar la razón a esta voluntad despreciativa de llamar subcontinente a América del Sur.

Hegel ya diferenciaba entre la América del Norte y la América del Sur. De la del Norte habló, y nada dijo sobre la otra, porque la consideraba «tierra del porvenir», y la filosofía no profetiza. Menos mal, por lo menos parece que nos queda el porvenir, ya que ni siquiera nos queda la palabra (América) que alguna vez creímos nuestra.

Ese futuro previsto por Hegel puede ser la utopía aún no realizada en América (me refiero a la de habla hispano-portuguesa y a los países caribeños anglófonos y francófonos). Usa perdió ese futuro desde el comienzo, al asumir su destino de un nuevo creso, aquel rey de lidia célebre por sus riquezas. Pero a Cresos, mientras tenga riquezas, no le importa haber fracasado como esperanza, como utopía o como futuro. Además de la palabra América, tiene los dólares. Pero no por ello Cresos deja de ser, como lo defendió Leopoldo Marechal, «una triste ponzoña degradante o un pequeño demonio sin gracia que se deslizó en el mundo y que lo está estrangulando».

Para ese sentir latinoamericano, Estados Unidos no es América. Se ha dicho que es una Europa excéntrica. Por un lado invade Granada, como cualquier potencia colonialista, por otro, en caso de conflicto, se vuelca hacia Europa, como lo hizo apoyando a Inglaterra en la guerra de Las Malvinas. Se ha dicho también que el verdadero problema, el más grave que padece Sudamérica, es Estados Unidos. Porque ejerce la dictadura del dinero.

Este Cresos, harto de riquezas y de armas, que acaba de merendarse a Granada y amenaza a Niagaruga, mantiene al mundo en vilo, junto a los gerontócratas rusos, amenazándole con un futuro de locura nuclear que puede convertir a Adán, protagonista de la historia, en lo que, según el desaparecido Cortázar, se advierte en cuanto leemos su nombre al revés: nada.

Ante lo cual poco importa que la verdadera América esté ausente en el V Centenario del Descubrimiento: lo importante es que lleguemos vivos a 1992.

Nueva España =

Huesca: 21.3.84

Sevilla, Chicago, 1992

Por Daniel Moyano (*)

Dentro de ocho años, cuando se celebre simultáneamente en Sevilla y Chicago el descubrimiento de América, entre cañonazos conmemorativos, fuegos de artificio, carabelas deslizando por las aguas del Michigan y encendidos discursos (en inglés y español, con traducción simultánea), la verdadera América, la que «aún habla en español», permanecerá marginada y silenciosa. Ningún americano hispanoparlante que se precie sentirá esa fiesta como suya porque nadie, desde México hasta la Tierra del Fuego en Argentina, siente a Estados Unidos como América.

Si la identidad de un país no pasa sólo por los ríos y las montañas y los valles sino, especialmente, por el corazón de los hombres, entonces los Estados Unidos ni siquiera existen para los latinoamericanos, para quienes los yanquis o gringos jamás se comportaron como una nación hermana sino como país agresor y expoliador, con otra cultura, otra religión y otra lengua.

Las trece colonias que en 1776 se independizan de Inglaterra, colonias formadas por británicos que nunca se mestizaron, ni cultural ni carnalmente, fueron expendiéndose, ya por la negociación, la agresión militar o inventos monopólicos tales como «panamericanismo», «destino manifiesto» o «América para los americanos» (los del Norte, claro), y tomaron de la América del Sur todo lo que pudieron, millones de kilómetros cuadrados, con sus ríos y montañas, y también con su nombre: América.

El nombre de América, históricamente, no pertenece a USA. En 1507 el cartógrafo Waldseemüller elaboró en Francia el famoso primer mapa de aquellas tierras, donde aparece por vez primera la palabra América, de acuerdo con las descripciones hechas en 1500 por Américo Vespucí en su carta a Lorenzo de Médici. En ella describe una parte de la costa brasileña, desde el cabo San Agustín hasta el golfo de Venezuela. La palabra América usada por el cartógrafo corresponde, pues, a estos dos países, y en todo caso al resto de las tierras hacia el Sur. Pasaría todavía un siglo para que los ingleses fundasen, en 1607 la colonia de Jamestown.

No conforme con apropiarse el nombre, USA comenzó a usar no hace mucho tiempo la palabra subcontinente para referirse a esas tierras más o menos hispánicas que quedan al Sur del

Río Grande, y la palabreja ha comenzado a generalizarse. La feria que se montará en Chicago en 1992, juntamente con la de Sevilla, parece dar la razón a esta voluntad despreciativa de llamar subcontinente a América del Sur.

Hegel ya diferenciaba entre la América del Norte y la América del Sur. De la del Norte habló, y nada dijo sobre la otra, porque la consideraba «tierra del porvenir», y la filosofía no profetiza. Menos mal, por lo menos parece que nos queda el porvenir, ya que ni siquiera nos queda la palabra (América) que alguna vez creímos nuestra.

Ese futuro previsto por Hegel puede ser la utopía aún no realizada en América (me refiero a la de habla hispanoportuguesa y a los países caribeños anglófonos y francófonos). USA perdió ese futuro desde el comienzo, al asumir su destino de un nuevo Creso, aquél Rey de Lidia célebre por sus riquezas. Los escritores más lúcidos de USA han expresado este fracaso. Pero a Creso, mientras tenga riquezas, no le importa haber fracasado como esperanza, como utopía o como futuro. Además de la palabra América, tiene los dólares. Pero no por ello Creso deja de ser, como lo definió Leopoldo Merechal, «una triste ponzoña degradante o un pequeño demonio sin gracia que se deslizo en el mundo y que lo está estrangulando».

Para ese sentir latinoamericano, Estados Unidos no es América. Se ha dicho que es una Europa excéntrica. Por un lado invade Granada, como cualquier potencia colonialista, por otro, en caso de conflicto, se vuelca hacia Europa, como lo hizo apoyando a Inglaterra en la guerra de las Malvinas. Se ha dicho también que el verdadero problema, el más grave que padece Sudamérica, es Estados Unidos. Porque ejerce la dictadura del dinero.

Este Creso, harto de riquezas y de armas, que acaba de merendarse a Granada y amenaza a Nicaragua, mantiene al mundo en vilo, junto a los gerontócratas rusos, amenazándole con un futuro de locura nuclear que puede convertir a Adán, protagonista de la historia, en lo que, según el desaparecido Cortázar, se advierte en cuanto leemos su nombre al revés: nada.

Ante lo cual poco importa que la verdadera América esté ausente en el 500 aniversario del descubrimiento: lo importante es que llegemos vivos a 1992.

* Escritor

Sevilla, Chicago, 1992

Daniel MOYANO, escritor

Dentro de ocho años, cuando se celebre simultáneamente en Sevilla y Chicago el descubrimiento de América, entre cañonazos conmemorativos, fuegos de artificio, carabelas deslizándose por las aguas del Michigan y encendidos discursos (en inglés y español, con traducción simultánea), la verdadera América, la que «aún habla en español», permanecerá marginada y silenciosa. Ningún americano hispanoparlante que se aprecie sentirá esa fiesta como suya porque nadie, desde Méjico hasta la Tierra del Fuego en Argentina, siente a Estados Unidos como América.

Si la identidad de un país no pasa sólo por los ríos y las montañas y los valles, sino, especialmente, por el corazón de los hombres, entonces los Estados Unidos ni siquiera existen para los latinoamericanos, para quienes los yanquis o gringos jamás se comportaron como una nación hermana sino como país agresor y expoliador, con otra cultura, otra religión y otra lengua.

Las trece colonias que en 1776 se independizan de Inglaterra, colonias formadas por británicos que nunca se mestizaron, ni cultural ni carnalmente, fueron expandiéndose, ya por la negociación, la agresión militar o inventos monopolísticos tales como «panamericanismo», «destino manifiesto» o «América para los americanos» (los del Norte, claro), y tomaron de la América del Sur todo lo que pudieron, millones de kilómetros cuadrados, con sus ríos y montañas, y también con su nombre: América.

El nombre de América, históricamente, no pertenece a USA. En 1507 el cartógrafo Waldseemüller elaboró en Francia el famoso primer mapa de aquellas tierras, donde aparece por vez primera la palabra América, de acuerdo con las descripciones hechas en 1500 por Américo Vespucio en su carta a Lorenzo de Médici. En ella describe una parte de la costa brasileña, desde el cabo San Agustín hasta el golfo de Venezuela. La palabra América usada por el cartógrafo corresponde, pues, a estos dos países, y en todo caso al resto de las tierras hacia el sur. Pasaría todavía un siglo para que los ingleses fundasen, en 1607, la colonia de Jamestown.

No conforme con apropiarse el nombre, USA comenzó a usar no hace mucho tiempo la palabra subcontinente para referirse a esas tierras más o menos hispánicas que quedan al sur del Río Grande, y la palabreja

ha comenzado a generalizarse. La feria que se montará en Chicago en 1992, juntamente con la de Sevilla, parece dar la razón a esta voluntad despreciativa de llamar subcontinente a América del Sur.

Las dos Américas

Hegel ya diferenciaba entre la América del Norte y la América del Sur. De la del Norte habló, y nada dijo sobre la otra, porque la consideraba «tierra del porvenir», y la filosofía no profetiza. Menos mal, por lo menos parece que nos queda el porvenir, ya que ni siquiera nos queda la palabra (América) que alguna vez creímos nuestra.

Ese futuro previsto por Hegel puede ser la utopía aún no realizada en América (me refiero a la de habla hispanoportuguesa y a los países caribeños anglófonos y francófonos). USA perdió ese futuro desde el comienzo, al asumir su destino de un nuevo Creso, aquel rey de Lidia célebre por sus riquezas. Los escritores más lúcidos de USA han expresado este fracaso. Pero a Creso, mientras tenga riquezas, no le importa haber fracasado como esperanza, como utopía o como futuro. Además de la palabra América, tiene los dólares. Pero no por ello Creso deja de ser, como lo definió Leopoldo Merchal, «una triste ponzoña degradante o un pequeño demonio sin gracia que se deslizó en el mundo y que lo está estrangulando».

Para ese sentir latinoamericano, Estados Unidos no es América. Se ha dicho que es una Europa excéntrica. Por un lado invade Granada, como cualquier potencia colonialista, por otro, en caso de conflicto, se vuelca hacia Europa, como lo hizo apoyando a Inglaterra en la guerra de las Malvinas. Se ha dicho también que el verdadero problema, el más grave que padece Sudamérica, es Estados Unidos. Porque ejerce la dictadura del dinero.

Este Creso, harto de riquezas y de armas, que acaba de merendarse a Granada y amenaza a Nicaragua, mantiene al mundo en vilo, junto a los gerontócratas rusos, amenazándole con un futuro de locura nuclear que puede convertir a Adán, protagonista de la historia, en lo que, según el desaparecido Cortázar, se advierte en cuanto leemos su nombre al revés: nada.

Ante lo cual poco importa que la verdadera América esté ausente en el centenario del descubrimiento: lo importante es que llegemos vivos a 1992.

3/4/84

Cortázar y los argentinos

Por Daniel MOYANO
(ESCRITOR)

Poco después de asumir el poder en Argentina el presidente Alfonsín, el escritor Julio Cortázar, recientemente fallecido, reconocido mundialmente como uno de los grandes de este siglo, regresó a su país para compartir la alegría del retorno a la democracia, después de 33 años de exilio. Una democracia que él, con su pensamiento y sus actitudes antidictatoriales, contribuyó a recuperar, en un país con una imagen exterior de república bananera que él, a fuerza de talento, interés y creatividad, contribuyó a modificar, preservando a la vez, mediante el libre ejercicio del pensamiento, los valores éticos de un pueblo sometido durante casi una década por una de las más feroces y criminales dictaduras de Suramérica.

Pues bien, los representantes de la cultura oficial de ese país, así como los de la joven democracia, negaron al más influyente y leído de sus escritores una recepción formal. Así como al entierro de Mozart asistieron solamente el sepulturero y un perro, a la llegada de Julio Cortázar a su país después de tantos años de exilio no lo esperaba nadie. En 1969, en un pueblo del Sur de Francia, Cortázar me decía que él no podía regresar al país, entonces bajo la dictadura de Onganía, porque a su estatura (media casi dos metros) no podía disimularla. El número de la revista «Libre» que dirigió Cortázar en París, fue secuestrado en Buenos Aires nada más llegar el barco al puerto. Julio temía que si él volvía, le pasara lo mismo. En 1984, con un Gobierno democrático, pudo pasear su estatura, la física y la otra, por las calles de Buenos Aires, sin peligro de secuestro... y de reconocimiento.

Acaso por haber acudido tantas veces a él en Europa para que ayudara a denunciar a través de Amnesty los asesinatos de la dictadura, las madres de Plaza de Mayo lo reconocieron, cuando Cortázar se acercó a dicha plaza para ver manifestarse a las madres, lo abrazaron, besaron e incorporaron a la manifestación. Esto, es claro, importa más que el más sincero reconocimiento oficial y es, por otro lado, la mejor recepción que podía esperar un cronopio como él, que además debe de haber agradecido íntimamente la indiferencia del Gobierno.

Una indiferencia que también se daba en el plano intelectual, a mediados del año pasado, cuando advertí en Buenos Aires, en los ambientes literarios, un sentimiento anticortaziano. No me dieron razones, ni pude descubrirlas. En general reprochaban, sin argumentos claros, su actitud política. Y afirmaban que después de «El libro de Manuel», donde Cortázar aborda temas concretos de la atroz realidad latinoamericana, no había escrito nada que mereciera la pena. Quienes esto afirmaban eran aquellos que, con sus declaraciones o con su silencio, toleraban la dictadura y el genocidio, y que ahora se asombran que haya tantos muertos y de que sea verdad aquello de los desaparecidos.

Ignoro las razones que pudo tener el actual Gobierno para permanecer indiferente ante el regreso de un exiliado de la talla de Cortázar, y resulta extraño, por cuanto es conocido el interés del equipo de Alfonsín por la cultura. No es de extrañar, en cambio, la actitud de la derecha intelectual, claramente expresada en la nota necrológica que le dedicó el diario «La Nación» en su edición del 13 de febrero, donde sin arriesgar opinión propia, utilizando el escondrijo del «se dice», comentan que a Julio no se le perdona apoyar la insurrección continental desde París, sin asumir los riesgos in situ; no se le perdona haber respondido en un reportaje que él no se sentía orgulloso de ser argentino sino de ser latinoamericano. El apoyo moral de Cortázar a la lucha de los pueblos oprimidos contra sus dictadores militares se debe, según dicho periódico, al oportunismo y hasta «un cierto afán mercantil, aunque esto último no pueda aseverarse». Y, sobre todo, se trata de «actitudes inaceptables en hombres de su talento». Lo que no dice «La Nación» es que la derecha intelectual jamás perdonará a Cortázar el haber utilizado con genialidad el género llamado cuento fantástico, señal de identidad de la oligarquía, para ponerlo al servicio del cambio social en América Latina.

Tampoco sabe «La Nación», ni los intelectuales españoles que tildaron de ingenua la actitud política de Cortázar, pero sí sabemos los que tuvimos la suerte de ser sus amigos, que Cortázar no es un político y que sus actividades en este terreno eran puramente éticas. Porque él nunca olvidó que los antiguos maestros otorgaban a la política una esfera y un objeto propios, al lado de la metafísica y la poesía. Que son precisamente los polos entre los que se movió siempre la «política» del gran escritor Julio Cortázar.

Cortázar y los argentinos

Daniel Moyano

Poco después de asumir el poder en Argentina el presidente Alfonsín, el escritor Julio Cortázar, recientemente fallecido, reconocido mundialmente como uno de los grandes de este siglo, regresó a su país para compartir la alegría del retorno a la democracia, después de 33 años de exilio. Una democracia que él, con su pensamiento y sus actitudes antidictatoriales, contribuyó a recuperar, en un país con una imagen exterior de república bananera que él, a fuerza de talento, interés y creatividad, contribuyó a modificar, preservando a la vez, mediante el libre ejercicio del pensamiento, los valores éticos de un pueblo sometido durante casi una década por una de las más feroces y criminales dictaduras de suramérica.

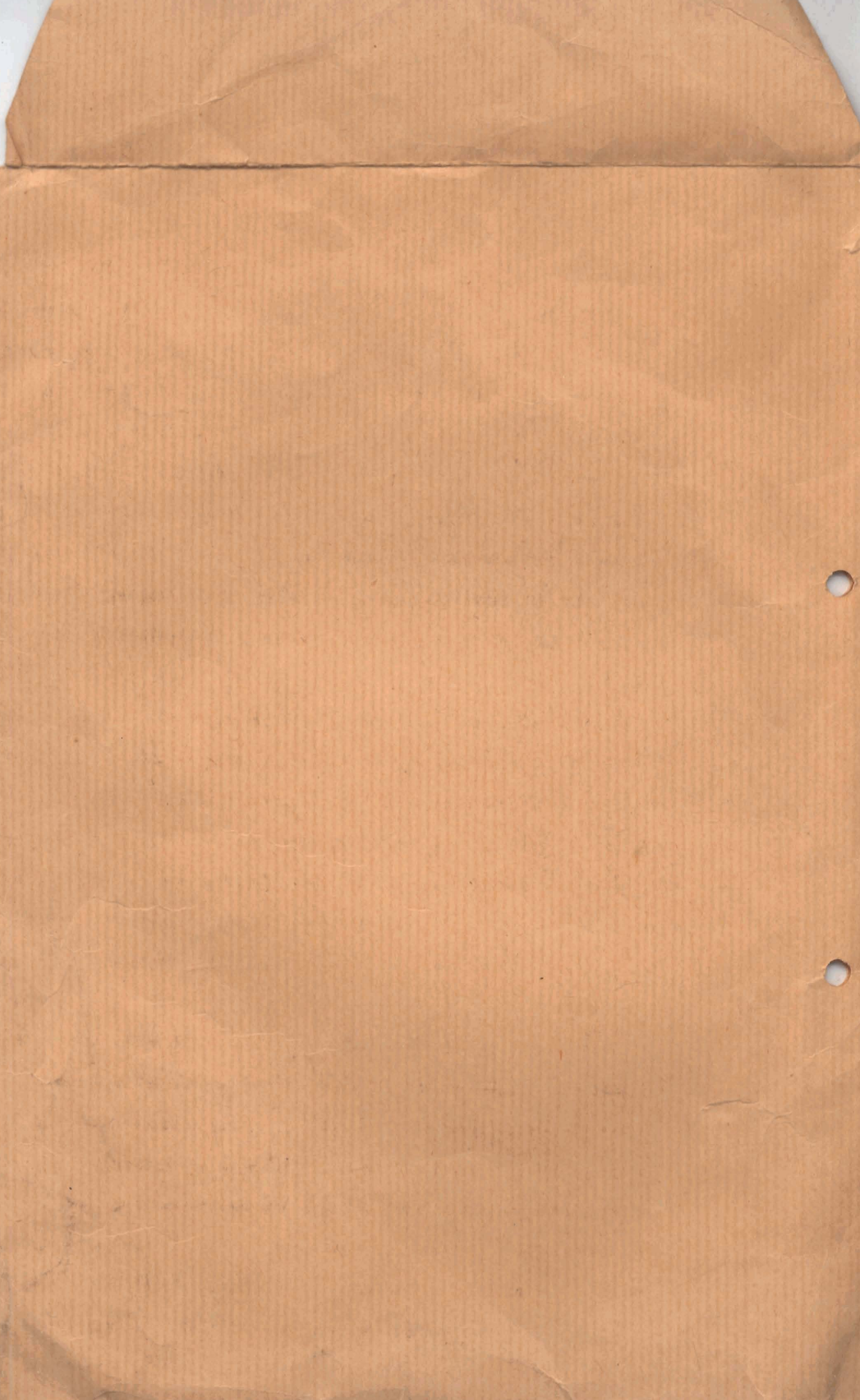
Pues bien, los representantes de la cultura oficial de ese país, así como los de la joven democracia, negaron al más influyente y leído de sus escritores una recepción formal. Así como al entierro de Mozart asistieron solamente el sepulturero y un perro, a la llegada de Julio Cortázar a su país después de tantos años de exilio no lo esperaba nadie. En 1969, en un pueblo del sur de Francia, Cortázar me decía que él no podía regresar al país, entonces bajo la dictadura de Onganía, porque a su estatura (medía casi dos metros) no podía disimularla. El número de la revista libre que dirigió Cortázar en París, fue secuestrado en Buenos Aires nada más llegar el barco al puerto. Julio temía que si él volvía, le pasara lo mismo. En 1984, con un gobierno democrático, pudo pasear su estatura, la física y la otra, por las calles de Buenos Aires, sin peligro de secuestro... y de reconocimiento.

Acaso por haber acudido tantas veces a él en Europa para que ayudara a denunciar a través de Amnesty los asesinatos de la dictadura, las madres de Plaza de Mayo lo reconocieron, cuando Cortázar se acercó a dicha plaza para ver manifestarse a las madres, lo abrazaron, besaron e incorporaron a la manifestación. Esto, es claro, importa más que el más sincero reconocimiento oficial y es, por otro lado, la mejor recepción que podía esperar un cronopio como él, que además debe de haber agradecido íntimamente la indiferencia del gobierno.

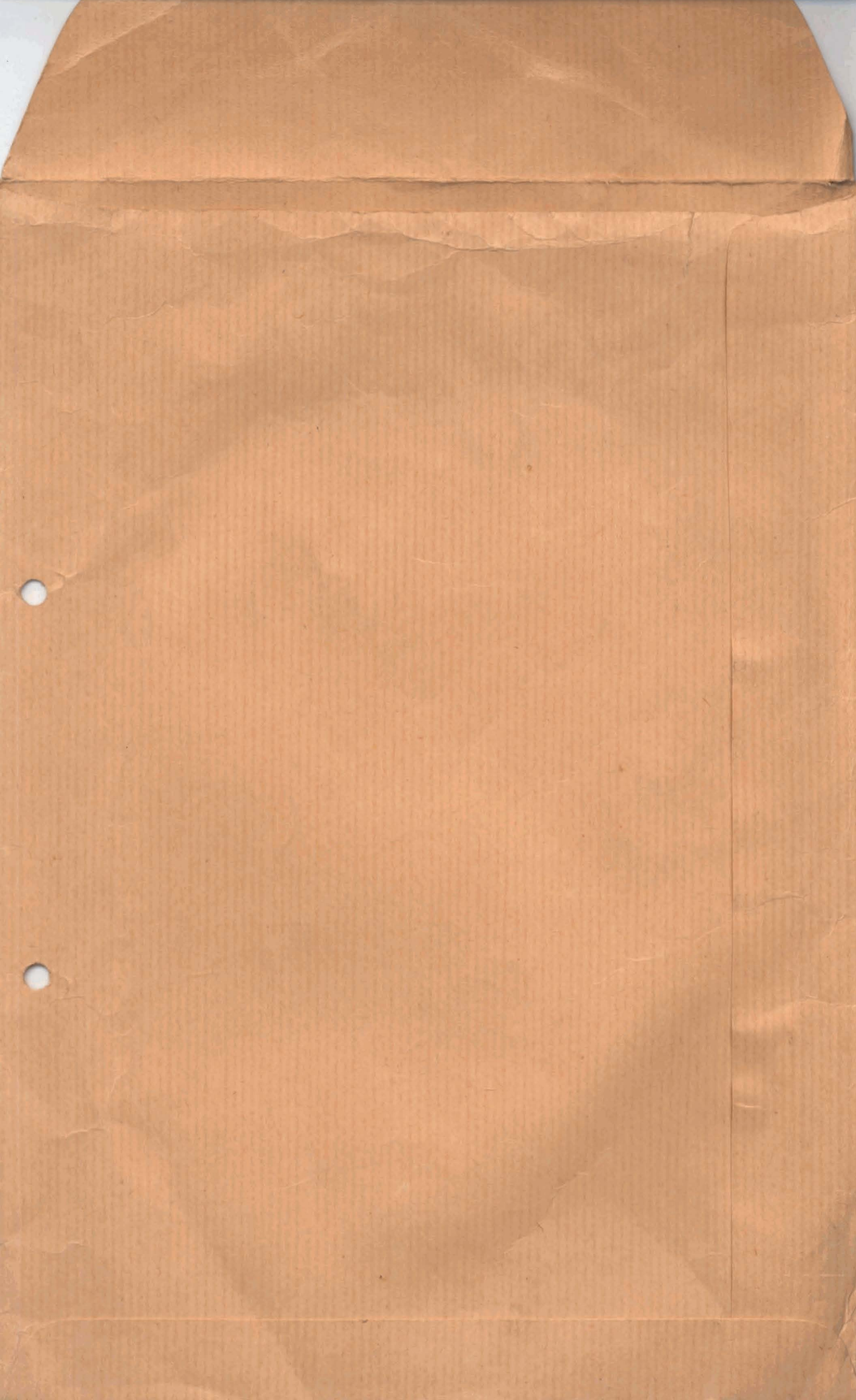
Una indiferencia que también se daba en el plano intelectual, a mediados del año pasado, cuando advertí en Buenos Aires, en los ambientes literarios, un sentimiento anticortaziano. No me dieron razones, ni pude descubrirlas. En general reprochaban, sin argumentos claros, su actitud política, y afirmaban que después de el libro de Manuel, donde Cortázar aborda temas concretos de la atroz realidad latinoamericana, no había escrito nada que mereciera la pena. Quienes esto afirmaban eran aquéllos que, con sus declaraciones o con su silencio, toleraban la dictadura y el genocidio, y que ahora se asombran que haya tantos muertos y de que sea verdad aquello de los desaparecidos.

Ignoro las razones que pudo tener el actual Gobierno para permanecer indiferente ante el regreso de un exiliado de la talla de Cortázar, y resulta extraña, por cuanto es conocido el interés del equipo de Alfonsín por la cultura. No es extraña, en cambio, la actitud de la derecha intelectual, claramente expresada en la nota necrológica que le dedicó el diario «La Nación» en su edición del 13 de febrero, donde sin arriesgar opinión propia, utilizando el escondrijo del «se dice», comentan que a Julio no se le perdona apoyar la insurrección continental desde París, sin asumir los riesgos in situ; no se le perdona haber respondido en un reportaje que él no se sentía orgulloso de ser argentino sino de ser latinoamericano. El apoyo moral de Cortázar a la lucha de los pueblos oprimidos contra sus dictadores militares se debe, según dicho periódico, al oportunismo y hasta «un cierto afán mercantil, aunque esto último no pueda aseverarse». Y, sobre todo, se trata de «actitudes inaceptables en hombres de su talento». Lo que no dice «La Nación» es que la derecha intelectual jamás perdonará a Cortázar el haber utilizado con genialidad el género llamado cuento fantástico, señal de identidad de la oligarquía, para ponerlo al servicio del cambio social en América Latina.

Tampoco sabe «La Nación», ni los intelectuales españoles que tildaron de ingenua la actitud política de Cortázar, pero sí sabemos los que tuvimos la suerte de ser sus amigos, que Cortázar no era un político y que sus actividades en este terreno eran puramente éticas. Porque él nunca olvidó que los antiguos maestros otorgaban a la política una esfera y un objeto propios, al lado de la metafísica y la poesía. Que son precisamente los polos entre los que se movió siempre la «política» del gran escritor Julio Cortázar.



David Moyano



YO TAMBIEN SOY ARGENTINO

De entre todos los países que conforman el policromo mapamundi de mi habitación, hay uno por el que siento un cariño y una fascinación especial ya desde mi infancia: estoy irracionalmente enamorado — todos los amores verdaderos tienen un tinte irracional— de Argentina. Y es curioso, porque nunca he estado allí, ni tan siquiera he tenido un amigo argentino y, por si fuera poco, casi siempre que he hablado de la Tierra del Plata ha sido para comentar golpes de Estado, barbarie institucional, derrotas ominosas, sufrimientos y opresión. Pero, como es sabido, no se pueden encerrar los sentimientos dentro de los estrechos márgenes de la razón y, pese a todo, amo a Argentina como a ningún otro país en el mundo salvo, claro es, el mío propio.

Por eso, precisamente ahora que Argentina —a poco del período de efervescencia electoral— se encuentra un tanto desamparada ante su incierto

futuro, quiero reivindicar mi derecho a considerarme también argentino porque, por encima de convencionales fronteras políticas o artificiales leyes sobre nacionalidad, yo me siento de allí de donde es mi corazón y mi corazón se reparte entre una península del sur de Europa y un inmenso territorio que va del Paraguay a Tierra de Fuego y —ahora lo veo claro— no es algo caprichoso o fruto de una veleidad pasajera: he escrito mis primeros cuentos de pubertad de la mano de Borges; he querido ser Cronopio y obtener el imprevisible afecto de Maga la de Rayuela con Cortázar, he sufrido las angosturas del Túnel de Sábato y celebrado la fresca ingenuidad de Mafalda; he vibrado con los goles de Maradona, Kempes o Ardiles en los dos últimos mundiales; he sentido en carne viva las deprimentes nostalgias de los tangos gardelianos e, incluso, me he sentido un poco madre de la Plaza de Mayo. Los desaparecidos son también mis muertos en vida; los jóvenes

marinos que vieron sus vidas segadas en el último e inútil periplo austral del Belgrano, eran asimismo hermanos míos.

Mas aunque salga ahora a relucir con más fuerza que nunca mi argentinismo militante, no deja de preocuparme la desmoralización que se advierte en mis casi compatriotas del otro lado del Atlántico. Reconozco que su situación no es precisamente envidiable: se encuentran ante la diabólica alternativa de o bien condenar al eterno olvido a las decenas de miles de víctimas de una represión sin precedentes o, por el contrario, quizás sentir de nuevo el peso de las botas militares. No obstante todas las dificultades, estoy convencido de que se puede volver con la frente marchita, que diría Gardel, a retomar el camino de la libertad. Los españoles sabemos, afortunadamente, que en el horizonte de toda tiranía siempre existe una Tierra Prometida.

"El Defensor do Grande", 6-XI-83

